

ABORDAJES

ACADEMIA NACIONAL DE
EDUCACIÓN

LABORES Y ESPERANZAS EDUCATIVAS

Horacio Sanguinetti



**BUENOS AIRES
2010**

LABORES Y ESPERANZAS EDUCATIVAS

ACADEMIA NACIONAL DE EDUCACIÓN

NÓMINA DE ACADÉMICOS DE NÚMERO

Prof. María C. AGUDO de CORSICO
Dra. Beatriz BALIAN de TAGTACHIAN
Dr. Pedro Luis BARCIA
Dr. Antonio M. BATTRO
Dr. Jorge E. BOSCH
Dr. José Luis CANTINI
Prof. Alberto Raúl DALLO
Dra. Ana Lucia FREGA
Prof. Cristina Elvira FRITZSCHE
Dr. Guillermo JAIM ETCHEVERRY
Dra. María Antonia GALLART
Prof. Alfredo M. van GELDEREN
Dr. Alieto Aldo GUADAGNI
Dr. Roberto Manuel IGARZA
Dr. Julio César LABAKE
Dr. Ramón Carlos LEIGUARDA
Dr. Juan José LLACH
Prof. Rosa E. MOURE de VICIEN
Dr. Horacio Alcides O'DONNELL
Dr. Humberto PETREI
Dr. Miguel PETTY S.J
Dr. Avelino José PORTO
Ing. Horacio C. REGGINI
Dr. Adalberto RODRÍGUEZ GIAVARINI
Prof. Marta Beatriz ROYO
Lic. María SAENZ QUESADA
Prof. Antonio F. SALONIA
Dr. Horacio SANGUINETTI
Dra. Ruth SAUTU
Prof. Luisa Margarita SCHWEIZER
Dr. Luis Ricardo SILVA
Dr. Pedro SIMONCINI
Ing. Marcelo Antonio SOBREVILA
Dr. Alberto C. TAQUINI (h)
Lic. Juan Carlos TEDESCO
Dr. Jorge Reinaldo VANOSSI
Dr. Marcelo J. VERNENGO

ACADÉMICOS EMÉRITOS

Dr. Alejandro J. ARVIA
Mons. Guillermo BLANCO
Dr. Pedro J. FRIAS
Dr. Alberto P. MAIZTEGUI

ACADÉMICOS CORRESPONDIENTES

Prof. Soledad ARDILES GRAY de STEIN
(Pcia. de Tucumán)
Dr. John BRADEMÁS (Estados Unidos)
Dr. Ricardo DIEZ HOCHLEITNER
(España)
Dr. Hugo JURI (Pcia. de Córdoba)
Dr. Pierre LENA (Francia)
Dr. Ernesto J. MAEDER (Pcia. de Chaco)
Prof. Catalina MENDEZ de
MEDINA LAREU
(Pcia. de Corrientes)
Ing. Miguel Ángel YADAROLA
(Pcia. de Córdoba)

ACADEMIA NACIONAL DE
EDUCACIÓN

***LABORES Y ESPERANZAS
EDUCATIVAS***

Horacio Sanguinetti



**BUENOS AIRES
2010**

Sanguinetti, Horacio

Labores y esperanzas educativas. - 1a ed. - Buenos Aires : Academia Nacional de Educación, 2010.

178 p. ; 15x23 cm. - (Abordajes / Antonio Salonia)

ISBN 978-987-9145-26-5

1. Teorías Educativas. I. Título
CDD 370.1

Los juicios y opiniones que se expresan en esta obra corresponden a su autor y no reflejan necesariamente la posición oficial de la Academia Nacional de Educación.

© LABORES Y ESPERANZAS EDUCATIVAS

© Academia Nacional de Educación

Pacheco de Melo 2084

1126 Buenos Aires

República Argentina

www.acaedu.edu.ar

ane@acaedu.edu.ar

La edición de las series "Estudios", "Confluencias" y "Abordajes" están coordinadas por el académico Antonio Francisco Salonia, quien asimismo es coordinador de la Comisión de Publicaciones, división que integran los académicos Beatriz Balian de Tagtachian, Ana Lucía Frega, Alieto Aldo Guadagni, Marcelo Antonio Sobrevila y Jorge Reinaldo Vanossi.

Hecho el depósito previsto por la ley N°11.723.

I.S.B.N. 978-987-9145-26-5

Primera edición.

Buenos Aires, 2010.

Compuso los originales: Gabriel Martín Gil.

Revisó las pruebas de impresión: Andrés Kaller.

Diseño de Tapa: Academia Nacional de Educación.

Imprimió: Estudio Sigma S.R.L. (J.E.Uriburu 1252 piso 8, Buenos Aires).

Impreso en la Argentina.

Printed in Argentina.

PRESENTACIÓN

Hay gestos innecesarios, pero que prestigian a quien los hace, como esta presentación. El cálido haz de páginas agavilladas en este libro testimonian los tres ejes que han animado la vida espiritual de su autor: la educación, el derecho y la música. Engañosamente se nos dice que se atareará en el primero de sus centros de interés vital; es en vano, las otras dos dimensiones cordiales se le filtran aquí y allá en las disquisiciones y comentarios, o se le afirman en piezas enteras, como las que se hacen sitio en la sección «Música». Con ello prueba cómo las tres vertientes se conjugan en *callida iunctura*, diría el otro Horacio, en el ánimo bien calibrado de Sanguinetti.

El título es un hurto lícito, por declarado, a Antonio Machado: *Labores y esperanzas educativas*. Por un lado, los hechos, las concreciones de sus gestiones como Rector del Colegio Nacional, como Ministro de Educación de la Ciudad de Buenos Aires y como Presidente de la Academia Nacional de Educación. Por otro, la apertura entusiasta a lo adveniente del cambio esperado, las utopías realizables, que son las únicas valederas en lo educativo, merced a los proyectos y empeños humanos.

Uno de los rasgos identitarios nacionales es la facilidad para esbozar diagnósticos. En cambio, una de nuestras falencias mayores es la discapacidad para la asistencia terapéutica que nos rescate de situaciones críticas y penosas, abundantes y endémicas en el terreno educativo. Estos ensayos y apuntaciones aportan, según los casos, el ungüento lenificador o, si es necesaria, la barra candente.

Hay balances de gestión que son verdaderos capítulos de una vida laica consagrada a la noble causa de la docencia y la difícil dirección de un centro educativo, como las que destina a su dilecto Colegio Nacional de Buenos Aires, a cuyo frente estuvo durante uno de los cuatro pétalos que tiene un siglo, como supo decir su leído Fernández Moreno. Hay páginas, dolorosas y encariñadas de adiós a quienes laboraron junto a él en el surco pedagógico; hay cañas quebradas, en favor de los denostados y empobrecidos docentes, como la intitulada «Honrar al maestro»; otras, en que reacciona con fuerza contra una de las varias muertes anunciadas en educación, como la de la escuela; está la página escueta y lacerante sobre la droga, destructora de la tarea educativa; o el antológico ensayo «Educar con límites»; en fin, entre tantas propuestas y mociones lúcidas, aquella que cifra *in nuce* todo un libro sobre su materia: «Cada ciudad debe ser una *ciudad educadora*, dedicando su sistema político y sus potencias éticas, sus colegios y universidad, su televisión, su teatro, sus calles y plazas, cada uno de sus valores positivos, a la educación, en todos sus órdenes».

El estilo y sus preferentes atenciones dan unidad a este vasto conjunto, que, a la luz de los elementos axiales que lo atraviesan, mantiene unidad de tema y de tono, evitando la habitual silva de varia lección.

La cabulería de la marina inglesa presenta una curiosa peculiaridad: todas sus sogas y cables están atravesados longitudinalmente por un fino hilo rojo. Corte por donde usted quiera, sea el grueso cabo de amarre o un delgado sedal de vela, el hilo aparece con su rúbrica, y delata la pertenencia a Inglaterra. En los escritos de este volumen, se acusan, no ya un hilo revelador de pertenencia, sino tres. El primero, aquello que los griegos mentaban como *sofrosine*, cualidad espiritual que hermana la sensatez, el equilibrio y la medida. El segundo de los hilos de identidad autoral es la capacidad de ver, detrás de lo anecdótico y circunstancial, la categoría del pensamiento y de lo humano, como diría su bien cursado Xenius. Y el tercero de la triada es su prosa de fraseo fluido y descantado, que se pliega con adecuada precisión de tono, oportunidad y nivel al concepto que sostiene. Se me acuerda la imagen de que se valió Groussac para definir el estilo de Alberdi como «la túnica liviana que se ajusta, en sus pliegues, a la forma y movilidad del cuerpo elástico». Por esos hilos lo reconocemos a Sanguinetti en sus piezas escritas. Y los

tres están levemente transidos por un sentido del humor fino y penetrativo. Porque, más allá de algún ocasional y justificado treno de énfasis, se le impone, sobre las lástimas educativas de nuestro tiempo, la comprensión del humorismo, que es, como no se suele saber, una de las formas educativas del humanismo.

Le anticipo buena y provechosa excursión al lector que inicia ahora su camino, con la seguridad de quien previamente tuvo la primicia de transitarlo, con gusto y beneficio, antes de que estas páginas vistieran su traje de papel.

PEDRO LUIS BARCIA

Para Manuel, que será «un capitán valeroso con todas las partes que para ser tal se requieren, mostrándose prudente, y elocuente orador persuadiendo o disuadiendo (...), maduro en el consejo, presto en lo determinado, tan valiente en el esperar como en el acometer...».

Don Quijote, I-XLVII

ADVERTENCIA

He reunido en este volumen, cuyo título recojo de Antonio Machado, algunos escritos, en su mayoría oportunamente publicados por diversos medios, que pergeñé en los últimos quince o veinte años. Hay exposición de opiniones sobre el tema candente de la educación, generalmente referidas a circunstancias que se debatían en su momento; algunos discursos, documentos de mi gestión rectoral en el Colegio Nacional de Buenos Aires –que duró casi un cuarto de siglo–, y de mi paso, relativamente fugaz –catorce meses–, por el Ministerio de Educación de la Ciudad; intentos de diagnosticar nuestros males y de proponer terapias y también referencias a ciertas vidas que pueden servir de buen o mal ejemplo, sobre todo a los jóvenes, y como cierre, una nota íntima, que en su ocasión me reclamó Félix Luna acerca de las personas y circunstancias de mi propia formación.

Agradezco al Dr. Pedro Barcia por sus excesos en la conmovedora *Presentación* -aclarando que por amistad y comunidad de ideas le comprenden las generales de la ley-, y al profesor Antonio Salonia, que dirige las publicaciones de la Academia Nacional de Educación, porque me alentó en esta tarea recuperatoria de trabajos que, cualquiera sea su valor, andaban extraviados en un boscoso laberinto de papeles.

HORACIO SANGUINETTI

LOS 25 AÑOS DE LA ACADEMIA NACIONAL DE EDUCACIÓN*

Hoy es día grato para nuestra Academia: celebra su cuarto de siglo de vida y lo hace, por generosidad de las autoridades del Colegio, en este ámbito representativo de la mejor tradición educativa del país.

Queda dicho, pues, que llevamos un tiempo no breve de actividad al servicio de un tema clave para el humano devenir. Quiero expresamente rendir homenaje a los fundadores, de los cuales nos acompañan los doctores Avelino J. Porto, Luis Ricardo Silva, y los profesores Alfredo van Gelderen y Antonio Salonia, todos de vastísima acción educativa; y con ellos a Héctor Félix Bravo y Gilda Romero Brest, que ya no *están* presentes pero a quienes *tenemos* muy presentes. Todos ellos participaron de esta cruzada visionaria, no exenta de contratiempos, dificultades y aun de graves riesgos, que hoy parecerán inverosímiles, pero que existieron según los vaivenes de la incivildad política tan frecuente en nuestra historia.

El país padece una crisis espiritual y material de envergadura. Creo, y muchos lo creen, que la primera estrategia para superarla finca en la educación popular, ni más ni menos que en tiempos de Sarmiento. Claro que entonces las necesidades eran más elementales: quizá enseñar a leer y escribir y adquirir ciertas básicas nociones integradoras, y eso se logró. Hoy, aunque el analfabetismo no esté desterrado por completo, las exigencias resultan mucho más sutiles y sofisticadas; pero como contrapartida, los medios con que cuenta una sociedad moderna, son también más poderosos, tanto como la conciencia clara y extendida de su prioridad.

La Academia lucha vigorosamente al servicio de la vocación educativa. Reúne a muchas primeras espadas de la disciplina, y las reúne con amplísimo criterio, sin cortapisas, sin prejuicios, constituyendo un ejemplo de pluralismo y de buen entendimiento. Todos apuntamos hacia el mismo fin, diríamos «el progreso de la ilustración», aunque nuestras ideas a veces difieran en algún aspecto y nuestro origen intelectual y nuestras trayectorias sean diversas.

Hemos privilegiado la experiencia y el sentido común; hemos atendido con solicitud los problemas concretos; nos hemos manifestado públicamente cuando correspondía; hemos asesorado a cuantos nos lo solicitan. Nuestra actividad de difusión mediante publicaciones, conferencias, seminarios, concursos, premios, etc., es abrumadora, y si no se la conoce en toda su extensión, es por la avaricia con que actúan algunos que deberían sentirse obligados profesionalmente a difundirla.

Nos ocupan las dificultades de un proceso educativo completísimo, la deserción de la familia, el esfuerzo por incorporar al sistema a la mayor cantidad y en la mejor condición, el dilema de no perder calidad, la formación del docente, la dignidad de todos, la expansión del conocimiento, su apuesta al servicio útil, la competencia con los medios invasores, que deberían ser grandes aliados de la educación formal y habitualmente no lo son, y tanto más.

No nos perdemos en debates bizantinos ni en el afán de la novedad que tanto daño ha hecho por obras de teóricos de gabinete que dejan transcurrir veinticinco años sin dar una clase pero opinan acerca de cómo manejar una clase.

Esta tarea es reconocida por el Estado que nos sostiene y por parte importante de nuestra sociedad, a la cual, de cualquier modo, debemos interesar más sobre la utilidad de nuestro esfuerzo. En cualquier país civilizado las academias atienden requerimientos efectivos y no se agotan –nosotros tampoco– en el pavoneo y la autosatisfacción de los honores recibidos. Es indispensable colocarse por sobre ellos, porque sino, las academias pasan a constituir, como temía Deodoro Roca, un «achaque senil».

Nada más lejos de nosotros que aquellas complacencias, pero estamos orgullosos de nuestra estirpe cultural y hundimos nuestras raíces en las profundidades más nobles de la humana condición.

Academus es un personaje quizá mitológico, un héroe ático, también si se quiere un delator que informó a los dióscuros dónde escondía Teseo a la raptada Helena. Poco tiene que ver con la actividad científica, y debe la perennidad de su nombre a circunstancias casuales. Él habría cedido a los atenienses sus jardines particulares que trasponían el barrio de Cerámico. Allí quedaría su sepultura, rodeada de un bosque sagrado, y allí instaló Platón hacia 387 a.C. su casa de las musas o *museo* y lo que podríamos llamar su universidad o *Academia*, centro de formidable irradiación cultural que sobrevivió unos 900 años hasta la clausura dispuesta por Justiniano en 529, dejando impronta categórica en todo el orbe.

De alguna manera, y sin que ello implique vanagloria, las academias sentimos que aquellos formidables remotos antecedentes nos fecundan, nos sostienen y nos obligan. Y estamos dispuestos a honrarlos como corresponde.

Queda pues, renovado ante toda la sociedad argentina en este feliz aniversario el compromiso de la Academia Nacional de Educación de sostener una tarea de servicio; y reiterada nuestra gratitud al Colegio que nos acoge, a las autoridades que nos acompañan, a los presentes y a todos los ciudadanos que sostienen nuestro accionar en la brega colectiva por un destino ascendente.

*** Aula Magna del Colegio Nacional de Buenos Aires, 4-V-2009.**

OPINIONES

DIAGNÓSTICO. A PROPÓSITO DE UN ENSAYO DE GREGORIO WEINBERG*

El inquietante ensayo de Gregorio Weinberg sugiere numerosas influencias sobre los temas que trata y que son de urgente atención entre nosotros. Pareciera que el mundo es y será, cada día más, de los que saben. Una estrategia fundamental para cualquier Estado, en consecuencia, aconseja estimular masivamente la educación y la cultura, facetas de un mismo fenómeno. Lo aconseja por razones morales y de justicia, pero también por razones utilitarias. No hacerlo implica multiplicar la miseria, con todas sus consecuencias de indignidad, que van desde el delito hasta el deterioro dudosamente reversible de la naturaleza. Todo ello se paga caro y es urgente atenderlo con decisión.

Tengo la impresión, avalada por una larga experiencia, de que educación y cultura no atraen a los poderosos. Dificilmente lo reconocerán –salvo un secretario que paladinamente proclamó su desinterés y el del gobierno por la cultura, o un ministro que envió a los investigadores «a lavar los platos».

Muchos funcionarios están, *in pectore*, de acuerdo con ellos, pero es imposible que lo admitan públicamente. Más bien, dirán –*flatus vocis*–, que la educación y la investigación son esenciales a los pueblos, etc. Pero la verdad de su a-culturalismo aparece clara, no en los dichos sino en los actos. Suponen que es más fácil manejar a un pueblo ignorante y clientelista que a uno culto y perspicaz.

No se nos ocurre una estrategia más eficiente para salir de nuestra crisis moral y material que una avalancha educativa, de investigación, tecnología, humanismo, cultura. Algo así como el

plan de Sarmiento y de la generación del '80, tan vilipendiada, que en base a la educación popular le dio al país el empuje del cual vivimos aún. Sin embargo, algunos factores obstaculizan hoy abordar un plan semejante, pues se hace necesario corregir los errores en que incurrimos y revertir un cúmulo de conductas desacertadas.

En primer lugar, acotar los efectos de la transferencia de los institutos a las provincias, muchas de las cuales, de estructura feudal, carecen de interés en lo educativo.

La Nación debe asumir su responsabilidad pedagógica con gran empuje. Actualmente existe un financiamiento selectivo a escuelas provinciales escogidas. Pero no es bastante, debe hacerse mucho más y con más eficacia: el Estado Nacional debe instalar nuevamente, como hizo Sarmiento, como legisló Láinez, colegios en todo el ámbito de la Argentina, comenzando por cada capital de provincia, para presentar un modelo ejemplar cuya sola existencia provocará seguramente un mejoramiento general del proceso educativo.

Los inconvenientes establecidos por la legislación sancionada en la década del '90 (Ley Federal N°24.195 de 1993, Ley de Educación Superior N°24.251 de 1995 y Decreto reglamentario N°1810/97) deben subsanarse con rigor.

Tales inconvenientes fueron previstos y señalados oportunamente, pero no se oyeron las objeciones. La crisis actual fue estrictamente previsible y la derogación se impone como un acto necesario que requiere decisión y coraje, pues enfrentaría algunos intereses creados. Por otra parte, tendría consenso en el sistema y en la sociedad.

Otro tema a desarticular lo constituyen los planes y contenidos curriculares, cuya elaboración llevó a resultados catastróficos, mezclando asignaturas y haciendo desaparecer, por ejemplo, ¡la Historia! como disciplina autónoma.

Del mismo modo, deben restablecerse las escuelas suprimidas, en particular las técnicas –se está en ello–, y las normales, pues una de las peores falencias la constituye la pésima formación docente, enmascarada tras una farsesca «formación continua». Los concursos y otros modos de acceder a la cátedra se caracterizan por una rigidez jerárquica más propia de un escalafón policial que de un sistema pedagógico. Deberían parecerse a los concursos universitarios, que con todos sus defectos, son más razonables.

Por fin, debe reconsiderarse la función de la escuela, único centro formativo frente a la deserción en general, de la familia, y la atroz competencia de la T.V., los «jueguitos» y las «maquinitas», que únicamente el Estado podría enfrentar y reducir. La escuela se ha prestado generosamente a ser un lugar de contención social y de alimentación infantil. Maestros no preparados para ello podrán adaptarse a esa exigencia, y tal servicio podrá prestarse temporalmente, pero no corresponde que sea la razón de ser de la escolaridad. La escuela es, ante todo, un lugar para aprender. Las irresponsables políticas facilistas, la negación de la sagrada ecuación maestro-discípulo, la denuncia de cualquier enseñanza como un acto autoritario, el absurdo sistema de aprendizaje de la lecto-escritura, la participación de los padres, ignoros y oportunistas, como factor de poder escolar, la supresión de cualquier sanción disciplinaria, el abandono de los valores permanentes y su reemplazo por otros subalternos, son varias causas que con otras han conducido a lo que Guillermo Jaim Etcheverry caracteriza como «la catástrofe educativa».

Estas son algunas de las consideraciones que me sugieren la poderosa inteligencia de Weimberg y el profundo análisis de nuestra realidad cultural que ha formulado.

En suma, creo que la sociedad sana debe reaccionar y exigir al Estado Nacional, el único que puede hacerlo con eficacia, que implemente un verdadero «shock» cultural y educativo, volviendo si no a la letra, al espíritu de la Ley 1420 y a los planes educativos que nos permitieron encender las luces de la civilización.

*** Comentario dirigido a la Academia Nacional de Educación, 2003.**

REFLEXIONES SOBRE LA ENSEÑANZA Y EL TRABAJO

La escuela es el lugar donde se va a aprender. Al menos, ésa es la función principal e indiscutible que se le asignó *ab initio*. Sólo que los cambios producidos en el mundo moderno le han impuesto otras faenas y funciones, extrañas y delicadísimas: contener, socializar, alimentar, divertir, conseguir trabajo...

La escuela, y el docente, asumieron esas tareas con generosidad y esfuerzo. En verdad, se ha abusado de aquéllos. Al Estado le resulta cómodo, pues la escuela posee una suerte de público «cautivo», endosarle actividades impropias para las cuales los maestros no han sido preparados. Se las ha endosado, sí, pero sin facilitárselas, por el contrario, retaceándole recursos y medios. Ese abuso debe cesar, y transferirse tales responsabilidades a quienes corresponda. Para colmo, la sociedad entera ha desmonetizado al maestro, le ha perdido el viejo místico respeto que lo distinguía universalmente.

El maestro es hoy personaje burlado por los cómicos. Se le ha degradado –muchas veces con su propia complicidad– a la condición de «trabajador de la educación», que lo es y a honra, pero siempre que ello no implique un descenso de la superior categoría *magistral*, que debiera conservar.

Entre lo que se exige hoy a la escuela, está la capacitación «para el trabajo», y más aún, casi la ubicación de sus graduados en puestos laborales.

Desde luego, el formar gente socialmente útil, en todos los ámbitos, es un legítimo deber de la educación, pero las cosas en su lugar: la escuela no puede «crear trabajo» –esto será res-

ponsabilidad de otros actores y de otras disciplinas-. La escuela tampoco debe ser meramente una «fuente de trabajo». Así he visto considerarla, hacia 1997 –mientras fui Ministro de Educación de la Ciudad de Buenos Aires–, a muchos gobernadores de provincias, quienes, cuando el Ministerio de la Nación ofrecía aportar dinero extra para incrementar los salarios docentes, se negaban alegando que los maestros ya disponían de un «sueldito» –escaso pero al menos «algo»–, y que cualquier plus lo desviarían «a sectores más necesitados»... sospechosos, dicho sea al pasar, de clientelismo.

Se afirma, sobre todo en el interior, que la vocación docente como factor decisivo para elegir carrera ha cedido el puesto a cierta tentación de comodidad básica, de «sueldito» y obra social; aunque mínimos, seguros. A este atractivo se suman las ventajas que, para compensar el bajo salario y los efectos insalubres de una tarea alienante, se han ido reconociendo a los trabajadores de la educación: largas vacaciones, licencias fáciles, tareas «pasivas», etc.

De todos modos, éste es un aspecto no desdeñable, pero menor: la «retroalimentación» que la docencia aporta a sí misma como fuente de trabajo. Interesa más ver qué puede hacer la educación para mejorar el destino laboral de la sociedad toda.

Desde luego, la educación por sí sola no puede resolver los problemas económicos y sociales del conjunto. Otros resortes deben activarse para ese fin: políticas inteligentes, acciones del Estado, de los empresarios y particulares, rechazo de la corrupción, exaltación de valores permanentes –como el esfuerzo, la austeridad, la defensa de la justicia, la seguridad jurídica y personal, la salud–, que deben enseñarse practicándoselos desde arriba.

La escuela es un buen ámbito para transmitirlos, y el respaldo a sus autoridades, profesores, maestros, a la libertad de cátedra, a la exigencia equitativa, a los premios y sanciones que regulan la conducta colectiva, son estrategias esenciales para superar nuestra crisis. En un futuro, que quizá ya llegó, el mundo será de los pueblos que sepan esforzarse, privilegiar el saber y la conducta, dar prioridad a la inteligencia, a la capacitación seria, a la investigación, y para ello es necesario abandonar la política del «facilismo» y de la dádiva que tanto parecen haber prendido en la idiosincrasia argentina.

Frente a la familia en retirada y a competencias ruinosas

como la televisión basura, es indispensable fortalecer la escuela. La Ley Federal, N° 24.195 de 1993, con su pretensión de cambio y sus múltiples fallas¹, arrasó el sistema educativo, su especialización y cuanto contenía su mística y sentido.

Creo que debe volverse como prioridad nacional, a las antiguas categorías, comenzando por las cuatro más urgentes, a saber:

La escuela **normal**, que prepare para la docencia *ab initio*. De una gran formación básica depende la excelencia de nuestros docentes. Aceptemos «después» auxiliarlos a sostener una capacitación permanente que les interese y trabajen por sí mismos, que no sea una farsa, y facilítémosle un acceso a las cátedras que dependa de mejores concursos.

La escuela **técnica**, que recientemente obtuvo su ley propia, fue severamente desmantelada. Implica la táctica más útil para conformar una gran fuerza de trabajo, de artesanos y obreros especializados que hoy nos falta y que debe reponerse con alguna pero no demasiada ingerencia de las empresas, para que se sepa lo básico, pues el saber transeúnte cambia tan rápido que cualquiera deberá renovarlos varias veces a lo largo de una vida.

La enseñanza **artística**, también afectada, parece esencial para restaurar el goce, la felicidad y la creatividad de la música, la pintura y la soberanía del arte, que irradien sobre toda la población.

Por fin, el simple y vilipendiado **bachillerato** se pensará como modo preparatorio para ingresar a las universidades –esfuerzo hoy imposible a grandes contingentes estudiantiles–, a la burocracia pública, a los elencos administrativos privados, a la industria, al comercio y a las múltiples actividades que requieren una formación general.

En todos los casos se sostendrá sin temor una cuota de enciclopedismo propedéutico, que abra a la vocación todas las ventanas. La especialización prematura tiene gravísimas consecuencias.

1 No fue sólo la ley, sino una obsesión de *cambio*, a veces reducida a la nomenclatura, que se hace críptica y confusa para el profano. Con llamar años a los grados, evaluaciones a la pruebas, tareas a los deberes, espacios curriculares a las materias o asignaturas, EGB a la primaria y así de seguido, se hace gala de pedantería mientras nada mejora, sino que todo empeora.

Error fue, por otra parte, fragmentar la escuela en jurisdicciones, con una intención federativa aceptable en teoría pero de resultados arrasadores. Nuestra educación requiere una refundación, un impulso fundamental que debe partir del Estado Nacional, el único en condiciones de intentarlo. A tal efecto, debemos reparar el traspié de las transferencias (Ley 24.049 de 1991 y concordantes) a provincias que no han logrado –o no han querido– asumir su responsabilidad educativa.

Recientemente, el Centro de Implementación de Políticas Públicas para la Equidad y el Crecimiento (CIPPEC) informó que «es cada vez mayor la participación del Estado Nacional en el pago de los haberes docentes, obligación que correspondería de modo formal a las provincias»².

Aquel pago llega al porcentaje de 40% en Misiones y Formosa, y está alrededor de la mitad de esa cifra en promedio general. Queda en evidencia que las provincias acreditan, salvo excepciones, su incapacidad para resolver siquiera esa obligación primaria.

Por lo tanto, aunque la aptitud de la Nación para crear y regir escuelas y colegios en todo el país resulta indiscutible y pacíficamente aceptada, pues no es función provincial exclusiva, sino concurrente³, no estaría de más un artículo, en la nueva ley educativa, que dijese: «La Nación deberá crear gradualmente, y dirigir, institutos educativos de todos los niveles en todas las provincias, sobre modelo de los que pertenecen a las Universidades nacionales».

Estas creaciones adoptarían así uno de los pocos modelos relativamente exitosos con que contamos. Los colegios de las universidades ya son nacionales, suman más de medio centenar y los hay de todas categorías: bachilleratos, normales, comerciales, industriales, técnicos, artísticos, rurales, etc. Producirían además –como lo hizo en su medida la Ley Láinez N°4874 en 1905–, una reacción ejemplar en las provincias más postergadas, atenderían a la inteligencia nacional, tan despierta y tan poco asistida, y de paso, complementarían la acción del Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología, que hoy debe limitarse

2 «El Estado y el financiamiento educativo», *La Nación*, 24 de julio de 2006.

3 No olvidemos los múltiples colegios nacionales, ni la Ley Palacios N° 12.558 de 1938, ni tantos otros antecedentes.

a acordar, sugerir, alentar o desalentar, sin llevar adelante por completo una acción poderosa y directa que ya no puede postergarse.

EL INTERÉS DE LOS PODEROSOS EN LA EDUCACIÓN

La necesidad de fortalecer la educación popular, primordial estrategia de progreso, es opinión formalmente compartida por todos. Con gran frecuencia y prácticamente sin disenso, los gobernantes, los «medios» de difusión, los ciudadanos del común y en definitiva, cualquier transeúnte, ejercitan la retórica más conmovedora en pro de la «educación popular», expresión que utilizamos en su concepción sarmientina: la educación de excelencia para todos.

Sin embargo, el retroceso evidente habido en esta materia, la crisis académica, las desigualdades en los niveles educativos y la creciente brecha que nos separa de los países centrales, llevan a preguntar si las actitudes y las acciones promovidas por quienes tienen el poder de aplicar los remedios que un diagnóstico compartido aconseja, realmente coinciden con sus dichos.

El ministro de Educación, Ciencia y Tecnología, Lic. Daniel Filmus, ha denunciado «un doble discurso en el deber ser, tanto entre los políticos como los que están en gestión... donde se enfatiza más la importancia de lo educativo que lo que después se muestra en la práctica»⁴.

Desde ya, nadie va a hablar contra la educación. Sería mal visto y traería desprestigio al audaz que lo osara. Que algún poderoso se manifestase hoy, concreta y públicamente, enemigo de la educación popular, constituiría una rareza casi inconcebible. Sin embargo, siempre hay quien prefiere un pueblo poco instrui-

4 *Clarín*: «Eutopía», 20.X.05.

do, suponiéndolo más maleable, y a lo largo de la historia, algunos han llegado a decirlo. Podemos señalar dos casos; el primero expuesto por Sarmiento⁵:

«Felipe II, por un decreto, que no tenemos a la vista, pero que hemos leído, ordenaba poner coto a la propagación de las escuelas primarias, que ya se iban multiplicando demasiado, decía, para la tranquilidad de sus súbditos, estimulándolos a salir de la condición en que cada uno había nacido. Los frutos de tan sabia medida pudo estimarlos la España de 1803, cuando levantó censo de la población. Súpose entonces que la población de la península se componía de poco más de diez millones de habitantes, y por documentos oficiales de la época, citados por Moreau Johnnes, en su *Estadística de España*, resulta que los niños que asistían a las escuelas eran (necesitamos ponerlo en letra para evitar dudas), veinte y nueve mil».

El otro caso es el de Juan Manuel de Rosas, que en su carta desde el exilio a su «embajadora» Pepita Gómez se sinceraba –bien que en privado– de esta manera:

«En cuanto a las clases pobres, la educación compulsoria, me parece perjudicial, y tiránica. Se les quita el tiempo de aprender a buscar el sustento: de ayudar la miseria de sus Padres: su físico no se robustece para el trabajo: se fomenta en ellos la idea de goces, que no han de satisfacer, y se les prepara para la vagancia, y el crimen».

Estas opiniones en repudio de la enseñanza obligatoria –que llama «compulsoria»– y popular, explican las políticas pedagógicas que Rosas siguió durante su largo ejercicio del poder: «a las clases pobres» no hay que crearles expectativas de progreso intelectual, pues éste no les servirá para cumplirlas; la capacitación no debe facilitar la movilidad social. Lo deseable es el estancamiento.

* * *

La educación preocupó al mundo occidental desde antiguo. En la Grecia clásica y en Roma, tuvo cierto carácter «isonómico», es decir de paridad para los iguales, pero el sistema esclavista y la *diminutio* de la mujer, de las clases inferiores y del extranjero impiden hablar de enseñanza popular. Los sofistas fueron maes-

5 «Los libros» en *Educación común*, «Obras completas» tomo XII, Ed. Luz del Día, Buenos Aires 1950.

tros particulares profesionales para ricos, «pescadores de caña» según Sócrates, igual que muchos filósofos, matemáticos, etc. Por cierto, el *status* del esclavo –un progreso para ese tiempo, pues la alternativa era la muerte–, alcanzó muchas veces cierto carácter paternalista y paritario, como el caso de Cicerón y su *amigo* y colaborador, Marco Tulio Tiro, a quien manumitió y consideró fraternalmente.

La Iglesia detentó luego el poder intelectual, y lo ejerció con bastante amplitud, al punto de constituirse en un camino de ascenso social.

El codicilo testamentario de Isabel la Católica (1504) planteó la conversión de los indios, y diversas órdenes, especialmente los jesuitas, se dieron con entusiasmo a esa tarea, que para la época contenía mucho de educación popular.

En nuestro territorio, por ejemplo, los jesuitas fundaron los siguientes colegios:

1610: Máximo de Córdoba.

1611: Loreto, de Santiago del Estero.

1615: Inmaculada, de Santa Fe.

1617: San Ignacio, de Buenos Aires.

1687: Monserrat, de Córdoba.

Era un principio, si bien –como las 25 universidades creadas en la América hispana desde 1853–, distaba mucho de abarcar a toda la sociedad. En 1771 el Cabildo Secular porteño proyectó un seminario para «indios nobles y principales», y en 1783 el Convictorio Carolino aun previó becas para «pobres honrados», si bien exigiendo siempre «limpieza de sangre», es decir, exclusión de moros y judíos.

* * *

Los primeros intentos de educación popular se formalizaron durante la Revolución Francesa.

A mediados de 1793, Robespierre presentó a la Convención el Plan de Educación Nacional de Michel Lepelletier, que acababa de ser asesinado. Siguiendo las pautas de Rousseau, Lepelletier planteaba la urgencia de ampliar la *educación* para que comprendiese a todos por igual: los varones de cinco a doce años, las mujeres de cinco a once, recibirían del Estado, gratuitamente, el conocimiento, iguales cuidados, comida, ropa y elementos, ejercicios manuales y físicos. La posibilidad de *instrucción*, o sea la especialización profesional, también debía «ofrecerse a todos», aunque en definitiva alcanzaría sólo a los más capaces.

Tras exponer que se establecerían 25.000 escuelas primarias. Lepelletier dice que:

«quien pueda prescindir del trabajo de su hijo, para alimentarlo, tiene la facilidad de enviarlo diariamente a la escuela, y muchas horas por día.»

» Pero en cuanto a la clase indigente, ¿cómo hará? A ese pobre niño, le ofreceréis instrucción; pero antes requiere el pan. Su padre laborioso se priva de un bocado para otorgárselo; pero le es preciso ganar el otro. Su tiempo está encadenado al trabajo, porque el trabajo está encadenado a la subsistencia. Luego de haber pasado en el campo una penosa jornada ¿queréis que como descanso, vaya a la escuela, alejada quizá media legua de su domicilio? En vano estableceréis una ley coercitiva para su padre; no podría éste pasarse sin el trabajo de su niño que a los ocho, nueve o diez años, ya gana alguna cosa.»⁶.

No está muy claro cómo se financiaría este ambicioso proyecto, aunque quizá se confiara en el producto de la confiscación de bienes de aristócratas y eclesiásticos. Joseph Lakanal fue un convencional, especializado en pedagogía, materia un tanto hermética y hasta inofensiva, que mantuvo su cuello ajeno a la guillotina. Lakanal logró algunos progresos en la línea planteada por Lepelletier. Pero a la Restauración debió exiliarse –por regicida–, y su obra no avanzó cuanto él esperaba.

Napoleón entendió la educación como una táctica magistral, que sirviese a su estrategia política: le dio agilidad, practicidad, estimuló los métodos pedagógicos modernos y la rigió férreamente. Ninguna autonomía ni discrepancia. Todos estaban al servicio de su causa nacional.

* * *

Entre nosotros, sin olvidar la obra jesuítica y de gentes como el Virrey Vértiz, Manuel Belgrano aparece como nuestro primer personaje público interesado en extender la educación al mayor número⁷.

Los postuló como secretario del Consulado en su Primera Memoria Anual (1796) y logró crear tres años más tarde las Es-

6 Robespierre: *Textes choisis*, Preface, commentaires et notes explicatives par Jean Poperen, Ed. Sociales, Paris 1957, II p. 161.

7 *Belgrano educador*, discurso de Cristina San Román en el Colegio Nacional de Buenos Aires, 20.VI.06 (inédito).

cuelas de Dibujo y de Náutica. Carlos IV –siguiendo la línea de Felipe II–, ordenó cerrarlas, pero la primera siguió un año, y la otra hasta 1806 en que, posiblemente por celos de la burocracia de la Banda Oriental, también caducó.

Luego de sus victorias de Tucumán (1812) y Salta (1813), en un episodio muy notorio, Belgrano insistió en su acción educativa, destinando los \$40.000 con que lo premió el gobierno, a la creación de cuatro escuelas en el interior, pensadas para los pobres. Redactó los reglamentos y atendió mil detalles, encomendando su conducción a los cabildos.

A pesar de ellos, el desinterés y la desidia triunfaron otra vez. El destino de los institutos era precario: el de Tarija, al menos hasta 1828, cuando la ciudad pasó a Bolivia, no se había fundado. El resto de cuanto le atañe es silencio; se ignora su destino, aunque resulta previsible.

El de Jujuy sólo funcionó entre 1825 y 1828. Del de Tucumán, la única noticia es que Alberdi manifestó haber estudiado allí.

El de Santiago fue confiado a los dominicos, y se extinguió antes de 1826.

* * *

La gestión educativa en Buenos Aires tuvo por centro el Colegio de San Carlos, que a lo largo de más de cuatro siglos cambió de nombre, estructura y autoridades, y sin perder la unidad se refundó en 1863 como Colegio Nacional de Buenos Aires. Pese a aquellos cambios, mantuvo, siempre en el mismo solar, un espíritu unívoco que permite considerarlo una continuidad en el tiempo.

Pueyrredón hizo de él, en 1818, el Colegio de la Unión del Sud. Vinieron entonces muchos provincianos, entre ellos Urquiza, que crearía hacia 1848 a imagen y semejanza su Colegio de Concepción del Uruguay. Allí convocó a becarios del interior, política copiada de Rivadavia, quien la venía instrumentando ya desde 1823, cuando instituyó la vieja casa porteña, el Colegio de Ciencias Morales, entre ellos, el tucumano Alberdi; mientras que Sarmiento, a quien correspondía venir por mérito y por necesidad, se vio postergado en un dudoso sorteo que privilegió a algunos sanjuaninos de mejor casa.

Rivadavia, con Martín Rodríguez y el presbítero Antonio Sáenz, logró también fundar la Universidad (1821), aunque su propósito de crear un Colegio de Ciencias Naturales no se con-

cretó. Las dificultades bélicas, culturales y financieras conspiraron siempre contra las buenas intenciones.

Los tiempos que siguieron serían de eclipse para nuestra educación pública. El desinterés por ella se trasunta en la invocación de razones económicas para la clausura de los institutos: Balcarce, incapaz de resistir la presión del diario rosista «La Gaceta mercantil», la aplicó al Colegio en septiembre de 1830.

Rosas, por un «malvado decreto», —como se dijo a su caída—, el 27 de abril de 1838, privatizó la Universidad de Buenos Aires, «no pudiendo el gobierno presente abonar los sueldos de las personas empleadas, ni los demás gastos que corresponden a este establecimiento».

En consecuencia, ordenó al Rector (el ignoto Paulino Gari) que «prevenga a todos los Catedráticos y a los Preceptores de latinidad, que exijan a los padres o deudos de cada uno de los estudiantes la cuota que corresponda para subvenir al pago del Catedrático o Preceptor que se halle a cargo de las aulas y Cátedras de la Universidad». Y agrega, por si el Rector no hubiese entendido: «por ejemplo, el maestro de latinidad tiene doscientos pesos de sueldos asignados, y veinte y cinco para útiles del aula, que hacen un total de doscientos veinte y cinco pesos; y si existen cincuenta alumnos en ella, corresponde a cuatro pesos un real a cada uno; y así por este orden, asignando a cada estudiante la más o menos cantidad que corresponda según el número que hubiese de haber en cada una de dichas aulas». Educación sólo para quien la pague.

Asimismo, se prorratarán «el pago del Rector, Vedel y Portero», con la salvedad de «que el que no entregase la suma que le fuese asignada, sea despedido», y «si no se reúne la cantidad necesaria, cese la Universidad».

Tal descalabro se presentó como si fuese transitoria consecuencia del bloqueo, pero prosiguió los catorce años que aún perduró Rosas en el poder. Fue derogado por Vicente López y Planes, gobernador, y Valentín Alsina, ministro, el 27 de febrero de 1852. «Esta inicua disposición —dicen—, que excluía al pobre de los beneficios de la enseñanza», seguía «en vigencia y en práctica hoy, a pesar de que se veía al cínico tirano derramar profusamente numerosos millones en objetos fútiles, unos, e inmorales otros». Fundado «en el pretexto de la escasez de rentas», en realidad estaba «dirigido evidentemente a la anonadación gradual de la universidad», pues procuran «los tiranos, la extinción

de los focos de luz que temen».

De todos modos, en los años de rosismo la Universidad logró, en condiciones tan precarias, subsistir. Se aprobaron tesis y previo el cumplimiento de las Actas de Sumisión a la causa federal, hubo graduados en Medicina, Flebotomía, Farmacia, Sangrado, Partos, Dientes, Jurisprudencia... También existían alrededor de veinte escuelas, según el recuento prolijamente elaborado por historiadores *revisionistas*. Sin embargo, se trataba de emprendimientos privados y salvo algunos subsidios, el gobierno se mantuvo ajeno al sostén educativo.

Luego vino la gesta pedagógica, que cubrió el país de escuelas e institutos civilizadores. Sarmiento fue su impulsor más activo, pero no el único: Mitre –con sus Colegios nacionales–, Avellaneda, Wilde, Leguizamón, Láinez, Cané, Estrada –desde el ángulo católico–, y tantos más, militaron en primera fila para esa formidable tarea. Y sin embargo, Sarmiento llegó a decir:

«Es uno de los hechos más notables que vengo persiguiendo y estudiando en Chile y aquí, el desdén, el odio secreto de la gente culta a la educación general. Nunca he logrado interesar de corazón a nadie por más que a veces haya sido de buen tono político prestar atención».

Esa sorprendente y excesiva afirmación revela las dificultades de la empresa sarmientina: por ejemplo, la famosa cruzada de las maestras norteamericanas que trajo al país, lejos de ser una fiesta, un paseo triunfal como se supone, estuvo erizada de dificultades, retractaciones, regresos, compromisos incumplidos, que colmaron de sinsabores al gran sanjuanino⁸.

* * *

Sin embargo, por su obra y la de dos generaciones sucesivas, Argentina llegó a tener una importante educación pública. A partir de 1930 se cerraron escuelas⁹; y al promediar el siglo, la enseñanza en todos sus niveles recibió una fuerte impronta

8 Cf. Julio Crespo: *Las maestras de Sarmiento*, prólogo de H. Sanguinetti, Ed. Fundación Última Esperanza, Bs. As. 2007.

9 Por ello, el presidente *de facto*, Gral José F. Uriburu, recibió críticas del propio fascismo italiano. Cf. «Rifrazioni del Fascismo in América», en *Gerarchia*, revista dirigida por Mussolini, 1933 I, pag. 297, donde se afirma que quien cierra escuelas no puede ser fascista.

proselitista¹⁰.

Son muchos los cambios educativos producidos desde entonces. Una preocupación expresada constantemente fue acotar la brecha entre escuelas de ricos y escuelas de pobres, es decir, ofrecer excelencia para todos, que es el *desideratum* de la educación popular.

La realidad ha sido exactamente la contraria: la crisis económica y social, el fracaso de la mayor parte de las provincias que asumieron la conducción educativa en sus jurisdicciones y una normativa no siempre acertada, imponen la urgencia de una fuerte política de Estado a cargo de la Nación, para alcanzar en los hechos lo que se pretende en la palabra.

10 Al respecto, cf. Alberto Ciria: *Política y cultura popular*, Ed. De la Flor, 1983, y Emilio J. Corbière: *Mamá me mima, Evita me ama*, Sudamericana, 1999.

EXÁMENES: UN INCREMENTO ¿SORPRENDENTE?

Nuestra crisis educativa es bien notoria. Inciden en ella teorías, hábitos, leyes y la compleja condición humana. Cada tanto, sobreviene un sacudón que, transitoriamente, la asciende a primer plano. Ahora es el incremento de los alumnos que no logran eximirse de sus exámenes. Y las causas no son superficiales; responden a un cuadro complejo y extenso. Veamos:

En primer lugar, han prosperado ciertas teorías «facilistas», a nivel doctrinal. El mero acto de «enseñar» se considera un atropello autoritario. El examen, una aberración. Se niega la vieja ecuación enseñanza-aprendizaje ya que sólo es admitida la posibilidad de «aprender». El maestro desaparece. Toda la sagrada entidad maestro-discípulo se destruye sin advertir su enorme trascendencia; y el docente se convierte en objeto de burla televisiva, y debe ocuparse de tareas para las que no se preparó: por ejemplo, dar de comer...

Se ve que no todos los pedagogos de probeta han conocido maestro, carencia que limita y empobrece cualquier formación.

No se puede sancionar, salvo la curiosa modalidad moderna: «ponerlo a pensar» (*Risum teneatis amici?*). Pero tampoco premiar, porque se abomina de la emulación y la competencia –que la vida después desencadenará–, y porque quien no obtiene premio se *deprime*. Todo debe hacerse entre algodones.

Además, una solícita política legislativa, que fue destruyendo sistemáticamente las antiguas y sabias normas, –como las leyes 1420 y Láinez– y sustituyendo por disposiciones erradas, sin consenso, sin acierto y sin sentido de la realidad. La Ley Federal

alteró los ciclos bien distribuidos y produjo consecuencias negativas que inútilmente se señalaron *ab initio*, pero que hoy casi todos reconocen e incriminan.

Las jurisdicciones hicieron lo suyo: el Concejo Deliberante de la Ciudad suprimió el sistema de sanciones disciplinarias, en algunas provincias los alumnos fueron promovidos por decreto, en otras resulta casi imposible aplazar en marzo a «examinando» alguno. Por eso, no deja de sorprender que aumenten los exámenes, máxime cuando los profesores –agotados–, tratan de evitar la penosa tarea de la mesa examinadora.

Frente a estas realidades desesperantes, ¿a quién puede asombrarle que los alumnos –rindan o no rindan–, sepan cada vez menos, lean cada vez menos, se interesen sólo por «zafar» y pierdan los años mozos sin aprovechar su formidable capacidad receptiva? Entonces viene la deserción –100.000 alumnos del secundario, en la Provincia de Buenos Aires–, los bachilleratos obtenidos a empujones, el aburrimiento, la evasión por la droga o el alcohol, el acrecimiento de los exámenes, el fracaso en el ingreso universitario. Que haya más alumnos a examinar parece sorprendente, en vista del «facilismo» y la lenidad de las pruebas; pero no lo es, si se lo reconoce como consecuencia de una arquitectura educativa que tambalea y que urge sustituir.

Creo que la sociedad toda y el gobierno nacional en particular, tienen la obligación de devolver, con prudencia, racionalidad y sabiduría –y con enorme empuje–, nuestra educación a su antiguo esplendor. Quizá entonces haya menos aplazos, y exámenes que preocupen menos. No se nos ocurre otra estrategia más eficaz y profunda para remontar nuestra crisis.

ESCUELA Y FÚTBOL (1998)

La escuela, en crisis permanente, olvidada por la familia y por gran parte de la sociedad, desarticulada por sucesivas y desaforadas disposiciones legales y reglamentarias y acosada por diversos daños, es cada vez más incapaz de retener al alumno. Los docentes, cuya formación se ha degradado al extremo, le dan de comer, lo «contienen», atienden necesidades para cuya resolución no están preparados, les cuesta atraerlos en cuestiones serias... Y de pronto, surge una panacea universal: la gran atracción escolar, el fútbol. Este deporte, de enorme arraigo popular, retroalimentado por una exposición mediática infinita, implica uno de los negocios más lucrativos del globo. Se supone que al menos por unos días los jóvenes irían al colegio con gusto, pues por lo común, el colegio no sabe interesarlos ni conquistar su atención sobre los grandes temas. Pero así, los divertiría.

La antigua aptitud formativa del deporte –caballerosidad, respeto, cortesía aun en la derrota, carácter–, ha perdido, al «profesionalizarse» tanto, su proverbial eficacia: hoy importa ganar a cualquier precio, sacar de pista al rival, doparlo, hacer un gol con la mano, fraguar un penal. Su valor ejemplar es mínimo, potencia violencias extremas, crea fugaces ídolos de barro que vociferan o rompen raquetas, modelos altamente negativos para el tejido social.

A esa pasión popular, atizada por todos los medios, ciertos responsables de nuestras escuelas quieren recurrir, legitimar y exhibir, interrumpiendo la regularidad y la serenidad propias del estudio. Quien pretenda que sólo se perderán algunos minutos,

los de la exhibición en las aulas, ignora lo que es un colegio y un grupo juvenil contemporáneo: luego de esos 90 minutos, se celebra, o se elabora el duelo, vienen el debate y la algazara. Y así, días y días irrecuperables, mientras pretendemos, virtualmente, que las jornadas útiles lleguen a ciento ochenta.

Por otra parte, hay mucha gente –por ejemplo: alumnos, o padres que envían a sus hijos a la escuela para que estudien–, a los que el fútbol no interesa, pero que serán presionados para presenciarlo, a entrar en el negocio y en el dudoso ejemplario –pues no olvidemos que nuestras dos victorias en mundiales son objetables–. No es cierto que todos estemos locos por el éxito, ni que daríamos «cualquier cosa» –por ejemplo: ¿la vida de un hijo?–, por el triunfo.

Y no se nos diga que los entusiastas analizarán el PBI de Costa de Marfil; en cambio, estarán atentos a quién pateo el penal. Pero todavía, si algún profesor quiere disparar cualquier curiosidad o inquietud sobre un país mundialista, ni siquiera precisa ver en común el partido. Le bastará con el *fixture*.

Y tampoco se diga que, si no hay transmisión escolar, los alumnos vaciarán los colegios los días de juego: la experiencia indica un crecimiento de ausentes, pero no masivo ni paralizante. Quienes deciden faltar lo hacen a su propio costo, con la «falta» del caso y la consiguiente falencia de conocimientos, pero en libertad responsable, para hacerlo.

Creo que la escuela, ya tan arrasada por la ola de la irracionalidad y vulgaridad, no debe ceder al facilismo de esta pretensión invasora. Por el contrario, debe dar y esperamos que dé, ante jóvenes y viejos, un gran modelo de rigor y de responsabilidad.

INSTITUCIONES VS. VIOLENCIA

Los penosos episodios que rodean la elección del rector de la Universidad de Buenos Aires parecen ser variantes de una realidad conocida. Los vivimos en comicios anteriores, pero en éstos, el desapego institucional y el uso de la fuerza alcanzan un pico devastador. Nuestro país desdeña, cada vez más, el sereno debate de las ideas y las previsiones legales. Cualquier grupo que cree estar en posesión de la verdad recurre a las vías de hecho para imponer esa verdad.

Las observaciones más graves sobre la legitimidad del organismo máximo de la Universidad de Buenos Aires, no resisten el menor análisis. El voto directo de 300.000 estudiantes para elegir autoridades es impracticable; y en cuanto a los docentes –que así perderían su capacidad conductiva–, no puede otorgarse a los interinos, porque eso implicaría facilidades para «construir» padrones adictos a las autoridades de turno. Deben votar sólo los titulares, los que lograron sus cargos por concurso, que es el menos malo de los sistemas de selección.

La autonomía, esencial a la buena marcha universitaria, exige por otra parte que cualquier inquietud sobre su organización y marcha, sea constructiva o no, se canalice por la eventual reforma de los estatutos; y los presentes son intachables: son los dictados en 1957 por una universidad libre y autónoma, encabezada por Risieri Frondizi y otros gigantes intelectuales y morales, y ratificado –el Estatuto, con ligeras reformas–, a partir de la instauración democrática de 1983.

Cualquier intento por desconocer esa normativa de impecable

origen afecta el prestigio de una universidad reconocida como entre las principales del mundo.

Una que en medio de sus dificultades, penurias y acosos funciona, enseña, investiga y procura devolver a la sociedad el –magro– aporte que ésta le brinda. Agredirla y deteriorarla es una grave injusticia y hasta un error cívico. Lo pagaríamos caro.

EDUCAR CON LÍMITES

Límite viene del latín «*limes*» y significa «término», «confin», «fin», «lindero». Aparte de su acepción, diríamos topográfica, implica también un sentido social, comunitario, de raíz generosa y solidaria. Los límites en convivencia se fundan en la necesidad de respetar al prójimo, y esto implica alguna reducción de la voluntad de las personas y de la libertad total en sus conductas, por antipático que ello parezca. Sólo Robinson en su isla era absolutamente libre de hacer cuanto quisiese, al menos hasta que halló a Viernes. No estaba obligado a considerar normas de tránsito, ni horario, ni el reposo ajeno, ni ninguna restricción de cuantas la compleja vida moderna impone a los humanos.

Los límites implican hábitos que se acepten, y deben adquirirse por la educación; y como la familia es la primera educadora, a ella corresponde iniciar al niño en aquellos linderos. Sin embargo, la familia parece hoy afectada por una grave crisis. Aun aquéllas que logran mantenerse unidas suelen incurrir en postergaciones y desatenciones. Ambos cónyuges trabajan fuera de sus casas, en parte por necesidad, en parte por la legítima incorporación de la mujer a profesiones y puestos laborales. Los niños permanecen solos mucho tiempo, o en manos del servicio doméstico, y si no, de la peor mucama: la caja boba del televisor. Como sea, los padres deben hallar tiempo para dedicarles, porque el tiempo que se acuerda a alguien es la principal manera de demostrarle amor.

Cuando la familia se desentiende demasiado de los hijos, surgen sentimientos de culpa, omnipotencia de los menores y

alianzas espúreas contra el colegio, restante como único lugar de exigencia y rigor formativo; y por tanto, es resistido.

Urge corregir esta situación. Padres y escuela deben reconciliarse, no contra, sino en beneficio de la formación de los niños; y esa reconciliación opera sobre un repertorio de normas acordadas, aunque sea tácitamente, de valores indiscutibles: trabajo, servicio, esfuerzo, honestidad, racionalidad, solidaridad...

Es imposible regular seria y confiablemente la vida comunitaria sin la participación, el debate, el acuerdo; pero además, al fondo, como *ultima ratio*, debe existir siempre un régimen sancionatorio. Un régimen claro, escueto, previsible, de pocas normas, pero compartidas y aceptadas por todos lo que actúen de buena voluntad. Sin sanciones –mejor dicho, sin sanciones ni premios–, no se logra ordenar ninguna sociedad. Así funciona el ser humano, aunque no nos agrade aceptarlo. La contención, tan meneada hoy, es precisamente la fijación de límites, del orden mínimo que permita la máxima libertad posible.

El orden no es un concepto de derecha, ni la libertad lo es de izquierda. Toda digna arquitectura de la condición humana participa de ambos valores, que no son antitéticos ni opuestos como desde distintos ángulos se nos quiso hacer creer. El ser humano prudente y sabio debe poder equilibrarlos y hacerlos convivir razonablemente.

En el Colegio Nacional fijamos, desde muy temprano en mi rectorado, una regla de oro que, luego de aceptada por todos, adquirió dimensión casi de dogma: no se admitirá perder el tiempo, ofender a otro ni destruir los elementos colegiales. Lo demás puede discutirse; esto no.

Los fundamentos son obvios. No podemos perder el tiempo, porque la sociedad toda financia una institución educativa, gratuita para los alumnos, pero que alguien paga. Y ese alguien es, precisamente, la sociedad en su conjunto, compuesta por gentes que lo hace desde sitios de trabajo a veces ingratos, y en muchos casos lamentando no haber podido acceder a una educación de tal calidad.

La segunda regla no requiere mayor explicación. Se basa en adiestrar a los jóvenes –a veces displicentes–, en el respeto que todo ser humano merece. Es el viejo imperativo ético: *neminem laedere*.

La última regla, presupone que las instalaciones, los materiales didácticos y demás útiles no nos pertenecen, sino que los

disponemos en uso con cargo de conservarlos para las futuras generaciones. Por tanto, hay que cuidarlos esforzadamente. No son nuestros.

Comprender, inferir, pensar, es a veces una voluptuosidad. Pero la educación es trabajo; si se disfruta de ella, tanto mejor; nunca un juego constante, una frívola diversión. Exige «*il lungo studio ed il grande amore*», concentración y voluntad. Existen materias con apariencias áridas, existen preferencias y rechazos. Y toda educación es enfrentamiento –aún la deportiva, y diríamos prioritariamente la deportiva–, y el entrenamiento requiere, diría Neruda, «esperanza y esfuerzo». Con la genialidad, rara ciertamente, ni siquiera basta. Todo esto hay que hacérselo entender a los niños y adolescentes.

La enseñanza primaria es la apertura intelectual originaria, el comienzo de la socialización y de la percepción de las propias aptitudes. El secundario debe ser propedéutico y algo enciclopedista, un vistazo general que permita elegir la vocación con algún conocimiento previo.

Pero además de informar, la enseñanza deber formar y contener. Por contener se entiende hoy, erróneamente, evitar que el adolescente esté en la calle, soportarlo, alimentarlo, divertirlo. Error. Contener, precisamente, es fijar límites, indicar hasta dónde se puede llegar en el ejercicio voluntarista, dónde está la frontera que impone el respeto por los otros, el linde de la justicia, la solidaridad, el servicio y el civismo.

Las situaciones que se planteen y sus soluciones tienen mucho de casuístico. Pero no es difícil saber qué es bueno y qué está mal. La autoridad tiene allí ocasión de ensayarse, resolviendo con justicia y general beneplácito.

El maestro será tal, y no un amigo más, aunque exista gran afecto recíproco y la relación con el discípulo constituya siempre una clave esencial, mística casi, del aprendizaje. Pero esa relación nunca es simétrica. El maestro para serlo, y esto ahora se olvida, está en un plano superior de saber, experiencia y docencia. Como tal debe conducirse, para ser respetado.

La familia es la primera educadora, y la aludida reconciliación suya con la escuela resulta imperativa: en un acuerdo acerca de las reglas de conducta, el niño y el joven deben aprender tempranamente para evitarse el posterior aprendizaje, mucho, mucho más doloroso.

ACTUAR ANTES QUE LA DROGA*

La condición humana es misteriosa y contradictoria. «Nos tocan días difíciles –decía Borges–, **como a todos los mortales**». Somos ángeles capaces de gloriosos sacrificios y alumbramientos éticos o estéticos; y al mismo tiempo, de caídas demoníacas.

El mundo contemporáneo ha logrado ejemplar incoherencia. A la pluralidad del saber, a muchas cercanías solidarias, a tanta maravilla, se oponen amenazas graves y totales: la intolerancia, la violencia, el riesgo de la destrucción absoluta, el solícito deterioro ecológico, las nuevas enfermedades, la torvedad del hacinamiento ciudadano, la glorificación del becerro de oro, y tanto más.

Entre ese más, están **los «placeres» suicidas. El ser humano se intoxica alegremente con tabaco, con alcohol, con droga. Lo más común es que tales vicios se adquieran en la adolescencia.**

Son, realmente, rutas de improbable retorno. Cualquier persona inteligente, sabia, responsable, puede fácilmente evitar entrar. El rescate, una vez que caímos, resulta tarea de Hércules.

Deducimos, entonces, que **debe actuarse antes de que alguien tropiece**. Lo otro será llorar sobre la leche derramada. **Y para actuar a tiempo, es preciso conocer por qué se drogan e intoxican los jóvenes.** Se drogan, en primer lugar, por la contravención, la curiosidad, la desesperanza. El mundo de los adultos arrastra sombras peligrosas: no siempre ofrece alternativas de vida seductoras.

Rinde culto al «*rating*», a la frivolidad, a la infinita estupidez.

Crea ídolos de barro. Presenta, a precio módico, un constante espectáculo de desazón y angustia. Frente a ello, la droga aparece como evasión, aventura, desorden. También, el joven se siente inmortal y omnipotente. Va a transformar, no quiere pautas perimidas y fija sus propias reglas. Queda dicho de **la inmensa responsabilidad de los mayores.**

Pero **los adolescentes también llevan propia responsabilidad.** Ya están en tiempo de elegir. No basta con decir: «A mí me hicieron así».

Es imperativa, entonces, una acción educativa que aclare todo esto, señale los riesgos y forme con el ejemplo. Aquí, como en todo, la educación tiene la clave del futuro. Por eso debe acentuársela, auspiciársela, levantársela. Con hechos, no sólo con el verbo.

Esta fuerte incidencia pedagógica tampoco puede quedarse en lo meramente teórico: porque se educa, sí, con la doctrina, pero además... Es posible que muchos adolescentes hoy sean capaces de disertar científicamente sobre los daños de las diversas drogas, los modos de combatir el sida, etcétera. Pero cuando llega la tentación, cuando su compañero los burla por que «no se animan», cuando no se quiere ofender a la ocasional pareja, es probable que los conocimientos teóricos queden de lado.

Y aún, cabe insistir en la pedagogía del arquetipo. Los jóvenes necesitan **ejemplos válidos**, ideales, modelos que no se deterioren, inclusive ídolos y mitos que no se derrumben, que no merezcan disolverse como lo merecen un futbolista drogadicto o un boxeador homicida.

Y **deben saber que quien fuma (lo que sea) no es más macho ni más mujer**, simplemente está disfrazando su timidez, calmando sus ansiedades orales, ocupando sus manos que no sabe manejar, aparentando una faena de mayores, en definitiva in-madurando. Y además, rescatemos lo ejemplar: **padres, médicos y maestros no pueden decir «no fumes» cigarrillo en mano.** Un «rico y famoso» no puede exhortar, por la pantalla, a sustraerse de las filas de los drogados, que él mismo integra según después trasciende.

Shakespeare decía que estamos hechos de la materia de nuestros sueños. Del sueño, se entiende, como esperanza y aspiración. Nunca de fantasías evasoras, artificiales, arrasadoras. Éstas no son sueños, son pesadillas.

* **En Clarín, 29-VIII-1994.**

HONRAR AL MAESTRO

Verano de 1996. Un desprevenido transeúnte que regresa del mar recibe en la casilla de peaje un obsequio del gobierno –es decir, de los contribuyentes–, en la Provincia de Buenos Aires: un *cassette* explicativo de la reforma educativa que la provincia emprende esforzadamente. Para hacerla comprensible –ardua tarea–, se ha recurrido a los servicios de un «*aedo* archifamoso». Entre los cuentos y «sucedidos» que relata, alguno presenta a un maestro absolutamente idiota, que ignora quién descubrió América. Aunque viejísimo, el chiste todavía causa gracia.

Otra escena. El mismo viajero –u otro– llega a su casa y enciende el televisor. Justo entonces, una marca de salchichas está pasando su propaganda de «alta temperatura cultural»: cuando cierto locutor enardecido ofrece como premios de un azaroso concurso, becas, libros, estudios pagos, el niño enloquece de ira. Pero al pronto se calma, pues ha ganado ¡un complemento a la caja boba que le ayudará a soportar la aridez de la vida!

Estos ejemplos no son únicos: constantemente, los poderosos medios modernos de in-comunicación y de-formación agreden a mansalva a la escuela que forjó nuestra grandeza. Si una serie, filmada o dibujada, tiene como teatro el colegio, fatalmente los adolescentes serán niños «modernos» urgidos por el hedonismo más rampante; y los profesores sádicos y el estúpido director quedarán infaliblemente batidos por sus alumnos en pie de guerra.

En la habitual distribución maniquea, les ha tocado el papel de «malos». Fuerza es reconocer que el cine, en cambio, suele

tener una actitud distinta y que a sus películas sobre el cariño al maestro sumó últimamente dos piezas mayores: así, *La sociedad de los poetas muertos* presenta los métodos heterodoxos de un profesor original; aunque su mensaje resta algo confuso, pues según se vea, no arriba a buenos resultados.

Impecable, en cambio, nos pareció *El maestro de música* –encarnado por José Van Dam–, que enseña con amor y rigor. Por sus discípulos sacrifica orgullo, tiempo, vida y, lo que parece valer más aún, cierta pasión otoñal que podría haber iluminado sus años últimos. Es recto e intransigente con las debilidades de aquéllos, y de sí mismo. Como debe ser.

La televisión, en cambio, sobre estar entrometida en el «living» de cada uno, sigue el camino más fácil y en buena medida contribuye, cada día, a degradar más la educación formal.

No hace tanto tiempo, en Argentina la figura del maestro era sagrada. «Maestro» deriva de «*magister*», el que dirige, que a su vez proviene de «*magis*», «más». Maestro es el «que te enseña», *el magistral*, lo máximo.

Maestro es una instancia superior al mero profesor, porque no todos éstos son «maestros». Su acepción –tiene varias– más alta también apunta a la más alta esfera de conocimientos y a la generosidad para compartirlos.

El maestro constituye la clave insustituible del proceso educativo. Las multimedias, CD-ROM y toda la prodigiosa parafernalia moderna van a complementar su acción pero jamás podrán reemplazarlo. Aun los autodidactas reconocen algún ejemplo incitante, un arquetipo orientador.

El verdadero maestro, el que siente el Eros docente, trabaja por pasión y no pide nada a cambio, como Sócrates, o sólo lo indispensable. ¡Y cómo enseña! Enseña con la tiza y el compás, y la palabra oportuna, y el gesto y esa frase espontánea que quizá él olvidará en el acto, pero que el discípulo recordará a la vuelta de la vida porque lo marcó para siempre.

A ese maestro debemos preservarlo, atenderlo y honrarlo. No todos cuantos enseñan profesionalmente son «maestros», pero a este paso no tendremos ni unos ni otros. Cuidemos a los docentes para que florezcan los maestros.

Y bien: ¿qué se hizo últimamente por ellos? Los han burlado, transferido, desautorizado, empobrecido, acallado, desmonetizado. Han perdido prestigio y consideración, el sosiego que es un presupuesto necesario a toda tarea. Hoy corren de un E.M.E.M.

a otro. (Porque, dicho sea entre paréntesis, ya no quedan *colegios* ni *liceos* en la órbita local. Esa nomenclatura latina y griega que revelaba nuestras raíces aristotélicas y estoicas, ha sido reemplazada por la sigla de Establecimiento Municipal de Educación Media: o algo así, E.M.E.M., verdadero modelo de imaginación creativa: creemos ver a los autores del cambio, tras días de elucubraciones, gritando ¡EUREKA! cuando se les ocurrió lo del E.M.E.M. Y así, de un E.M.E.M. a otro, ni siquiera el docente se considera «profesor taxi», sino, modesto colectivo).

Además, debe enfrentar sin mayor respaldo, casi con miedo, a los alumnos difíciles, a los padres airados, a los inspectores omnipotentes, a los jueces del «amparo» fácil. Está solo, condenado a tareas inútiles, no puede actualizarse, ni estudiar, ni escapar un momento de esa noria demoledora.

Las sucesivas leyes lo han amenazado con novedades incoherentes, cuyas razones y extensión nadie advierte, que hieren su estabilidad y lo obligan a falaces «reconversiones» o a una «capacitación» de cursilismo bobo. Ningún motivo de fondo, salvo quizá el achique presupuestario con los docentes como variables de ajuste, avala esas reformas. Ellas copian a tambor batiente, sin base científica, ni faz experimental, ni verificación positiva de resultados, algunos fracasados ensayos extranjeros. El resultado es que caen las vocaciones, o al menos, el elenco que concurre a los profesorados se reduce por mor de las bajas perspectivas profesionales.

Los maestros necesitan urgentemente un reconocimiento económico y social, la comprensión de todos, la mejora de su ámbito de trabajo –frecuentemente una pocilga, donde no se cumple ni la «Ley Palacios» de la silla (1904)–, verdadera posibilidad de capacitación permanente, libros y computadoras, tiempo, información, diálogo, infraestructura.

Los responsables de nuestra política y nuestra economía entonan a coro loas al maestro. Nadie saldrá, seguramente, a vociferar contra él, sino todo lo contrario. Pero es como si por detrás se cruzaran guiños de complicidad para que nadie crea tampoco en ese *flatus vocis*, en ese ruido de palabras vacuas que son sólo aire en movimiento.

La formidable competencia de los «medios» taladra los cráneos adolescentes, los aleja del esfuerzo intelectual, del *lungho studio ed il grande amore*.

Es cada vez más difícil que un joven sienta –aunque sea in-

termitentemente–, aquella «voluptuosidad de pensar» que decía Xenius, sin la cual no se alcanza nunca plenamente la condición humana.

Si queremos devolver a nuestras gentes la belleza moral y aun el verdadero progreso material, no hay vía alternativa de la educación.

Si Buenos Aires quiere ser otra vez la Atenas del Plata, la capital cultural del Mercosur, si aspiramos a perfeccionar nuestra conciencia cívica, si intentamos achicar la brecha entre el primer mundo y el último mundo –hablo de países y de gentes–, la vía de salvación está en atender seriamente la educación.

Cada ciudad debe ser una «ciudad educadora», dedicando su sistema político y sus potencias éticas, sus colegios y universidad, su televisión, su teatro, sus calles y plazas, cada uno de sus valores positivos, a la educación en todos los órdenes.

Y esa educación debe recoger los antiguos valores desplazados por la frivolidad y la inmediatez: honradez, tolerancia, respeto, capacidad, vivir honestamente, no dañar a nadie, dar a cada uno lo suyo.

«La disciplina y la instrucción para la disciplina comunitaria –ha escrito un ilustre ex alumno del Buenos Aires, Abel Posse–, nos permitiría pasar de la inteligencia personalizada, «viveza», a una inteligencia práctica. Esa disciplina que explica el sólido éxito de los orientales, los alemanes, los norteamericanos, movidos por su moralismo cuáquero. Entre el auge de 1930 y hoy, la Argentina fue perdiendo su capital de disciplina surgido de la educación sarmientina, que fue nacional, unificadora, implantadora de valores de sacrificio, honestidad, patriotismo y responsabilidad. En las últimas dos décadas el negocio de la educación –la instrucción en cuanto mercancía– prácticamente significa el remate de la revolución sarmientina. Esa educación básica en un pueblo sin bases, lavarse los dientes, saludar, no tirar papeles, no gritar frente a los hospitales, parece que tiene consecuencias económicas insospechadas».

Solamente si restablecemos aquellos valores, la vida valdrá la pena de vivirse. Hay esperanza en una reacción, porque las sociedades no pueden suicidarse, la naturaleza agredida reclama sus fueros y no podemos vivir en «Metrópolis» ni en la cloaca de «Ciudad Gótica». Pero debemos actuar con urgencia. Sino, ten-

dremos que soportar la carga malévola del otro costado humano omnipresente, «el látigo y la coz de cada día –decía Hamlet–, los yerros del tirano, el ceño del poderoso, la lentitud de la justicia, los fracasos que sólo el hombre recto tolera del inexperto».

EL DESPERTAR DE LA CONCIENCIA COLECTIVA*

Vivimos una vorágine tecnológica; un mundo acultural de puras imágenes vertiginosas parece arrasarse con nuestra paz creadora, con el ocio fecundo y con cualquier equilibrio espiritual.

Pero no es así, el hombre vuelve por sí mismo. Nada reemplazará la amistad del libro, el deleite de la lectura, el magisterio del sabio. ¡Ningún agravio con la tecnología! Es una colaboradora admirable, pues al humanista nada humano le es ajeno. Pero no parece ser un fin en sí misma, sino un recurso, una estrategia que debe administrarse bien.

Así, en medio de la catarata cibernética despierta el interés por los temas eternos. En vano los lamentables «contenidos» de la des-educación oficial intentarán, por ejemplo, abolir la Historia. Saber un mínimo de Historia es esencial para saber quiénes somos y de dónde venimos, para que eso nos ayude a advertir hacia dónde vamos.

Las novedades en planificación convierten a la Historia en un capítulo de las «Ciencias Sociales», en una mera auxiliar de la Economía, reina y señora del mundo global. Quizá a eso se deba, en parte, el sorprendente y remarcado interés renovado y espontáneo por aquélla.

Por ejemplo, cuando el Departamento de Historia del Colegio Nacional de Buenos Aires organizó, dos meses atrás, un curso sobre el pasado argentino, ¡los sábados a las 15!, hubo 450 inscriptos que asistieron religiosamente. Y en muchos otros síntomas hemos advertido, claramente, un despertar de la conciencia colectiva.

Poseer una cultura general «desinteresada» implica un capital magnífico. Es felicidad, consuelo, libertad y hasta resulta materialmente de gran utilidad. Nada importa que en ciertos ámbitos se haga ostentación de ignorancia. Los obstinados valores permanentes no desaparecerán. Cuando parece que lo peor llegó, un oscuro y secreto resorte salta, como sabía Deodoro Roca, «y se restablece la gloriosa verticalidad del hombre».

*** En *La Nación*, 2-X-2001.**

LA REFORMA UNIVERSITARIA

Seguramente la espontánea rebelión estudiantil surgida en Córdoba en 1918 respondía a una profunda necesidad renovadora de toda la universidad americana; porque corrió como una mecha encendida, primero hacia Buenos Aires y La Plata, Santa Fe y Tucumán, y muy pronto a Lima, México y por doquiera.

La de Córdoba era una universidad medieval, de un clericalismo «preconciliar», con métodos troglodíticos, bibliotecas desactualizados, profesores nombrados por «leva hereditaria» y cerrazón intelectual. El juramento profesional se prestaba, obligatoriamente, sobre los Santos Evangelios. En Filosofía del Derecho se estudiaban los «deberes para con los siervos». El motivo inmediato del estallido insurrecto —el cierre del internado hospitalario— parece insuficiente para los efectos, que en verdad provenían de aquellas razones.

Hubo una previa acumulación de causas más profundas. Y surgieron las corridas, tomas y huelgas. El 15 de junio, los estudiantes irritados impidieron la elección de un rector tradicional. El obispo de Córdoba terció con dos pastorales donde los colocaba por debajo de las «tribus ranquelinas».

Se organizaron la Federación Universitaria de Córdoba, cuyo presidente, Enrique Barros, sufrió un grave atentado, y la Federación Universitaria Argentina que presidió Osvaldo Loudet. Yrigoyen intervino dos veces la universidad en apoyo de los jóvenes reformistas que, con gran sentido de responsabilidad, se esforzaron en el Primer Congreso Nacional de Estudiantes por fijar un programa de acción que incluyó el cogobierno, el concurso,

la cátedra libre, la publicidad de los actos, la extensión y, entre tantas otras propuestas –y de modo no unánime–, la gratuidad y la autonomía.

Los reformistas pronto advirtieron que la universidad no es una isla, y que «el puro universitario es una monstruosidad». A lo largo del siglo, campearon por una educación abierta, autónoma, al servicio de un país libre, republicano y democrático. Sufrieron castigo por ello. Pero, casi insoportablemente atados a los principios éticos, permanecen como arquetipos.

Entre los fundadores, no puede olvidarse a Deodoro Roca, el gran verbo del '18; Saúl Taborda, el pedagogo; Carlos Sánchez Viamonte, el jurista; Julio V. González, el propagador idealista; y Bermann, Barros, Sayago, Biagosch, Vrillaud, Bordabehère y otros, quizá algo olvidados por la ignorancia oficial pero cuya obra, como la de aquellos arquitectos anónimos del Medioevo, permanece al servicio de todos.

AGRESIONES AL LENGUAJE JURÍDICO

En nuestra era mediática, estamos expuestos a los estragos que en todos los órdenes, producen muchos de los «formadores de opinión», quienes, sobre desinformarnos y deformarnos, agreden a nuestra bella lengua. Las consecuencias de esa distorsión son previsibles: fatalmente afeará y degradará progresivamente el habla corriente.

Quiero detenerme en un aspecto: el vocabulario jurídico que nuestros comunicadores abordan con la audacia de quien, por ser omnisciente, puede opinar de todo. El lenguaje jurídico es racional y delicado, y no corresponde malversarlo sino respetarlo, no porque pueda considerárselo un código cerrado, críptico, sino porque requiere una exactitud y precisión que está lejos de ser fácil.

Me voy a referir particularmente a tres voces que son utilizadas de manera contundentemente errónea. Estos errores, sin embargo, por obra de un mediocre periodismo oral y escrito, parecen haber triunfado y logrado una amplia aceptación. Los usa todo el mundo, aun en ciertos casos los propios estudiantes de Derecho, lo que extrema la gravedad del desaguizado. Inclusive, alguno fue empleado por un aspirante en un concurso donde fui jurado, y determinó su eliminación de la prueba.

Se trata de dos verbos: *dictaminar* y *detentar*, y de un sustantivo: *mandatario*.

Dictaminar, según la Real Academia, es «dar dictamen», o sea dar «opinión y juicio que se forma o emite sobre una cosa». «To-

mar dictamen» vale por «tomar consejo».

Y bien, con excesiva frecuencia oímos que «el juez dictaminó». El juez no dictamina, no aconseja, ni opina. El juez decide, sentencia, resuelve. Dictaminan los asesores, los procuradores, consejeros, fiscales, etc., previo a la decisión judicial, administrativa, etc., de quien puede seguir o apartarse del consejo recibido. Decir que un tribunal, que una Cámara judicial o la propia Corte Suprema *dictamina* es inexacto y además implica disminuir su jerarquía, reducir su función que es emitir decisiones firmes que deben cumplirse obligatoriamente, a una mera instancia de comentario o sugerencia.

Por su parte, detentar es «retener uno sin derecho lo que no le corresponde».

Ergo, cuando se dice que un gobernante, un partido, un grupo, *detenta* el poder se está definiendo la ilegitimidad del origen o del ejercicio de ese poder. Quien lo afirme, para hacerlo, consciente y correctamente, debe saber que tiene un sentido peyorativo, y poco menos, está acusando de usurpador, por ejemplo, al funcionario aludido. Así, puede emplearse en puridad para condenar una situación de facto. Lo grave es que alguien lo manifieste sin advertir su implicancia y diga, por simple ignorancia, v. gr. que «desde que el presidente *detenta* el poder sucede esto o aquello», sin saber que lo está acusando y agravando.

Por fin, aludiremos al mandato, «contrato consensual por el que una de las partes –mandante–, confía su representación personal, la gestión o desempeño de uno o más negocios a la otra –mandatario– que los toma a su cargo».

O como dice nuestro Código Civil, Artículo 1869: «cuando una parte da a otra el poder, que ésta acepta, para representarla, al efecto de ejecutar en su nombre y de su cuenta un acto jurídico o una serie de actos de esta naturaleza» (cf. Artículos 1869 a 1985 y cctes).

Este contrato, desde antiguo propio del derecho privado, es decir, entre particulares, se extendió por analogía al derecho público cuando en el siglo XVIII surgió la doctrina del gobierno representativo democrático (Recordemos que esa transferencia de instituciones jusprivatistas a la esfera política fue general. Por ejemplo, el 22 de mayo ante la objeción del fiscal Villota en cuanto a la falta de personería de Buenos Aires para deponer *per se* al virrey y crear la junta sin consultar a las provincias, Paso la salvó por analogía de la gestión de negocios y asimiló la

actuación de Buenos Aires a la de una hermana mayor que obra por las menores, con cargo de rendirles cuenta *a posteriori*).

En el mandato público el pueblo es el mandante, el que asigna o confía al mandatario-gobernante la tarea de gobierno en cuantos aspectos no puede realizar por sí.

Así está estructurado nuestro sistema constitucional y al Presidente se lo suele denominar el «primer mandatario». Ahora bien: toda esa terminología proviene del latín *mandare*, que implica algo así como ordenar el superior al súbdito, imponer, regir o gobernar. El común de la gente, si se le interroga, dirá que el primer mandatario es el superior, el que más manda, el que manda primero. Con esto se invierte y defrauda el profundo sentido republicano de la expresión: el pueblo es quien manda, el presidente el que resulta más mandado, el que más y primeramente debe obedecer. Y aunque la realidad sea otra, debemos luchar para que la terminología y el sentido profundo que implica no contribuyan a desvirtuar lo que precisamente debe sostener.

MECENAS Y SPONSOR

Cayo Mecenas nació quizá en Arezzo (Aretium) entre el 74 y el 60 a. C. y murió en el año 8 de nuestra Era. Poseyó una formidable fortuna –las clases altas de Roma las tenían, pero la de Mecenas parece que era desmedida, incalculable. Provenían él y su riqueza, según se jactaba, de un antiguo linaje real etrusco, pero buen comerciante e inversor, amigo y confidente de Octavio Augusto, supo incrementar su dinero y sus posesiones sin ocupar empero cargos públicos, salvo la calidad de caballero y algunos que no pudo evitar dada su intimidad con el César y la confianza que éste le dispensaba.

Tal amistad venía de lejos y duró, presumiblemente algo tensa, hasta el fin. Al morir, Mecenas instituyó al emperador como heredero de su fabuloso patrimonio.

Hábil componedor y seductor diplomático, había prestado servicios esenciales a Octavio, inclusive la concreción de la paz de Brindisi y un fugaz acercamiento con Marco Antonio.

Sin erigirse en guerrero, acompañó a Octavio en numerosas batallas, inclusive Filipos (42 a. C.) y supo darle consejos muy valiosos, especialmente eficaces cuando aquél, deprimido, quería alejarse del poder. Honesto y virtuoso en su vida pública, se le atribuyen excesos, licencias y francachelas privadas, a los que la nobleza romana era adicta. Repudió sucesivas veces a su mujer Terencia, pero en cada caso volvió a ella que, según el chismoso Suetonio, ocupaba, entre otros, el lecho imperial.

Pero Mecenas –poetastro y pendolista mediocre él mismo–, ha perdurado por su fama como protector de artistas y poetas. Su

nombre es, en efecto, sinónimo del «príncipe o persona poderosa que patrocina a los hombres de letras» (*Diccionario de la Real Academia Española*).

Fue solícito y dispendioso en esos auxilios, que incluyeron la famosa finca *Sabinium* donada a Horacio y tan amada por éste, y fuertes indemnizaciones a Virgilio, compensatorias de exacciones por él sufridas para el pago de veteranos. Y no fueron los únicos favorecidos por la política generosa de Mecenas. La sostuvo desinteresadamente, quizá aspirando como única contrapartida a que su nombre fuera invocado e inmortalizado por los grandes, y de paso, que éstos adhirieran al régimen imperial y al clima cultural de su tiempo.

Augusto y otros potentados siguieron el ejemplo y ejercieron «mecenas» sobre muchas figuras intelectuales y artísticas de Roma. En el caso de Virgilio, fue el César quien preservó *La Eneida* —monumento del arte universal—, que su autor agonizante había ordenado destruir.

Lo admirable es que estos poetas, en general —salvo algunos casos, como el de Ovidio desterrado—, no fueron obsecuentes ni se les exigió serlo, y «pagaron» los enormes favores que recibían con expresiones medidas y de suficiente dignidad. El caso ejemplar es, precisamente, Virgilio en *La Eneida*, donde la referencia a Augusto existe, pero muy breve, sutil y tangencial.

Es en el libro VI —el más bello—, cuando la Sibila en los Infiernos muestra a Eneas, no sólo a los muertos, sino un apenas insinuado resplandor del futuro, donde se entrevé la figura lejana de

«Augustus Caesar, Divi genus, aurea condet
Saecula qui rursus Latio...»

Augusto César, el que se origina
De dioses, por quien será restituido
El áureo siglo a la región latina...

* * *

En los últimos años este bello sustantivo, «mecenas», tiende al *desuetudo*, reemplazado por un barbarismo, «*sponsor*», que deriva del lenguaje imperial que nos invade, como nos invade su música salvaje, su comida desabrida, su ropa grosera, sus deshumanizadas costumbres y relaciones... Curiosamente, «*sponsor*» proviene también del latín donde la misma palabra, exacta, significa «fiador, garante», pero al llegarnos indirectamente aporta una dureza que desnaturaliza el original.

En inglés, «sponsor» significa, para el *Webster's New Collegiate Dictionary*. Springfield, Massachusetts, USA, 1973:

«A person or an organization that pays for or plans and carries out a project or activity; esp.: one that pays the cost of a radio or television program use».

Y para *The Concise Oxford Dictionary of Current English*. Oxford, London, 1929:

«Godfather or godmother; person who makes himself responsible for another; advertiser who pays for a broadcast programme into which advertisements of his wares are introduced».

Esta palabra ha prohiado ciertos derivados poco eufónicos, como *esponsorear*, *esponsoreo*, etc., términos ya instalados. A veces, algunos vocablos ingleses no conocen traducción exacta al castellano, sobre todo en el ámbito tecnológico, y entonces su adopción resulta inevitable y aun admisible. En este caso, el equivalente aparentemente existía y fue desplazado de todos modos. Pero ¿existía realmente? Tenemos nuestras dudas. Entre *esponsor* y *mecenas* media un matiz no por sutil menos real.

En efecto: el *mecenas* es un auxiliar desinteresado, un filántropo, un benefactor altruista –a veces propenso al anonimato– del arte y de la humanidad.

El *esponsor*, en cambio, busca un rédito, una ganancia, que puede ir desde la desgravación impositiva o la intención de hacerse perdonar «sus muchas faltas» hasta la mera caza de prestigio, reconocimiento, notoriedad, publicidad... Contiene el *do ut des*.

Creemos que esta distinción es cierta y coherente con el origen de ambas voces. Instamos pues, a quien sostenga un proceso cultural sin segundas intenciones, a que sólo admita ser *mecenas*, nunca *esponsor*. Deje esta palabreja para los mercaderes.

VALORES

Argentina es un país joven de características muy especiales: «crisol de razas», vivió los primeros años de independencia en grave convulsión y a partir de su organización institucional, y apenas apagados los fogones de la pampa, logró, sorprendentemente, un lugar bajo el sol en muy poco tiempo. Contingencias económicas favorables la catapultaron muy arriba en el concierto de las naciones. Pero a esas contingencias, siempre azarosas, los argentinos agregamos una serie de valores: esfuerzo, trabajo y perseverancia que trajeron los inmigrantes para sumar a la vieja hidalguía criolla de raíz hispana; y un respeto reverencial por la cultura, la ciencia y la conducta, plasmadas en el formidable proyecto pedagógico de Sarmiento.

Luego, en un proceso desconcertante, fuimos perdiendo bastante de todo eso. No es el caso de buscar culpas, sino de hallar las vías para superar nuestra crisis moral y material.

El país tiene enormes reservas creadoras; es necesario reconocerlo, traerlo a la superficie, exaltarlo y publicarlo.

Una fuerte vocación masoquista de exhibir sólo nuestras lacras nos lleva a exagerar nuestra condición de víctimas, destruir a nuestros próceres so pretexto de hallar la verdad histórica, crear antihéroes e imitar arquetipos deleznable, como un futbolista drogadicto o un boxeador uxoricida. Al menos, es lo que mucha gente, incluso gente poderosa, hace. Los «medios» generalmente publican lo feo, lo estúpido, lucen sin pudor la ignorancia como una virtud, bromean sobre el maestro... La velocidad se usa como un inhibidor de la inteligencia en calma.

Éxito, dinero y belleza física de quirófano son endiosados. La virtud raramente se muestra, lo que es correcto no interesa. La grosería y el lenguaje procaz «visten bien», causan hilaridad, están en auge. Cedemos a la presión de una a-cultura externa que nos trae su música bárbara, su comida plástica, su violencia, su ropa desaliñada, sus deplorables hábitos familiares...

Creo que sin incurrir en narcisismo colectivo –o sea, en un nacionalismo cerril–, debemos restaurar los valores esenciales que alguna vez honramos: el saber, la ciencia, la tolerancia, el respeto, el esfuerzo, la justicia, el trabajo, la solidaridad, la austeridad, la conducta, el patriotismo, lo institucional. La estrategia más inmediata para esto es potenciar la educación, fortalecer al director y al maestro, apoyar con un impulso real, en lo material y espiritual, el proceso educativo –sobre lo cual todos coinciden en el discurso pero pocos en los hechos–, limitar la arrasadora competencia de las «cajas bobas» –T.V. y «jueguitos»–, actuar cada uno con un mínimo de ética y de grandeza.

Por eso invitamos a vigorizar la escuela, el rigor obstinado, la autoridad justa. La escuela es un lugar para aprender, no un mero aguantadero. La autoridad no es autoritarismo. La severidad y la seriedad resultan indispensables.

¿Estamos dispuestos a hacerlo, cada uno en su vitrina y todos en la res-publica? Si así fuese, hay esperanzas, aunque no será fácil, ni rápido. Aun si comenzamos ya, sólo abriremos apenas, un lento proceso regenerativo que restañe heridas y reponga los valores que nunca debimos perder. Pero vale la pena. Amén.

ANTEPROYECTO DE DECLARACIÓN*

I.- La sociedad argentina toda, no sólo sus docentes y especialistas, aparece muy preocupada por la situación educativa del país.

Dialécticamente, hay conformidad en considerar la educación como la estrategia primordial para salir de nuestra crisis moral y material; y en que la educación debe llegar a todos –según el ideal sarmientino– y proveer a la igualdad de oportunidades.

También en que se requieren soluciones prontas, abrir un debate sincero y ocuparse seriamente del tema.

II.- Asimismo, el diagnóstico está bastante generalizado:

- a) el docente se encuentra pauperizado, agredido y desautorizado y ha perdido gran parte del respeto social;
- b) en lo edilicio se ha alcanzado, en general, una degradación evidente;
- c) la escuela ha pasado a ser, de un lugar de aprendizaje, un lugar de contención y atención de necesidades básicas. Por entenderse que no puede ser «expulsiva», al rechazarse todo sistema disciplinario racional, el «facilismo» más rampante esteriliza el conocimiento y en el sagrado ámbito escolar se tolera cualquier cosa, aún el crimen;
- d) la familia, acuciada por problemas económicos y estructurales, muchas veces deserta de su principal tarea educativa;
- e) la ruinosa competencia de los «medios», en especial la televisión, con dosis inauditas de vulgaridad e ignoran-

cia, deja a la escuela en manifiesta inferioridad de acción;

- f) la violencia que campea en la sociedad, la mediocridad de los dirigentes, modelos y arquetipos sociales, cuyos valores ostensibles son el «exitismo», el dinero fácil, la belleza física, el mérito deportivo sin sustento moral, más la suposición de una falta de perspectivas –en un país donde todo está por hacerse–, afectan gravemente la formación de los jóvenes;

III.- A nuestro entender, corresponde analizar:

- a) la justa valoración de las nuevas herramientas educativas informáticas y su extensión razonable;
- b) la defensa del maestro, de la lectura y del libro como elementos formativos esenciales;
- c) el reexamen de los contenidos, áreas y ciclos en que está dividida la educación, y su correcta articulación;
- d) la seria, prudente y acertada evaluación de los resultados educativos, sin que ella aliente competencias desleales, soberbia, comercio o fraude;
- e) las metas, variantes y procedimientos para el financiamiento de la educación, con respeto pleno de los preceptos constitucionales;
- f) la situación de las universidades, sus sistemas de acceso, permanencia y regularidad, de las carreras y de los profesionales que deben proveer el país;
- g) la atención del área de investigación científica;
- h) los requerimientos y los aportes que provengan del mundo empresarial;
- i) la situación de la legislación educativa y laboral docente; su acierto, desacierto y grado de aplicabilidad efectiva.

*** Propuesta a la Academia Nacional de Educación, 2006.**

LA SITUACIÓN EDUCATIVA*

La Sociedad argentina tiene conciencia de una crisis educativa de efectos devastadores. Sus motivos son múltiples: la deserción familiar, la legislación equivocada, la destrucción de la escuela sarmientina que forjó la grandeza nacional, las teorías y prácticas erradas, el «facilismo», la desconfianza hacia todo acto pedagógico considerado siempre como autoritario, la escuela entendida no como lugar de estudio sino meramente de contención, la competencia de una arrasadora a-cultura audiovisual, etc.

Tras más de una década de vigencia de la Ley Federal de Educación, la situación ha empeorado ostensiblemente. En vista de ello, el Ministerio de Educación, Ciencia y Técnica abrió una consulta pública acerca de la reforma legal. Es un paso positivo, aunque los plazos fijados parezcan demasiado perentorios y el debate tenga tal extensión, amplitud y generalidad que será difícil procesar seriamente las múltiples opiniones que se viertan.

Como principio, creemos recomendable una fuerte política del Estado Nacional a favor de la educación, un incremento contundente del aporte financiero público, la creación de nuevas instituciones educativas nacionales a lo largo del país en ejercicio de facultades concurrentes de la Nación con las provincias, el rescate de modalidades exitosas que fueron destruidas —como las escuelas normales, técnicas, rurales, artísticas, etc.—, la restauración de una buena formación docente y del respeto y soporte a las funciones de autoridades, profesores y maestros, el reexamen de los contenidos que sean necesarios y razonables, la educación plurilingüe, la seriedad en la función educativa, los

premios y sanciones, la incorporación de los medios modernos al proceso formativo comenzando por mejorar el nivel cultural de la televisión, etc.

Para ello no hace falta una ley extensa ni declarativa de las mejores intenciones que pueda quedar en un catálogo de ilusiones no cumplidas, sino una normativa de organización y base que estructure lo sustancial del sistema y deje el detalle para las reglamentaciones.

Es tiempo de así hacerlo, pues estamos frente al problema más grave de la Argentina moderna y ante una oportunidad que no debe perderse.

*** Proyecto para la Academia Nacional de Educación, octubre de 2006.**

PRÓCERES

EL MAUSOLEO DE ALBERDI*

Buenos Aires, 16 de abril de 2007

Sr. Ministro
de Relaciones Exteriores,
Comercio Internacional y Culto

Dr. Jorge Taiana

Esmeralda 1212

S _____ / _____ D

Señor Ministro:

Horacio Sanguinetti, rector del Colegio Nacional de Buenos Aires, con domicilio en Bolívar 263, al Sr. Ministro digo:

I.- Que la figura de Juan B. Alberdi, alumno que fue de este Colegio, merece el reconocimiento y la honra de los argentinos, como gestor principal de nuestra Constitución y porque dedicó sus mejores esfuerzos intelectuales a la ventura nacional.

II.- Sus restos mortales se conservan en Tucumán, su ciudad natal. Sin embargo, existe en el Cementerio el Père Lachaise, en París, en la interna avenida Patchod (*96eme division*), 15 metros antes del cruce con la Transversal N°2, un hermoso mausoleo que constituye un verdadero monumento a su memoria. Entiendo que es el único argentino que lo posee allí. Contiene una placa que reza:

J. B. Alberdi
Nació en Tucumán
República Argentina
en 1810
Falleció en París
el 19 de junio de 1884
RIP

Es decir, nada absolutamente que señale –en tierra extranjera– su trascendencia histórica ni su personalidad. Desde los tiempos en que Jean Jaurès dictara una conferencia sobre él, su memoria debe haberse borrado casi absolutamente de Francia, donde ejerció funciones diplomáticas por la Confederación Argentina, vivió y murió.

III.- En consecuencia, e invocando expresamente la representación del Colegio donde Alberdi estudió, me permito solicitar:

- a) Que se agregue a la placa existente otra que rece:
«Impulsor primordial de la Constitución de la Nación Argentina», o algo parecido que refiera concisamente su labor y sus valores.
- b) Que por la Embajada Argentina en Francia, o nuestra representación ante la UNESCO (Paris), se procure una módica limpieza del edificio –reitero, es de gran belleza–, invadido por una suerte de musgo que lo afea y lo deteriorará. Retirarlo es muy simple, yo mismo lo limpié parcialmente con una rama pequeña.

IV.- Creo que cumpliríamos con nuestro deber de respeto y gratitud por un gran argentino.

Saludo al Sr. Ministro muy atentamente.

*** Petitorio a Cancillería, en representación del Colegio Nacional de Buenos Aires.**

JOSÉ MANUEL ESTRADA: DOCENTE Y TRIBUNO*

Buen pretexto es cualquiera, aun su aniversario, para evocar a Estrada, paradigma, verdadero símbolo con algo de mítico y ejemplo permanente de rectitud cívica y devoción a los principios. Nacido el 13 de julio de 1842, en la entraña de una familia patricia, moriría en Paraguay, como Sarmiento, aunque a edad más temprana que éste.

Fue muchas cosas: funcionario, legislador, político militante, periodista, buen contertulio y «*cosseur*» que no desdeñaba, no obstante su austeridad, la anécdota picante. Jefe de una hermosa familia, amigo cordial, aun de sus adversarios, como Sarmiento o Wilde, supo combinar, al menos en los primeros tiempos de su actividad pública, su catolicismo decantado con un claro ideario liberal. Escribió poco. Se encendía socráticamente en el diálogo –como Deodoro Roca, su antípoda ideológica– y prefería el ademán tribunico y el espectáculo oratorio antes que el rigor literario para el cual estaba, sin embargo, habilitado. Fue el docente amado por sus alumnos, a los que galvanizaba con su verbo rampante. Voz, gesto, figura, eran su fuerte. Enseñó Derecho Constitucional en la Facultad y fue entre 1876 y 1884 rector del Colegio Nacional de Buenos Aires.

La docencia inspiró su principal empresa. Era **un docente** en todo lo que hacía, incluso en el creciente alarde oratorio. Por todas partes gozó de inmenso prestigio. Gran jurista, nunca permaneció en una actitud glosadora, dedicado a raspar y declamar textos, sino que refirió lo jurídico a lo social dentro del cuadro histórico y ahondó en las **causas** inspiradoras de las leyes.

Cuando se produjeron los conflictos entre el presidente Roca y la Iglesia, Estrada campeó con energía por sus convicciones. Fue dejado cesante.

Podemos agradecer a Roca tantos aciertos y perdonarle algunas flaquezas y errores; pero no puede perdonársele la expulsión de Estrada, cuyo gran nombre se agrega así al martirologio iniciado con la de los jesuitas y con el exilio de Maziell y prolongado, hasta fecha reciente, en tantos atropellos del poder político al poder intelectual; constante lamentable que paralizó muchas energías creadoras de nuestra patria.

Pero ni en la peor adversidad abdicaría Estrada de sus creencias, severo y rectilíneo como era su propia silueta.

Lanzado a la palestra cívica, fue diputado católico; y Demóstenes de la Revolución del '90, episodio que protagonizó con Goyena, desde un ángulo bastante distinto al de muchos aliados circunstanciales. Pero ya estaba herido, y no habría de sobrevivir demasiado a esos fogosos escarceos.

Como diputado había actuado con cierta displicencia. También como escritor, salvo notas de batalla y a vuelapluma. Nunca escribió orgánicamente un libro. Releyendo los que se recompusieron sobre prosas dispersas, clases magistrales y piezas de barricadas, se lo reconoce hombre de su tiempo, de estilo demasiado heroico para el gusto contemporáneo.

Pero entre tantas, una parrafada de Estrada mantiene vigencia arrasadora. Dijo ante los alumnos que el 26 de junio de 1884 acudían a despedir al querido maestro separado de sus funciones: «Gobernantes abortados de los campamentos y de la descomposición de nuestra oligarquía no son jueces de mi enseñanza (...) De las astillas de las cátedras destrozadas por el despotismo, haremos tribunas para enseñar la justicia y predicar la libertad».

Por esa inspirada voz parece que hablaran todas las víctimas, cuantos conformaron nuestra largas «tablas de sangre». Y una sola frase como ésta salva a cualquiera y le da vigencia para toda la eternidad. Viva Estrada.

*** Publicado en *La Prensa*, 13-VII-1995.**

ALVEAR*

Amigos:

Un acucioso deber cívico nos reúne esta mañana junto al túmulo de Alvear. En este mundo sórdido que nos toca vivir, donde la ejemplaridad es un raro bien, debemos buscarla en aquéllos cuya conducta y sagacidad, pasados los años, siguen marcando un modelo y un camino.

Marcelo T. de Alvear era un aristócrata; si entre nosotros puede, verdaderamente, imaginarse que existe una aristocracia. Nieto del General Carlos María –figura controvertida, si las hay, pero por la cual guardaba un respeto inexpugnable–, e hijo de aquel hiperactivo intendente que –para bien y a veces también para mal– transformó el rostro de Buenos Aires, Marcelo era la quintaesencia de nuestra «*jeunesse dorée*». «*Sportman*» –como entonces se decía–, esgrimista, automovilista, buen mozo clásico de elevada estatura, estudiante discreto en el Colegio Nacional de Buenos Aires y en la Facultad de Derecho, culto y obsesivo enamorado de la música lírica y de sus divas, millonario, ávido gozador de la vida, parecía destinado a la frivolidad, la diversión brillante y el buen pasar. Sin embargo, desde muy joven alentó pasión seria por la política. Amigos poderosos quisieron atraerlo a los grupos tradicionales, pero Marcelo, precisamente, iba desarrollando una fuerte resistencia contra los defectos de la política criolla. Poco le habría costado incorporarse a ella y gozar sin remordimiento de sus múltiples beneficios materiales. Pero él escogió la vía del esfuerzo y el peligro, junto a Alem y a Yrigoyen, que siempre le mostró una devota estima, a veces un tanto

sorprendente ante las rebeldías e intransigencias de Marcelo. Estuvo en todas: en el Jardín Florida (1889), en la revolución del Parque (1890), en el alzamiento del '93, actuando como político, como soldado y como jefe. A veces, para que encabezara algún episodio siempre riesgoso, tenían que buscarlo al fondo de su palco del Teatro de la Ópera. Su amor lírico se encarnó por fin en la persona de una ilustre soprano portuguesa, doña Regina Pacini, con la cual se casó ante el escándalo de la pseudo sociedad porteña, que lo tenía reservado para alguna de sus niñas. Las mismas de las cuales Marcelo, hombre y caballero cabal, supo defender a Regina cuando aquéllas, despechadas, cometieron una de las mayores bajezas humanas: ofender a una dama.

El triunfo del Radicalismo no fue usufructuado materialmente por Marcelo T. de Alvear. Residió largamente en París como ministro plenipotenciario, es cierto, pero sobre todo como *bon vivant* seducido por la deslumbrante cultura francesa. Y al término de la guerra, disintió obstinadamente con la postura neutralista de Yrigoyen en cuanto a la posición argentina en la Sociedad de las Naciones. Pero Yrigoyen pasó por alto enfrentamientos y desobediencias, rechazó su renuncia y auspició decisivamente la candidatura presidencial de Alvear.

Esta presidencia se desliza en los años más prósperos y pacíficos de la Argentina del siglo XX. El desarrollo material y cultural tocó su cima y el presidente daba desde su alta jerarquía el ejemplo moral esencial para la República, en medida que pocos presidentes de su siglo han sabido dar –y debo agregar: casi todos, radicales–.

Después, los sucesos se precipitaron en un abismo. Alvear, que nunca se sometió a ninguna tutela y alentó rebeldías partidarias, permaneció sin embargo en la U.C.R., rechazó los cantos de sirena, y ungido otra vez por Yrigoyen casi agonizante, como el jefe que debía sucederlo, asumió con enorme fervor la causa de la democracia, amenazada en el país y en el mundo. Había biengastado su riqueza en la política –entonces los políticos no se enriquecían, era al revés–, y supo soportar con entereza nunca desmentida la cárcel, el exilio y las persecuciones, muchas veces provenientes de quienes habían sido sus ministros y sus personas de confianza. Es el presidente que más tiempo pasó en Martín García, pese a lo cual no figura en la sigla «Y.P.F.». El fraude más rampante y desmedido –tanto que el propio Pinedo lo llamó «la negación del derecho al sufragio»–, cerró sistemáti-

camente su acceso al poder, burlándose la voluntad popular y causándole al país males que todavía pagamos. Por eso, en este mismo lugar, poco antes de morir, Emilio J. Hardoy pidió perdón a Alvear en nombre del Partido Demócrata. «¿Qué se le podía objetar?, preguntaba: sólo que no hubiera cedido ante los apetitos espúreos». Es que la figura ética de Alvear se agigantó en la adversidad. Y en momentos en que, finalmente, podría haber accedido, lo sorprendió la muerte a la edad de 73.

Algo más cuadra decir: muchas ingratitudes debió soportar. Pero una de las más dolorosas es la de ciertos sectores de su propio partido, que aún hoy lo niegan y lo retacean, desvirtuando y como desconfiando de su mensaje y su ejemplo. Por algo los argentinos estamos como estamos.

Otras vidas ejemplares cerraron filas en el Radicalismo: Alem, Yrigoyen, Elpidio, Illia, Balbín y tantos más, por no citar sino a las viejas guardias que ya no están. Creo que a su ejemplo moral debe regresarse urgentemente. Y allí estará Alvear, con su figura gigantesca, su exhuberancia casi pantagruélica, niño grande y hombre cabal, culto y malhablado, recto como una espada que marca la ruta.

*** Ante su tumba en la Recoleta, 23-III-2004.**

BAJAS

EDITH*

Amigos:

Nos reúne aquí la ocasión –muy temida–, de dar tierra a Edith, ocasión tan inconcebible que casi no podemos dar crédito a la realidad.

Porque entre los muchos méritos de nuestra amiga, estaban –primordialmente–, su goce de la vida, su actividad volcánica, su condición de correr siempre tras nuevos proyectos y jamás aquietarse.

Formada en un hogar ejemplar, riguroso y afectivo, de esos que hoy comenzamos alarmados a extrañar, supo transferir ese espíritu a su propia familia, que constituía su primer gran amor. El otro era el Colegio, el que, no obstante las múltiples actividades intelectuales que ella atendía, absorbió y usufructuó sus energías mejores y más poderosas.

Al Colegio llegó como profesora de Literatura. Se quejaba de no haber sido alumna por la discriminación de la mujer allí imperante hasta que la gran universidad democrática y autónoma, en 1958 corrigió ese despropósito. Pero vivió rodeada de alumnos y ex alumnos, en su familia y con sus amigos, quejándose siempre, con donaire y una cierta insincera pose de víctima, de los desmanes que solemos cometer los «hermanos en el aula y en la vida».

Profesora eminente, amada por sus discípulos, poseía una claridad mental y una lucidez expositiva que no son comunes. Pronto se convertiría en uno de los hitos docentes referenciales del Colegio, esos que cierta desenfadada exactitud llama nues-

tros «monstruos sagrados». Su formidable capacidad organizativa y de entrega al trabajo se acreditaron luego en la Jefatura del Departamento de Castellano y Literatura y, sobre todo, en la dirección del novedoso y exitoso «Curso de Ingreso», que arquitecturamos juntos sobre la marcha, aprendiendo al andar. Su sentido de orden y responsabilidad, su saber y su conducta, la elevaron por fin a la jerarquía de Vicerrectora del Turno Mañana, cargo difícil donde dio su medida en los ideales renovadores, en el respeto por las mejores tradiciones y en el trato con docentes, funcionarios, alumnos y padres, trato donde dosificaba –casi como *«mater et magistra»*– su ternura y su rigor.

Durante muchos años, mi primera actividad, al llegar al Colegio, era recibir su visita y analizar en común la marcha diaria de las cosas, las intenciones en trámite, los numerosos goces que nuestra alegre tarea educativa genera, y también, algunos claroscuros y tensiones de los que afectan toda humana faena. Era una reunión luminosa, con reflexiones que nunca faltaban sobre la política nacional –que la apasionó siempre–, y sobre temas generales de cultura y de vida. También tuvimos disidencias, por supuesto, como las hay entre personas libres, a veces de cierta envergadura pero que nunca empañaron la amistad fraternal que provenía desde nuestra ya lejana juventud.

El último gran logro que Edith condujo fue el Instituto de Investigaciones en Humanidades «Gerardo Pagés». Le dedicó, con muy mediocres recursos pero exuberante entusiasmo e imaginación, esfuerzos que en poco tiempo le dieron la dimensión aventajada de que hoy dispone, y que debemos comprometernos a sostener.

En nuestros últimos encuentros, allá por diciembre, todavía me transmitió sus acuerdos de participación colegial en la Feria del Libro.

La partida de Edith López del Carril es una herida profunda para el Colegio. Con ella se va algo de lo mejor de éste, como se va algo de lo mejor del país y algo de lo mejor del espíritu de cada uno de nosotros.

*** Dicho en su sepelio, en la Recoleta, 20-III-2004.**

CORINA CORCHÓN*

Corría 1960. El Colegio, hasta entonces y por espacio de tres siglos un androceo, se engalanaba finalmente con la presencia femenina. La gran universidad autónoma, en su momento de mayor esplendor, permitió, por iniciativa de Florencio Escardó, el acceso primero de profesoras y luego de alumnas.

El 13 de octubre de aquel año, Corina Corchón, una muy joven docente de Latín –¡de Latín!–, se incorporaba al elenco y llegaba a la Sala de Profesores con la timidez del caso, ante la curiosidad, y a veces la abierta hostilidad, de los «monstruos sagrados». Pero muy pronto, el clima cambió. Pudo advertirse que la presencia de la mujer, lejos de arrancar algún laurel al viejo Colegio, lo completaba, permitía que la «vida» ingresara a sus murallas, lo embellecía y enriquecía. El Departamento de Latín, en particular, fue muy eficaz en esa lenta invasión. Grandes mujeres se integraron entonces, bajo la égida de Aída Barbagelata, y pronto Corina se sintió en su casa, querida y respetada por todos.

Ciertamente tenía las condiciones para ello: simpatía, belleza, talento, erudición sorprendente, capacidad pedagógica, vocación. Podía ser muy dura, a veces demasiado, lo que no iba para nada en su desmedro.

Durante casi treinta años, el colegio fue el centro de su vida intelectual, su hogar académico, el ámbito de su espiritual crecimiento.

Entre marzo y mayo de 1976, becada por el Instituto Italiano de Cultura, viajó a Italia para trabajar en el exigente Instituto de

Etruscología de la Universidad de Roma, dirigido nada menos que por Massimo Pallottino. Por entonces, la frenética actividad de Corina la arrastraba por bibliotecas, archivos y escenarios arqueológicos. Hizo reconocimientos *in situ*, y relevó ¡todas las referencias a Etruria que aparecen en la obra de Horacio!

Regresó ya convertida, su vez, en uno de los colegiales «monstruos sagrados», una de esas profesoras que alcanzan un nivel casi mítico.

Sus 24 hs. de cátedra no la extrañaron de otras actividades conexas, y como tesorera de la Asociación de Profesores manejó, ajustó y tiró los cordones de una modesta bolsa. En ese momento trabajamos juntos. Luego vino la catástrofe de los años oscuros, aunque, por casualidad, Corina no fue molestada demasiado.

Y fluyó el tiempo, sobrevino la restauración democrática y su actividad fue la de siempre. La veíamos igual a sí misma, aguda, desenvuelta, sabia. Nadie hubiera imaginado el próximo desenlace.

Para los actos sarmientinos de 1987, caminamos por los claustros y conversamos largo, ¡y qué extraño!, sobre el destino, la brevedad de nuestras horas, la vida y la muerte. Ésta, inesperada, le sobrevino el 11 de octubre, dos días antes de cumplir sus 27 años de Colegio.

Supimos que, al desvanecerse, Corina se encontraba en familia, y llegó a intentar tranquilizarla, asegurando que «pronto estaré bien».

Así fue, en efecto. No tuvo hijos en los que reflejar la ilusión de prolongarse; pero sus alumnos siempre la «re-cordarán», la llevarán en sus corazones. No en vano la placa que ellos colocaron en el claustro central, reza: «Vivirá en nosotros».

*** Dicho en su velatorio colegial, el 28-VIII-2000.**

Dr. MANUEL R. SWIATLO (2004)

El sábado 8 de mayo, murió en Buenos Aires el Dr. Manuel R. Swiatlo. Había nacido en Varsovia en 1922 y vino al país cuando niño. Producto de nuestra gran escuela pública y de la integración y la movilidad social que esta Nación alguna vez permitió, se recibió brillantemente de médico. Desde temprano abordó, junto a la actividad profesional en su consultorio y en el Hospital Ramos Mejía, la docencia universitaria.

Durante más de treinta años enseñó Biología en el Colegio Nacional de Buenos Aires, y dirigió el respectivo Departamento desde 1984, con extremada eficacia y empuje. No era un hombre del común. A sus dotes de educador aunaba una extraordinaria capacidad médica y una generosidad humana más única que rara. En el Colegio, todos le debíamos alguna atención excepcional de las más variadas especies. Durante los días de su internación no hubo manifestaciones ruidosas en las puertas del sanatorio, pero sí una expectativa esperanzada y en silencio, porque fue, sin duda, algo parecido a un héroe anónimo.

Si «re-cordar» es reiterar el paso de nuestras emociones por el corazón, puedo afirmar que al Dr. Swiatlo, con enorme afecto, lo recordaremos siempre. Siempre.

DON LUIS*

Señor Director:

El 24 de febrero, don Luis Meijomín inició su viaje final. Había servido cuarenta y seis años al Colegio Nacional de Buenos Aires en tareas de maestranza, con inverosímil dedicación y devoción institucional. Gallego de origen, fue uno de esos «españolitos» a los cuales –decía Machado– «una de las dos Españas» habría de helarles el corazón. Logró evitarlo sólo por casualidad, pues participó de toda la espantosa Guerra Civil, trabajó después en un aserradero, «por la comida», y entonces vino a la Argentina, a este país rico, generoso, que lo deslumbró. «Ustedes no saben lo que aquí tienen», decía a los descontentos de siempre.

La Argentina y el colegio fueron sus dos amores, amén de una admirable familia que constituyó con su mujer, sus dos hijos profesionales y nietos que lo adoraban. Obtuvo su pasar, pese a que sufrió la estafa de algún «socio». Octogenario, jubilado hace años, sin embargo asistía diariamente al colegio y lo servía con entusiasmo juvenil.

Arquetipo de esos inmigrantes laboriosos y honestos, que nuestra Nación atrajo y protegió cuando la movilidad social era posible, seguía hasta el fin, ansioso por devolver los bienes recibidos, pues valoraba, sobre todo, el respeto que aquí se le prodigó.

Su modestia no impide considerarlo, en suma, un ejemplo moral que no olvidaremos.

*** Carta pública en *La Nación*, 8-III-2003.**

MÚSICA Y CIVISMO EJEMPLAR

LA MÚSICA Y LOS JÓVENES

La música es una de las creaciones más portentosas del espíritu; un privilegio exclusivo de la humana condición. Ningún animal, ningún elemento de la naturaleza, aunque emitan «sonidos» bellísimos, es capaz de producir lo que propiamente es el complejísimo prodigio del arte musical. Elaborado a lo largo de los siglos, hoy disponemos de este inaudito tesoro en estado avanzadísimo de perfección.

Sin embargo, hay gentes «sordas», ajenas a tal milagro estético, que tienen atrofiado el placer inmenso de las «dulces notas acordadas» (Shakespeare *dixit*). Algunas raras veces, por una suerte de indiferencia invencible, otras por resistencia consciente caprichosa, otras, las más, porque simplemente no han tenido ocasión de aproximársele.

Quienes tengan la fortuna de gozar de la música, tienen también una suerte de deber docente para compartirla –y no ocultarla como avaros, para el placer propio, que gente así también hay–, para difundirla y para exponerla generosamente.

La educación musical de la juventud es, pues, un deber de personas, instituciones y «medios», que deben mancomunar su faena docente, en particular *rinforzando* sobre la música clásica, que es difundida con cuentagotas, que es la cúspide de la pirámide y que requiere cierto cuidado en los pasos previos de su conocimiento. Con niños y jóvenes debe gastarse, para iniciarlos en el deleite auditivo mayor, alguna precaución. Un mal paso, un concierto aburrido, una ópera incomprensible, pueden castrar y limitar para siempre el acceso a este mundo deleitoso, cuyo disfrute es fuente de consuelo, felicidad y elevación espiritual.

Pienso a veces que «no se podría vivir» sin la obra de Mozart, de Beethoven o de Verdi –por caso– y así es. No tomemos al pie de la letra esta afirmación figurada: no nos moriríamos sin aquélla, no sufriríamos biológicamente su ausencia; pero nuestra vida sería mucho más árida y pobre. Vamos, pues, con los jóvenes hacia la música. Nadie en su juicio íntegro puede resistir su belleza. Porque como decía Sancho: «Señora, donde hay música no puede haber cosa mala».

CLARIFICAR LA AURORA

El tema de los símbolos patrios –emblemas, cánticos y hasta próceres–, está hoy en el candelero. Aun el color de la bandera es motivo de debate.

En cuanto a la notoria canción patriótica *Aurora*, también alienta el conflicto, pues su texto es, sin lugar a dudas, confuso y oscuro. Veamos los antecedentes:

En vísperas del Centenario, nuestra sociedad, entonces tan rica y un poco rastacuera, inauguró el nuevo Teatro Colón que, al decir de José Luis Romero, «simbolizó, más aún que la preocupación por el goce estético, el desarrollo de una existencia convencional en los más altos niveles de lujo». Convengamos: las dos cosas.

Por aquella temporada inaugural (1908), se había encomendado a Héctor Panizza (1875-1967), talentoso compositor y director argentino que venía de algunos triunfos consagratorios en Europa, la preparación de una ópera que denominó *Aurora*. Musicalmente, montó sobre la onda del verismo, en pleno auge.

No se busquen rasgos nacionales en su música; pero sí, de los más exaltados, en un argumento que esboza el conflicto surgido en Córdoba a raíz de la Contrarrevolución de Mayo. Toda la obra respira un entusiasmo patriótico que, a más de un siglo vista, resulta envidiable.

El texto literario fue confiado a Luigi Illica (1857-1919), un estroso hombre de teatro y libretista de Puccini, Giordano, Catalani, Mascagni, etc.

El nudo temático es muy reiterado en Illica: el tenor –un con-

testatario cívico—, quiere irse con la soprano, pero el barítono ejercita su poder político para oponerse: tal, con variantes, lo que sucede en *Aurora*, *Tosca* y *Chènier*.

El libreto primitivo es italiano, que así se estilaba por esa época. La arquitectura localista y pseudohistórica corrió por cuenta de Héctor Quesada, intelectual argentino que figura como coautor.

Agudos epígrafes, conservados en su original castellano, ilustran cada acto o «capítulo», extraídos de Vicente F. López, Bartolomé Mitre y Rubén Darío.

La cita de López, que corresponde a su *Historia* y es epígrafe del título, expresa: «la PATRIA COMÚN se alzaba en el horizonte como en brazos de una luminosa *aurora*...». Por ende, inspira el nombre y aun el simbolismo de la ópera: *Aurora* es la protagonista y también una reiterada referencia a los albores de la patria.

Las dos citas de Mitre están recogidos de la *Historia de Belgrano*. La del *Capítulo primo*, muy extensa, refiere cómo «la meditación, la lectura, la voz de la naturaleza» dispusieron «su ánimo para llevar a cabo la empresa atrevida». La del *Capítulo secondo* establece que «era, pues, una verdadera revolución la que se operaba entre el pueblo y el gobierno», etc.

El *Intermezzo Épico*, que contiene la invocación tenoril «*Alta pel cielo*», se encabeza con aquella inmodesta estrofa atribuida a Vicente López y Planes: «Calle Esparta su virtud...».

Por último, el texto de Darío —que a la fecha del estreno aún vivía—, corresponde a un fragmento del canto *A Roosevelt*, aunque omite la imprecación contra los «hombres de ojos sajones y alma bárbara», sustituida con una solícita línea de puntos, para no ofender a nadie.

Las incongruencias históricas son atroces: en junio de 1810, los jesuitas aún no han sido expulsados, el precoz protagonista ya dispone de la bandera, y Güemes, ¡en Córdoba! capitanea sus guerrillas. Pero en ópera, todo se tolera.

Hay referencias a personajes reales, como Liniers y el obispo Orellana —cuya voz truena «*giu nella Chiesa*» de la Compañía de Jesús, siempre en Córdoba—, y el agente Lavin tiene presencia.

En la década del '40, Panizza decidió hacer traducir al castellano el libreto, tarea ímproba que asumieron Ángel Pettita y Josué Quesada —hijo del coautor—. Lo hicieron con esmero, pero según estricto *pedem litterae*. Así, no alzaron un vuelo de águila,

sino uno rasante, no obstante el esforzado servicio que se les debe.

El *Inno alla bandiera*, cuyos primeros intérpretes tenoriles¹¹ lo llevaron al disco, fue de lo más perjudicado: un verdadero enigma. Sus deficiencias se agravaron por el hecho –justísimo–, de haber sido elevado a la condición de cántico escolar en 1945. La inspirada música salva todo, porque la letra resulta casi incomprensible para los niños... y para muchos grandes.

Este es el texto italiano original:

*«Alta pel cielo, un'aquila guerriera
ardita s'erge a volo trionfale,
ha un' ala azzurra del color del mare
a un' alla azzurra del color del cielo;
così nell' alta aureola irradiale
il rostro d'or punta di freccia appare,
porpora il teso collo e forma stelo,
l'ali son drappo e l'aquila è bandiera.
È la bandiera del paese mio
Nata nel sole; e ce l'ha data Iddio!»*

La claridad y sencillez requeridas quedaron ausentes en la traducción que todos conocemos: «irradial» nos es palabra castellana, «el áureo rostro imita» implica un trabalenguas, «el purpurado cuello» nadie lo concibe. «Azul un ala» alude reiteradamente a una sola (¿y la otra ala?), el color blanco no aparece por parte alguna; y así de seguido.

Nos permitimos pues, con bastante audacia, proponer una versión simplificada que podría ser ésta (o parecida):

11 Eran Amadeo Bassi y Florencio Constantino, que lo grabaron en los años 10, en italiano. Con el correr del tiempo, se hicieron en castellano registros comerciales de Rafael Lagares, Dario Volonté, José Cura –éste en los dos idiomas– y el barítono Renato Césari. Existen varias versiones en vivo, a cargo de Marcos Cubas, Carlos Cossutta, Luis Lima, etc., pero a partir de los 50, se dio intervención al coro y se mutiló el bellissimo remate del aria. Hacia 1981 interesamos a Plácido Domingo para grabarla, pero la guerra de Malvinas abortó el proyecto.

«Alta en el cielo
un águila guerrera
audaz se eleva
en vuelo celestial:
alas azules, del color del cielo,
azules alas, del color del mar.

Así en la heroica
Aurora triunfal
el rostro de oro
como una flecha corre,
y deja un rastro
de su recto vuelo,
el ala es paño,
el águila es bandera.
¡Es la bandera de la patria mía
celeste y blanca, que me ha dado Dios!»

He aquí un debate que merece abrirse: ¿correspondería retocarla, alumbrando una «Aurora» más clara? Algunos sugieren, inclusive, que el águila guerrera se transforme en pacífica paloma. Otros creen que no cuadra enmienda alguna, con argumentos dignos de atención, pues entienden que está ya incorporada y ligada profundamente a la sensibilidad de los argentinos y no vale la pena desarraigarla.

Personalmente, y en vista de que hasta el Padrenuestro ha sido *aggiornado*, pensamos que *Aurora*, esa aria de tenor que todos cantan, ganaría mucho si su letra se aligerase y transparentase. Por aquello de Cervantes: «Llaneza, muchacho, que toda afectación es mala...».

GIUSEPPE VERDI, HUMANISTA INTEGRAL

Un centenario no pasa de ser una convención, pero también resulta pretexto aceptable para un ejercicio de memoria, y mejor, cuando es memoria jubilosa de hechos o personas que la merecen. Por eso, al rememorar el mundo los cien años de la muerte de Giuseppe Verdi, ocurrida en Milán, cumple un justísimo homenaje. Verdi es una figura cumbre del rico siglo XIX, y por todo concepto, como artista creador, como personaje cívico, por sus costados éticos y en suma, como persona, es uno de los más gloriosos arquetipos que honran al género humano, género tan contradictorio, tan desequilibrado de cúspides y precipicios.

Nacido en Roncole, cerca de Busseto, cuando esta zona era el Departamento francés de Taro, sus partidas originarias lo bautizan Joseph Fortunin François, de modo que, por meras circunstancias –o virtualmente, como hoy diríamos–, era francés. Sin embargo, nadie más italiano que Verdi, por su estructura mental, por su cultura y por sus preferencias sociales.

En verdad, era un campesino italiano y lo fue toda su vida, ya tratase con reyes y emperadores o se adentrase en el seno del pueblo, que él, como nadie antes, incorporó al arte moderno.

Con Giuseppe Verdi asistimos a la culminación de la lírica italiana –y quizá, simplemente, de la «lírica». Comenzó en 1839, caminando sobre huellas tradicionales del *bel canto*. En sus primeras creaciones importantes, *Nabucco* (1842), *I Lombardi* (1843), *Ernani* (1844), ya se advierten una fluida inventiva musical y una capacidad dramática notable; siempre fiel a los esquemas cerrados del *bel canto* ochocentista.

LA ERA DEL ROMANTICISMO

Mientras él nacía en 1813, el romanticismo iba alcanzando su madurez en todos los ámbitos: el político, el artístico, el personal. La génesis del alma romántica era apenas anterior, de mediados del siglo XVIII, siglo harto del neoclasicismo, harto de las unidades de tiempo, lugar y acción. Harto de tragedias moralizantes, donde todos eran próceres, carne de estatuas, severísimos ejemplos de cómo hay que sofocar las pasiones y actuar con peraltado estoicismo; aunque la realidad fuese muy otra. Harto de las reglas de arte, sin cuyo conocimiento se era un borrico, que a lo sumo acertaba «por casualidad».

En los años centrales del siglo, París era el ombligo del mundo. Allí estaban los políticos renovadores, los radicales, los socialistas utópicos –hasta nuestro Echeverría–. Allí se concentraban los mayores talentos, los escritores, los pintores, y pues el Romanticismo fecundó a todas las musas, los cantantes y virtuosos, y los compositores: Auber, Berlioz, Mendelssohn, Rossini, Bellini, Donizetti, Meyerbeer, Bizet, Wagner, Liszt, Chopin, Offenbach, Gounod, Franck, Saint-Saëns, Massenet... Y Verdi, que para otro genio, Sarmiento, ya en 1848 era «el más celebrado compositor moderno».

Hubo quienes supusieron, en ese tiempo, que el artista, seducido por las luces de la gran ciudad y por las atenciones napoleónicas, se instalaría allí definitivamente. Pero aunque no fue así –por diversas razones–, el espíritu del París romántico lo inspiró y lo acompañó solícitamente.

Sobre el filo del mediosiglo, Verdi concibió, casi de un golpe, su trilogía popular: *Rigoletto* (1851), *Il trovatore* (enero de 1853), *La Traviata* (marzo ¡del mismo año!).

A partir de allí, y sin que se retrayese su asombrosa veta melódica, su arte se libera de cánones, se depura y acentúa, y la orquestación se enriquece sin llegar a los excesos de tantos contemporáneos suyos. Las obras finales alcanzan una maravillosa y sencilla profundidad. Su sentido de síntesis le permite expresar en muy pocos compases los sentimientos tras cuya manifestación otros insumen larguísimos discursos y *raccontos*. Y resulta más única que rara, la capacidad verdiana de hacer creíbles situaciones argumentales forzadas y aun grotescas: pareciera que en su obra hay demasiadas crisis de identidad, demasiados disfraces, demasiados encuentros tardíos entre abuelos y nietos, o personajes que por el sino inclemente se creían recíproca-

mente muertos tiempo atrás. Quizá el caso paradigmático sea la heroína de *Rigoletto*, que ignora la identidad de su amante, de su propio padre y por supuesto ¡de sí misma!. Pero ¿quién que tenga corazón, puede sustraerse por ejemplo, en *Il trovatore*, a la emoción del encuentro de Leonor con Manrico, al que suponía finado?

Por eso es que muchos dramaturgos le deben a Verdi un destello de perennidad: ¿quién se acordaría hoy, en efecto, de García Gutiérrez, del Duque de Rivas, y aun de ciertas tragedias de Víctor Hugo, si Verdi no las hubiese asumido como tema?

EL VERDI POLÍTICO

Inmerso en la política liberal de *Risorgimento*, Verdi fue diputado local, y asumió sus compromisos cívicos con enorme dedicación. El patriotismo era siempre nota determinante de su carácter. Quería la Italia unida que Maquiavelo no pudo ver. Admiraba a Garibaldi, «el hombre delante del cual deberíamos arrodillarnos», escribe a Angelo Mariani en mayo del '60.

Sin embargo, sería el conde de Cavour quien en una carta célebre (10 de enero de 1861), lo indujo, casi le ordenó, invocando la sagrada idea de «servicio» que ninguna persona de bien puede desechar por hedonismo, que presentara su candidatura a diputado del Reino. Verdi se sometió a Cavour, que cantaba «la pira» en los momentos de exaltación política. Obtuvo 298 votos contra 185 de un rival que lo instaba, airado, a no abandonar el arte. Hubo *ballotage* y fue ungido por 339 sufragios a 206.

Se instaló en Turín y tomó en serio sus responsabilidades, pero seis meses después, la sorpresiva muerte de Cavour lo reenvió, por fortuna, al mundo lírico. Mas como ningún hombre puede sustraerse a sus ideas y a sus circunstancias, la ideología verdiana cruza toda su obra.

Su patriotismo y su espíritu libertario se trasuntan constantemente en las situaciones dramáticas que encara. En sus obras siempre se atiende al dolor de los perseguidos y discriminados: los judíos, que en *Nabucco* trascienden su propia carnadura hasta llegar a simbolizar a cualquier pueblo perseguido. Los acosados por causa de la injusticia, los Beltenebros, «bellos tenebrosos» –un poco al estilo Robin Hood–, que vemos en *Ernani* e *I Masnadieri*. Los moros, negros y mulatos: Otello, Ulrica, Don Alvaro. El deforme desecho humano: *Rigoletto*. Los gitanos: *Il trovatore*. La prostituta: *La Traviata*. Los esclavos: *Aida*. Los

viejos y gordos: *Falstaff*. La inocencia violada: *Gilda*. Y aun el príncipe sumido en la soledad del poder: Boccanegra, Riccardo, Felipe II... Pero además, el tema de la patria anhelada o perdida, que atraviesa toda la obra de Verdi. Y la reiterada apelación a uno de los más nobles sentimientos humanos: la amistad, que Verdi retrata y describe en *Don Carlos*, en *Un ballo in maschera*. Y las castas criminales, el poder, el sacerdocio y el ejército, que en *Aida* logran destruir el amor.

Los coros verdianos son proverbiales. El más famoso, el «*Va, pensiero*» de *Nabucco*, cada tanto, la penúltima vez en julio de 2001, por el ministro Buttiglioni, es propuesto como Himno Nacional italiano. Con ellos, Verdi incorpora al pueblo como protagonista lírico.

Por otro costado, se ha discutido mucho sobre su religiosidad. Era sin duda antipapista en la encrucijada en que vivió; y su crítica a la Inquisición, explícita en *Don Carlos*, que escandalizó a la emperatriz Eugenia, bellísima pero tonta de capirote, respondía a una clara ubicación de tolerancia y respeto por la dignidad humana.

Pero, como en tantos meridionales, bajo su rechazo por los excesos, los ritos y formalismos, subyacía una fuerte caridad cristiana. Esto también se trasunta en su obra; especialmente en el *Requiem*, sobre el que pesa la estúpida crítica de ser música teatral. ¡Cuando es uno de los monumentos más arrasadores de la humana creencia en Dios!

El placer mayor de Verdi, siempre un aldeano, era trabajar su tierra, cuidar su jardín, alternar con sus pares, las gentes de la aldea. Modesto y republicano, rechazó un título de marqués, una senaduría y otros múltiples privilegios.

Pero su prestigio inmenso no lo libró de la censura. Ciertamente, era audaz al punto de estrenar una ópera llamada *La Traviata*, «La perdida», anticipándose un siglo al desenfado de Sartre (*La putaine respectueuse*). Esa misma audacia lo condujo al intento, entonces inaudito, de situar la escena en su propia época, intento que la censura, su eterna enemiga, inicialmente frustró. La censura que, obtusa y estúpida, le imputó atentar contra la dignidad de la familia, la monarquía divina, las instituciones. La censura que, por ejemplo, impedía representar el magnicidio de un rey en *Un ballo in maschera*, pero lo aceptaba si se reducía al «gobernador de Boston». O toleraba el libertinaje del «Duque de Mantua», si hasta él se rebajaba nada menos que a Francisco I de Francia.

LA CULMINACIÓN DEL GENIO VERDIANO

Muy cuidadoso de sus libretos, Verdi acosaba, perseguía y abrumaba a sus mediocres pendolistas con exigencias y correcciones. Ciertas escenas, como la final de *Aida*, fueron totalmente redactadas por él.

Lo cierto es que algunos de aquellos libretistas eran holgazanes, otros simplemente volaban bajo y alguno se murió en el momento menos oportuno. Es que Verdi no contó con un escritor que lo mereciera hasta que dio con Arrigo Boito –su antiguo contestatario–, con el *Himno de las Naciones* (1862), para comenzar.

Tras la reconciliación con Boito, vinieron el admirable arreglo del *Simon Bocanegra* y, por fin, la culminación de *Otello* y *Falstaff*. Porque cuando se encontraron, y Verdi regresó al prodigioso hontanar de su admirado Shakespeare –su más cara inspiración–, esa conjunción del gran talento de Boito con el genio de los otros dos, plasmó aquellas dos cúspides del teatro musical: tragedia y comedia.

No fue impermeable Verdi a las novedades de su tiempo, recibió influjo de la «gran ópera», por lo menos en *Don Carlos* y *Aida*, y fue dejando de lado las «reglas del arte», en cuanto mecánica y obligada sucesión de preludio, recitativo, aria, caballetta, dúo, terceto, concertante, coro –con florituras, adornos, grupettos y agudos de rigor–, para dejar fluir la armonía con naturalidad y sin cortes abruptos.

Ya en el cuarteto de *Rigoletto* había insinuado un conjunto vocal de originales acentos, y en *Simón Bocanegra* un discurso más continuo que alcanza su plenitud en *Falstaff*. Sin embargo, tampoco se ata servilmente al «nuevo» gay trinar. En *Otello*, si hay arias –¡lo cual no es ningún pecado!–, nunca interrumpen ni quiebran la unidad musical, porque responden espontáneamente al curso de la acción. Con esto, Verdi, sin dejar de reconocer la mejor tradición peninsular, abrió camino a las formas musicales de la «*nuova scuola*». «*Torniano all'antico* –había dicho–, *e sarà un progresso*».

Sobre Verdi, ¡un italiano!, Wagner callaba desdeñosamente. En cambio, mientras en casa de Verdi, su esposa y amigos celebraban el fracaso de *Tannhäuser* en París (1845), el gran «italiano» los llamó al orden y vaticinó: «pronto los franceses jurarán por Wagner». Eran contracaras en las monedas del arte, la con-

ducta y el pensamiento; paralelas que no se tocan.

Wagner edificó, en Bayreuth, con dinero ajeno, el teatro-templo de su culto. Él mismo puso la piedra fundamental, acompañado por Nietzsche. Y lo rodeó de connotaciones rituales, casi religiosas: por ejemplo, no aplaudir, pues en la iglesia no se aplaudía... Allí está enterrado.

Verdi, con dinero propio, modestamente y en silencio, edificó una Casa de Reposo, un hogar para cantantes caídos en la mala, que allí encuentran, hoy todavía, refugio y despena. Allí está enterrado.

En Argentina, el nombre de Verdi fue alzado aún en vida de éste por los inmigrantes nostálgicos a lo largo del país. En cada chacra estaba su retrato, en cada pueblo, su club, su centro, su salón, que portaba el nombre ilustre. Así, por ejemplo, en Cañada de Gómez, en Carlos Casares, en Montevideo, con su gran Instituto Verdi, de 1890. Y la Sociedad Cosmopolita, Filarmónica y de Socorros mutuos «José Verdi» de La Boca obtuvo en 1884 una carta congratulatoria del maestro, aunque no una «composición o marcha» propia, que sus autoridades osaron solicitar «de la sublime mente vuestra...», en un alarde de desubicación absoluta.

La larga vida del maestro italiano es un modelo integral. Fue una gran personalidad, sin fallas morales, sin infamias personales ni incoherencias políticas.

Por todo ello, tiene asegurado un alto puesto en el corazón de los hombres, pues, como D'Annunzio dijo: «lloró y oró por todos». Si en la obra de arte nos reconocemos, gozamos, sufrimos, evocamos nuestras propias pasiones, ese autor y esa obra pertenecen al género humano.

RICHARD WAGNER Y LAS FUENTES DE NAZISMO

*«Mientras se escuche música de Wagner, yo estaré presente»
(palabras que Hans Jürgen Syberberg pone en
boca de Hitler, en Una película alemana).*

Tanto o más que por sus óperas, Richard Wagner aspiraba a ser juzgado «por el bien que ellas hagan a la humanidad», según tres coordenadas: como músico, literato e ideólogo.

En verdad, fue músico genial; como escritor y dramaturgo, mediocre; como ideólogo, siniestro. Si bien los judíos tenían en la Europa decimonónica numerosos enemigos, las razones no eran biológicas, sino de orden religioso, político, económico. La redención por vía de la conversión era posible aun para los peores inquisidores. Es Wagner quien introduce y extiende la pretensión de que el judío es intrínsecamente irredimible.

Después de una juventud tempestuosa, donde participó de episodios que anticipan los métodos nazis –incendiar alguna casa «de mala fama», apalear entre muchos a algún divergente–, y sufrir cierto tiempo las hipotecas del alcohol y del juego, Wagner observó –meramente observó–, la revolución de Dresde (1849), espectáculo que le valió el exilio.

Su confusa ideología, a partir de entonces, va tomando una dirección concreta, donde prevalecen el satánico orgullo y la tensión discriminatoria.

Desdenaba lo latino: París le parecía farisea, aborrecible, y odiaba lo italiano al extremo de detestar *Don Giovanni* de Mozart, ópera de óperas, por su libreto en tal idioma. En todos sus escritos no se hallará referencia alguna a Verdi –estéticamente su par, pero cívica y moralmente su antípoda.

Entre el 3 y el 6 de septiembre de 1850, Wagner publicó,

bajo el seudónimo de F. Freigedank, en el «Diario musical de Leipzig», que editaba Franz Brendel, su opúsculo *El judaísmo en la música*. Allí negaba al judío, fatalmente, definitivamente, toda posibilidad de creación artística, toda inventiva propia, toda espiritualidad. Veamos: le «sorprende primero, su aspecto exterior», siempre «desagradable». El judío para Wagner carece de la «facultad de expresarse... (con) originalidad y personalidad (...) con más razón, una manifestación semejante le sería imposible por el canto». Es decir, ni por la palabra ni por el canto y tampoco por la composición, pues «jamás poseyó un arte propio, y nunca logrará producir auténtica “música”».

La que haga, siempre de «un carácter frío e indiferente, llegará hasta lo ridículo y trivial». Mendelssohn, por ejemplo, como judío rico, pudo aprender mecánicamente las técnicas, pero en lo verdaderamente profundo, en lo que toca las últimas fibras, sólo «se engaña a sí mismo y a su público de aburridos». Asimismo, Heine «se mintió a sí mismo al creerse poeta».

Como conclusión, Wagner advertirá piadosamente a los judíos «que existe un solo medio de conjurar la maldición que pesa sobre ustedes: la redención de Ahasvero: el Exterminio».

Y no se crea que son delirios juveniles. A instancia de Cósima, el músico –sesentón– reeditaría su panfleto a veinte años vista.

El editor Brendel, que había sufrido molestias a raíz de aquella publicación, fue desdeñado por Wagner, quien –siempre desagradecido–, hacia 1862, en la Gervanhaus de Leipzig, fingió no reconocerlo, lo que «me divertió (...) mi conducta afectó mucho al parecer al pobre diablo...».

Porque Wagner era sistemáticamente ingrato con sus benefactores, incluso Meyerbeer y Mendelssohn. A sus amigos les arrebató desde muy joven, casi como un ritual, novias y consortes. De sus amistades, muy pocas perduraron, pero sostuvo y privilegió la de su vero discípulo, el conde de Gobineau, cuyo «desigualitarismo» él contribuyó decisivamente a partear. En cuanto al legatario intelectual de Gobineau, Houston Chamberlain, se convertiría en yerno del músico.

Del sectarismo y racismo wagnerianos dan testimonio, además, su correspondencia, sus memorias (*Mi vida*), y otros numerosos escritos. Pero, más grave aún, gran parte de sus dramas musicales. Por ejemplo: una raza inferior, fea y proterva, usurpa el oro del mundo. Wotan deberá crear otra raza, superior, de héroes rubios, atléticos, «dolicocefalos», que no conocen el

miedo, forjarán la espada y enfrentarán a los otros. Habrá un holocausto final. Y no se diga que *Parsifal* es un regreso al cristianismo. Allí hay un mal caballero, que como no logra ser casto, se «disfraza» castrándose. Pero ni aun así se redime porque es ínsitamente perverso y –con justicia–, lo rechazan. Entonces, rencoroso y castrado (¿circunciso?) se convertirá en un enemigo demoníaco. Y hay más ejemplos...

Se afirma en defensa de Wagner que, muerto medio siglo antes, no podía evitar que su música ilustrara la saga del nazismo. Pero ocurre que el nazismo no sólo se apropió de su arte, sino de sus ideas. Y en última instancia, el numen «creador» de aquellos horrores se llamó Richard Wagner. Tal como él reclamaba, juzguémoslo por lo que hizo a la Humanidad.

EL EJEMPLO CÍVICO DE TOSCANINI

Arturo Toscanini fue un director de orquesta universalmente considerado en el escalón más alto. Probablemente único. Pero, además, fue una personalidad moral, un ejemplo de civismo republicano y un fuerte enemigo del fascismo y de todo autoritarismo.

Su padre, sastre y soldado garibaldino, estaba en prisión política pero una noche de 1866, logró escapar y corrió a saludar efusivamente a su mujer. De resultas de tan benéfico episodio, Arturo vino al mundo el 25 de marzo de 1867, en Parma.

Viviría una existencia larga y gloriosa, de casi noventa, pues murió en su preciosa casa de Riverdale, New York, el 16 de enero de 1957.

Desde niño, acreditó aptitudes musicales que la familia estimuló, y a la edad de catorce ya era violoncellista del Regio de Parma. En 1886 integró la compañía lírica «paulista», de Claudio Rossi, que se presentó en San Pablo. Allí, el director Leopoldo Miguez –futuro autor del *Himno de la República*, y de la ópera *Os saldunes*–, confrontó con el elenco que, según parece, era enfervorizado en su contra por el primer violín, Carlos Superti. Lo cierto es que la noche del debut en el Teatro Pedro II (luego Lírico) de Río, el 25 de marzo, los músicos protestaron a Miguez y Superti ocupó el podio muy dispuesto a dirigir *Aida*. Pero una tempestad popular lo puso en fuga. El director del coro corrió igual suerte. Entonces los miembros de la orquesta, a la desesperada, izaron hasta el atril al trémulo violoncellista de diecinueve años, enfundado en un frac prestado. En reali-

dad, hasta entonces sólo había dirigido una vez siendo alumno del conservatorio a sus compañeritos, que constituían un *ensamble* casi infantil. Pero, superando su nerviosismo, Toscanini ensayó un gesto supremo y teatral: cerró ostentosamente la partitura y dirigió de memoria (tal como fue luego su hábito) con enorme solvencia. Había salvado *Aida*; ¡las once óperas siguientes!... e inspirado una película de Zeffirelli, a casi un siglo vista.

El tenor ruso Nicola Figner, impresionado, lo presentó luego a Alfredo Catalani, compositor en alza, truncado muy pronto por la muerte.

Toscanini llegó a presentar su *Edmea*, en Turín, logrando una primera consagración italiana; su gratitud y estima por aquel músico lo llevó a llamar a sus propios hijos con los nombres de las principales óperas de Catalani: Wally y Walter.

A partir de ese momento, la carrera del joven concertador avanzó sin pausas al primer plano. Sólo una vez más actuó como violoncellista, a su pedido: en la Scala, el 5 de febrero de 1887, en ocasión del estreno del *Otello* verdiano, donde resultó un clavo ardiente para el sufrido director Franco Faccio, pues le señalaba infinitas observaciones...

Toscanini era verdaderamente un mago musical. Lograba siempre la perfección, vivía entregado en alma a su estética y obtenía resultados inauditos en base a una tarea exhaustiva y a un domino casi místico del arte y de las personas. Hasta la Segunda Guerra, se dedicó primordialmente a la ópera, y estrenó *Pagliacci* (1892), *La bohème* (1896), *La fanciulla del West* (1910), *Turandot* (1926), por no citar sino algunas de las que permanecen en repertorio.

Sostuvo a los músicos jóvenes como Puccini, Leoncavallo, Giordano, Cilea, Franchetti, Zandonai, Pizetti, Panizza, y entre sus colaboradores más notorios, en la Scala de Milán, contaron este último y Ferruccio Calusio. Fue un inmenso intérprete verdiano, pero también de Wagner y de un completo repertorio que incluyó obras de Julián Aguirre, Alberto Williams y Juan José Castro.

Puso orden en las costumbres de los artistas caprichosos y del público incivil: no más bises, respeto a la voluntad del autor, nada de comer en los palcos...

Aunque allá por 1903, en la Opera porteña, Toscanini debió conceder un bis de Caruso en *Manon Lescaut*, tres años después y allí mismo, su negativa redonda y justa a permitir la reitera-

ción del aria de *La Traviata* al barítono Ricardo Stracciari encabrió a un público que lo admiraba. Fue un escándalo de proporciones. Toscanini se retiró incontinentemente y Alessandro Bustini condujo la orquesta en los actos faltantes. Pero la reconciliación de director y concurrentes fue inmediata, bien entendido que los bises quedaban cancelados.

Nos visitó siete veces: en 1901, en el Teatro de la Opera, debutó con *Tosca* con Caruso, festejó junto a éste, en *Rigoletto*, los 80 años de Mitre, estrenó *Tristán*, y ofreció el *Medioevo latino* de nuestro Héctor Panizza, entre tantas obras.

Regresó en 1903, cuando tuvo la desdicha de que su hijo Jorge muriese aquí. En 1904 nos estrenó localmente *Siberia* de Giordano, *La Wally* de Catalani y *Butterfly* de Puccini. En 1906 *La figlia di Iorio* de Franchetti. Además de tales novedades, siempre brindó una catarata de óperas ya conocidas, que en su interpretación adquirirían un plus de usura. Cada viaje implicaba una permanencia porteña de varios meses.

Por fin, para la quinta temporada del Teatro Colón (1912), Toscanini sostuvo quince de las diecisiete óperas presentadas: Wagner, Dukas, Humperdink, Verdi, Puccini, Boito, Donizetti...

Su retorno, archifamoso, al frente de la orquesta de la NBC, no tuvo lugar hasta mucho después, en plena guerra (1941); al año siguiente regresó todavía, y rigió el coro y la orquesta del Colón, mechada ésta con algunos de sus propios colaboradores de la NBC. Los programas, entonces, dieron prioridad a la música sinfónica, pero agregó la *Novena*, y el *Requiem* de Verdi.

El rigor de Toscanini lo llevó a frecuentes disensos. Sostuvo entredichos con numerosos cantantes, especialmente tenores, a los que en general, juzgaba una suerte de categoría zoológica inferior. Así, peleó con Stagno, Tamagno, Anselmi, Fleta, Gigli, Lázaro, Volpi, Tagliavini... A Richard Tucker le espetó: «Ud. es tenor y tiene derecho a ser un poco estúpido. Pero no abuse de sus derechos».

Oyó todas las voces de su largo tiempo, y destacó sobre ellas las fenomenales de Caruso, Ruffo, Tetrizzini y Tamagno. Pero tuvo su propio elenco dilecto, que forjó educando artistas exentos de divismo, que cantaban *coll cervello*: Toti dal Monte, Pertile, Stabile, Galeffi, Pasero, Pearce, Valdengo...

Entre 1908 y 1915 conformó, con el *manager* Giulio Gatti-Casazza y Enrico Caruso, el triunvirato de grandes «constructores» del prestigio de la Metropolitan Opera House de New York, donde

compitió duramente con Mahler por la dirección de los títulos germanos. Vuelto a la Scala, entre 1921 y 1929, le transmitió su vuelo y su esplendor. En esos años, el fascismo apretaba progresivamente sobre Italia sus mandíbulas de hierro. Toscanini, que en 1919 había acompañado a Mussolini y a su nuevo partido, escindido del socialista como candidato a diputado, finalmente dejó Italia. Fue a raíz de su negativa a ejecutar el himno fascista, *Giovinezza*, el 14 de mayo de 1931, en Bolonia. Se opuso alegando que no quería mezclar el arte con la política ni ejecutar música mala. Además, porque el programa preveía exclusivamente piezas de Giuseppe Martucci (1856-1909), director que fue del Liceo Musical de Bolonia y héroe artístico de la ciudad donde dejó huella indeleble.

Toscanini, golpeado por un energúmeno, partió de inmediato. Al término de la guerra, el agresor fue identificado, pero el maestro se desinteresó. «Otros son los culpables...».

Su centro de operaciones a partir de entonces, fue Estados Unidos, donde creó la célebre orquesta de la NBC y desde donde irradió su poderosa personalidad musical y cívica sobre el mundo entero.

Su participación artística a favor de los aliados tuvo contornos legendarios y en medio de un concierto, el 25 de julio de 1943, se anunció por la radio, que lo transmitía, la caída y arresto de Mussolini. Para el 25 de mayo de 1944, Toscanini presentó en el Madison Square Garden un espectáculo arrasador: el *Himno de las Naciones* que Verdi compuso para la Feria de Londres de 1862, que implica una fusión de los himnos de los países participantes de ese evento. Toscanini lo adaptó a las trágicas circunstancias del momento incluyendo el italiano con una letra modificada, la *Internacional* y *The Star Spangled Banner*. La versión, que fue filmada e incluye la actuación del tenor judío Jan Peerce, tuvo un efecto universal que se conserva a través de los años como un gran canto a la paz y a la fraternidad.

El regreso de Toscanini a Milán, para reinaugurar *La Scala* recién restaurada tras el bombardeo, tuvo el relieve de una reparación absoluta... Fueron los conciertos de mayo de 1946, donde terminó de consagrar la voz «angelical» -Toscanini *dixit*-, de Renata Tebaldi.

Las grabaciones más importantes de Toscanini se efectuaron a partir de entonces, inclusive *Otello* y *Falstaff*, cúspide del arte verdiano vertido en sus más preclaras versiones.

Hasta 1956, el maestro permaneció activo en el máximo nivel del arte. Confiaba en transferir al director Guido Cantelli la esencia de la tradición que él había recogido directamente de Verdi, Boito, Puccini y tantos otros. Pero Cantelli murió en un accidente aéreo y el hilo se cortó. Toscanini nunca lo supo. De él nos resta, en suma, el ejemplo de una personalidad sin par. Otra similar «tardará mucho tiempo en nacer, si es que nace».

EL PRECIO DE LA LIBERTAD O LA HISTORIA DEL PASTOR

Hace ya bastante tiempo, durante una conversación en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, el Dr. Marco Aurelio Riso-lía, dudando acerca de la veracidad de alguna propuesta a que se aludía, preguntó: «¿Y esto será algo serio, o *La solita storia del pastore?*».

Quizá no todos entendieron la alusión a la literatura, a la lírica y al sagrado tema de la libertad; de cualquier manera, interesa explicarla y desarrollarla, porque contiene elementos éticos y estéticos dignos de atención.

La cuestión involucra al escritor francés Alphonse Daudet (Nîmes, 1840-1897) y al músico italiano Francesco Cilea (Reggio Calabria, 1866 – Savona, 1950), entre otros personajes menores.

Como *La solita storia del pastore* se conocer un aria de la ópera *La artesiana* de Cilea, fragmento muy notorio que también suele denominarse el «Lamento de Federico», por el protagonista tenoril de aquel drama musical.

Para esta *Arlesiana* –obra de tema rural, un subgénero abordado por Rousseau, Meyerbeer, Flotow, Bellini, Donizetti, Mascagni, etc.–, el libretista Leopoldo Marengo se basó en un cuento homónimo de Daudet, pero introdujo también, como una narración dentro de la narración, otra del mismo autor: *La cabra del Sr. Sèguin*. Ambos relatos integran el conjunto que Daudet reunió en su delicioso libro: *Cartas desde mi molino* (1869).

El éxito de esa publicación indujo al escritor, tal como era usual entonces, a llevar *La arlesiana* al teatro (1872), para lo

cual obtuvo una preciosa música de escena compuesta por el joven Georges Bizet, de donde se extrajo luego su *Agnus Dei*.

Esa música, parte importante de la poca que llegó a producir este enorme innovador, muerto a los treinta y seis años en 1875, ya revela, completo, el talento del malogrado autor de *Carmen*. Pero *La arlesiana* aún inspiraría la vena creadora de Cilea.

El relato, llevado también al cine por Marc Allegret, es muy simple: Juan, un joven campesino rico, se enamora frenéticamente de una muchacha bellísima que vive en Arlés y que nunca aparece directamente, sino como referencia. Pero ella tiene un amante, que denuncia su prioridad a la familia de Juan. La ruptura consiguiente desespera a éste, y aunque los padres, viéndolo así, están dispuestos a aceptar la boda, es él mismo quien la rechaza, aprisionado en una tensión insoportable, pues «es increíble que el desprecio no pueda matar al amor».

Juan tiene un hermanito, mentalmente retrasado, que repentinamente «despierta» y se normaliza. El rescate de este hijo aterroriza a la madre, porque presume que, como moneda de cambio, perderá fatalmente al otro. Extrema sus precauciones, pero no logra evitar que Juan, desde una ventana alta, dé el gran salto.

Marenco extendió bastante –a tres actos– el argumento y echó mano del Sr. Sèguin, «su cabra y el lobo». Los instala en el relato que un pastor refiere reiteradamente al hermanito bobo, el «inocente», quien en la escena musical culminante trata de repetirlo, pero se adormece y da paso a que «Juan», que en la ópera se llama Federico, lo envidie, lamentando no tener sosiego, ni paz, ni sueño, perseguido siempre por el dulce semblante de la pecadora. Y ahí, en medio de una ópera secundaria y sin mayor relieve, surge deslumbrante esta aria, que tanto Beniamino Gigli como Tito Schipa consideraban la más hermosa del período postverdiano, y que no falta en el repertorio de ningún tenor, aunque la ópera completa haya casi desaparecido.

El meneado relato del pastor, que este personaje (barítono) canta al inocente en el Primer Acto («*Come due tizzi accesi*», aludiendo a los ojos de lobo, incandescentes como dos brasas), resume el relato de *La cabrita del Sr. Sèguin*. Este es un campesino empeñado en criar alguna cabra; y lo intenta sucesivamente, rodeándolas de mimos y comodidades. Pero por un atavismo irresistible, las cabras «tiran al monte» y, abandonando la seguridad del establo, huyen a la montaña vecina donde un lobo las

devora. Y esto resulta inevitable, aunque alguna, como la vieja y fortachona Renaud, haya sido capaz de resistir a la fiera durante toda una noche.

Daudet se dirige «virtualmente» a Pierre Gringoire –mítico poeta que vivió al filo del siglo XVI y siempre ambicionó el calor de los poderosos– como si éste fuese su contemporáneo y hubiese rechazado en defensa de su libertad una lucrativa oferta para ejercer cierto periodismo amarillo.

Ocurre que Sèguin adquirió por fin una cabrita chiquitina y pretendió enseñarle y acostumbrarla al encierro seguro, advirtiéndole los peligros de la montaña. Presumía haber tenido éxito, hasta que súbitamente, la cabrita experimentó la misma tentación de libertad, escapó y pasó en el monte una maravillosa jornada. Cuando llegaron la noche y el lobo, supo resistir en la oscuridad, tanto como la vieja Renaud, para ser devorada por la mañana.

Superficialmente y con aparente cinismo, Daudet aconseja a Gringoire aceptar la propuesta oportunista y privilegiar el bienestar material a costa de humillaciones y concesiones. Pero resulta evidente su simpatía por la cabrita y por el ideal que encarna, la libertad aun al precio de la vida.

La ópera fue estrenada por Enrico Caruso en el Teatro Lírico de Milán (noviembre de 1897), y presentada luego con cuenta-gotas. Sólo dos grandes tenores, Tito Schipa –en alrededor de catorce puestas– y Ferruccio Tagliavini –unas ocho– la interpretaron por entero con cierta asiduidad durante este siglo largo. Beniamino Gigli, gran intérprete del «Lamento», al que remataba en un «si natural» de cosecha propia que desesperaba a Cilea, la hizo completa únicamente, y por sólo tres funciones, en febrero de 1941, en el Teatro Reale de Roma. Hemos computado una quincena de tenores que se endosaron las vestes de Federico, pero el aria, desde su primer disco, del ignoto Aristide Rota (1904), ha sido cantada, grabada y regrabada por todos los cantantes de la cuerda... ¡salvo Caruso, su creador! En Buenos Aires, aparentemente, sólo se ofreció una vez en el Club Italiano, a dos pianos (Miguel Ángel Veltri y Osvaldo Vanasco), con las voces de Luis Veronelli y Pampa Hernández (10.X.1959).

Nos interesaba auxiliar a que la famosa «*solita storia*» saliese del misterio y se identificase con la cabrita de Alphonse Daudet y su sacrificio en aras de la libertad.

EN EL COLEGIO NACIONAL DE BUENOS AIRES

JUEGO CON ALIMENTOS*

Se recuerda a los alumnos que el juego con alimentos –huevos, harina, etc.–, está prohibido dentro del Colegio y en su vereda y proximidades y será severamente sancionado.

En un país donde existe tanta gente con carencias alimentarias extremas, desperdiciar comida en juegos de señoritos es una grave inmoralidad y una lamentable demostración de falta de solidaridad.

Se encomienda a Regencia la atención y control de estas conductas.

*** Buenos Aires, 2-XI-2001.**

LA «VUELTA OLÍMPICA» ES SALVAJE*

Señora Directora:

El enfoque de las varias notas de *Clarín* sobre la malhadada «vuelta olímpica» del Colegio Nacional de Buenos Aires contiene errores materiales importantes. No es aquélla un festejo sano, durante el cual, «entre corridas por los pasillos, los alumnos se convierten en jueces por un rato», aplaudiendo a los profesores «de fierro» y abucheando a los «injustos». ¿De dónde se ha sacado tan edulcorada versión? Si la «vuelta» se limitase a esto, muy poco habría que objetar.

Por lo contrario, es un rito salvaje, de creciente violencia, donde se dañan las instalaciones, se liberan «Gamexane» y otros gases tóxicos, se persigue, ofende y moja a profesores y a terceros –por ejemplo, transeúntes ajenos al colegio–, se aterra a los niños de años inferiores. Vidrios y muebles son destruidos. Hay heridos y daños definitivos en el edificio, imposibles de reparar aunque se quiera, como las indelebles manchas de aceite que desde 1995 afean las paredes. El esforzado personal de limpieza, mal pago y cargado de tareas, debe duplicar su esfuerzo. ¡Pregúntenle a un ordenanza qué opina de la «vuelta»! Etcétera.

Las causas son múltiples: el amor junto al odio; la rebeldía; la búsqueda de límites; la cotidiana violencia social. Además, como a los grandotes de 5º «se la hicieron» cuando estaban en primer año, hay que vengar hoy en los más pequeños el viejo agravio.

Durante varios años tratamos de que la «vuelta» se tornase una jarana aceptable. Fue imposible. Por eso la prohibimos; es decir, la penamos severamente. Tuvimos bastante éxito: muchos

entendieron, por ejemplo, que no tienen derecho a destruir el edificio de un colegio gratuito que el pueblo entero sostiene desde el trabajo, siempre duro, de cada uno. Y así, el turno vespertino canceló la «vuelta», prefiriendo despedirse con una fiesta ejemplar, según le habíamos ofrecido entre otras variantes.

Creo que la autoridad —de un colegio o de una nación— debe operar mediante el diálogo, el esfuerzo de comprensión recíproco, la disuasión. Sin esto, es mando autoritario.

Pero resulta totalmente utópico pretender eliminar las sanciones que deben aplicarse con seriedad, ser claras, previstas y comprensibles. Ningún grupo humano numeroso, y menos en esta época de facilismos, frivolidad, ligereza y vale todo, puede manejarse con el mero verbo. Ningún sistema republicano, participativo y democrático tiene derecho a ser débil y, menos aún, idiota.

*** En *Clarín*, diciembre de 1998.**

VUELTA OLÍMPICA

Buenos Aires, junio 21 de 2000

Señores Padres:

La «vuelta olímpica» resulta, por naturaleza, violenta y destructiva. Por más que las intenciones mayoritarias no lo sean, la «vuelta» da siempre lugar y ocasión a excesos que —queda visto— le son inherentes. El origen de la vuelta violenta se ubica hace unos cuarenta años. Su carga agresiva fue introducida —históricamente—, por grupos fascistas enquistados en el alumnado. No es una «tradición» ni merece respeto alguno.

Desde 1984 procuramos quitarle las connotaciones más agudas, pero fracasamos. La única opción racional, ética y formativa fue —a la postre— desarraigar tan mala costumbre.

Los alumnos, luego de «dar la vuelta», solían quedar apesadumbrados. Pedían perdón oficialmente. Se esforzaban en vano por reconstruir lo destrozado. Las últimas algaradas se concretaron (1998, 1999) pese a infinitas advertencias, admoniciones, diálogos, ofertas de opciones válidas. Tales manifestaciones derivaron en hechos reprobables. Hubo inundaciones, destrucción, petardos, gases, sifonazos, témpera, fuerza sobre alumnos menores, etc. Un cielo raso rajado, manchas oleosas o pictóricas indelebles han afectado de modo permanente el hermoso edificio colegial, a veces sobre paredes, otras sobre mármoles de Carrara. Heridas graves a varias alumnas menores (una en el cuello, otra en el ojo, otra en los tendones del pie) pudieron acabar en tragedias.

El edificio no es sólo nuestro; es de todo el pueblo que lo

financia, y de las futuras promociones que deben recibirlo en buen estado. Los alumnos, al «dar la vuelta», son solidariamente responsables por esos desastres. Está bien que intenten repararlos, pero no se trata ya de reparar, sino de no dañar. Está bien que se manifiesten arrepentidos, pero el pesar no exime de culpa.

Por eso, las sanciones aplicadas resultaron por estricta justicia. En todo caso, parecen todavía leves, dadas la gravedad extrema de la falta y la intención clara, meditada, asumida, obtusa, inmadura y plenamente consciente e imputable de desafiar exhortaciones, consejos y alternativas. De hacer lo que no se debe.

Este Rectorado tiene obligaciones morales, jurídicas y pedagógicas que no rehuye. Por todo esto y mucho más, en nombre de la democracia republicana y de la escuela pública hoy tan ofendida, se dirige nuevamente a todos los colegiales para requerirles que, en un esfuerzo generoso y solidario, tengan el coraje de aceptar que la nefasta «vuelta olímpica» *fue*.

Ninguno de nuestros intentos dialécticos a lo largo de quince años, logró sino éxitos parciales: sí, por ejemplo, que no se jugara más con animales –nuestros hermanos–, ni con comida, lo que es una flagrante inmoralidad, y poco más. Pero el riesgo permaneció incólume, pues la inventiva de los alumnos rápidamente hallaba sustitutos de las armas descartadas. Finalmente, se dictaron normas muy severas: los responsables recibirían 24 amonestaciones, con lo que perderían su eximición y su regularidad. Sin desistir del diálogo ni la participación, todo sistema disciplinario debe tener, al fondo, una perspectiva sancionatoria.

Producida la «vuelta» muy temprano en julio de 1999, la sanción se aplicó como estaba prevista. Ochenta y cuatro alumnos debieron rendir sus doce asignaturas y veinticinco no pudieron promocionar por adeudar previas.

Los aspectos administrativos se les facilitaron en toda instancia. Dispusieron de clases de apoyo –que, fuerza es decirlo, pocos utilizaron. Los padres recurrieron, luego de la reconsideración ante el propio rectorado colegial, al Consejo Superior de la Universidad que ratificó por unanimidad las sanciones y ESTABLECIÓ PARA EL FUTURO, OTRAS MUCHO MÁS GRAVES: SUSPENSIÓN DE UNO A CINCO AÑOS–. También fueron ante el Defensor del Pueblo, la Asamblea Permanente por los Derechos

Humanos, la Secretaría contra la Discriminación... En ningún caso lograron apoyo.

Para rematar el proceso, el Presidente de la Nación, al asistir a la inauguración del ciclo lectivo del Colegio el 30 de marzo de 2000, expresamente condenó la «vuelta olímpica» y cualquier otra manifestación intolerante y violenta.

De todo este episodio surge una enseñanza múltiple, enseñanza que trascendió las paredes del Colegio y –me consta–, corrió como un soplo de alivio por todo el sistema educativo: hay que evaluar el saber y la conducta, conservar solidariamente los bienes comunes y enseñar que las normas –las normas legítimas, claras, justas– son para cumplirse. Recabamos su colaboración en este sentido.

Cordialmente.

HORACIO SANGUINETTI
RECTOR

INFORME FINAL DEL RECTOR

Buenos Aires, 14 de abril de 2007

Señor Rector de la
Universidad de Buenos Aires,
Dr. Rubén Hallú.

S _____ / _____ D

Señor Rector:

Me dirijo a Usted, y por su intermedio al Honorable Consejo Superior, a fin de elevar una memoria de lo actuado en mi carácter de Rector del Colegio Nacional de Buenos Aires, cargo que asumí el 28 de diciembre de 1983, apenas instauradas la democracia, y desempeñé desde entonces, por sucesivas renovaciones sancionadas por dicho Consejo, salvo el período que va del 6 de agosto de 1996 al 16 de febrero de 1998, en que obtuve licencia a raíz de mi designación como Ministro Secretario de Educación de la Ciudad.

Mi mandato concluye el 24 de mayo próximo.

A saber:

I.- COLABORADORES

1.1.- Vicerrectores:

A lo largo de mi gestión me han acompañado con dedicación y eficacia las vicerrectoras Elvira Burlando de Meyer, Edith Rossetto de López del Carril, Rosa Blanca López de Del Águila y Virginia González Gass, el profesor Francisco Azamor, los doctores Lucio Sánchez y Arnoldo Siperman y los profesores Rubén Siri

y Enrique Montes.

1.2.- *Consejos Asesor y de Convivencia:*

El funcionamiento del Consejo Asesor, activo desde 1984, es recomendable como propuesta general. Dicho Consejo integrado por los vicerrectores, cinco profesores y tres estudiantes, designados por mayoría y minoría según los resultados electorales, incorporó desde 1998 un consejero por los graduados, de acuerdo con el principio reformista del tripartito.

Nunca procuré implementar un Consejo Directivo, dada la corta edad de los alumnos del Colegio (de 13 a 18 años), que no los habilita para decisiones resolutivas, que serían nulas por falta de capacidad legal.

Se han reestructurado las funciones de los Consejos de Convivencia –cuya acción, durante 1997 y 1998, demasiado corporativa, no fue juzgada satisfactoria–. Se trata de una experiencia renovada para el Colegio, en proceso de evaluación.

1.3.- *Reglamento:*

Una tarea vital asumida por el Consejo Asesor fue la de «constitucionalizar» el Colegio, cuyo Reglamento databa de 1923. Parcialmente modificado ya en 1987, en los aspectos disciplinarios más urgentes, su última versión corresponde a las Resolución 122/99.

II.- PROFESORES

2.1.- *Departamentos:*

Los departamentos, que restablecimos en 1984, pues fueron suprimidos durante el proceso militar, luego de algunos cambios solicitados por nosotros y aprobados por el H. Consejo Superior, son dieciséis, a saber: Castellano y Literatura, Historia, Geografía, Latín, Francés, Inglés, Plástica, Música, Física, Química, Ciencias Biológicas, Psicología y Filosofía, Ciencias Sociales, Historia del Arte, Educación Física y Matemática. Sus Jefes –designados por el H. Consejo Superior a mi propuesta–, cumplen con esfuerzo y devoción sus funciones y gozan en general de amplia autoridad y consenso.

2.2.- *Concursos docentes:*

Se tramitaron muchos a lo largo de mi rectorado. Solicité el último llamado en 2005, pero a pedido de la Asociación de Profesores, disconforme con el Reglamento, se anuló la convocatoria.

Se presentaron dos proyectos de reforma del referido Reglamento, pero no fueron tratados, hasta ahora, por el Consejo Su-

perior.

El Colegio cuenta con 74 profesores titulares y 248 interinos.

III.- ESTUDIANTES

Los estudiantes alcanzan alto grado de aprovechamiento de sus estudios colegiales. Pese al rigor de tales trabajos, es mínima la deserción (menor al 5% en 1998, contra un 35% cuarenta años atrás). Como ejemplo del rendimiento en el plano formativo, señalo que el grupo de los primeros 14 médicos egresados por Plan B de la Facultad de Medicina que cursaron en el Centro de Educación Médica e Investigaciones Clínicas (CEMIC) estuvo integrado por trece bachilleres colegiales y uno del Pellegrini (Cf. *La Nación*, 13.III.99).

En una gran cantidad de olimpiadas, concursos, pruebas literarias y científicas nacionales e internacionales, los alumnos colegiales se destacan sistemáticamente.

IV.- DISCIPLINA

El tema disciplinario es prioritario en los colegios de todo el mundo. Debo manifestar que el Colegio alcanza, en este aspecto, nivel satisfactorio.

El propósito es dar libertad al alumno –en ideas, conducta, trato–, pero estimulando su sentido de responsabilidad, para que no se ofenda a nadie, ni se destruyan bienes públicos o ajenos, ni se pierda tiempo. Los escolares sienten el Colegio como propio; lo utilizan permanentemente en actos y reuniones, y el edificio está relativamente bien conservado. No existe conflicto entre los propios alumnos, y casi no se registran casos de enfrentamientos físicos.

El atuendo es libre, con la única limitación de no vestir *shorts*, camisetas «musculosas» ni casacas deportivas.

El espíritu colegial es de libertad con responsabilidad, y se alcanza en alto grado, pese al ejemplo de violencia constante que la sociedad exhibe a los jóvenes. Los Regentes, Subregentes y preceptores en general han colaborado bien en sus funciones, de notorio compromiso.

4.1.- Vuelta olímpica:

Prácticamente el único problema disciplinario sustancial era la llamada «vuelta olímpica», a veces definido como *rito de pase*, surgido con violencia, hace algo más de cuarenta años.

La «vuelta» de 1998 fue extremadamente riesgosa, con alumnos heridos y daños edilicios. Se dictó una reglamentación seve-

ra, y como a mediados del año siguiente los excesos se repitieron, aquélla fue aplicada con rigor, y ochenta y cuatro estudiantes perdieron la eximición. El Consejo Superior, por unanimidad, confirmó las sanciones y aprobó un reglamento disciplinario aún más duro. Desde entonces, las «vueltas» no se han repetido.

4.2.- *Gabinete de Orientación al alumno:*

El Colegio estableció desde 1984 una Asesoría para los alumnos, constituida desde el año siguiente en Gabinete de Orientación, que dirige la profesora Elena Pérez.

Atiende situaciones conflictivas, contribuye a integrar los grupos de alumnos y padres, sale al cruce de los problemas disciplinarios y de aprendizaje, aconseja a los profesores, etc. Con considerable aceptación, creó un sistema de tutoría en 1º, 2º y 3º años, hoy limitado por razones presupuestarias, pero en vías de reconstrucción.

4.3.- *Ingreso:*

El prestigio del Colegio es muy alto. Lo dice el hecho de atender unos 2.300 alumnos y entre 1.000 y 1.500 aspirantes anuales al ingreso, según los años, que disputan arduamente las plazas disponibles: unas cuatrocientas. Nuestra política fue abrir al máximo el acceso, y la plétora de las instalaciones es total.

Por el sistema de ingreso, (Res. (CS) N°1143/87 y cctes.) los alumnos cumplen un curso abierto, que capacita y selecciona. Lo siguen mientras cumplen su 7º grado primario. Rinden 12 parciales anónimos, tres por cada una de cuatro asignaturas. Se les enseña a pensar, a razonar, a interpretar, a inferir, a expresarse. Un efecto adicional socialmente valioso es la utilidad formativa que tiene incluso para los que no llegan a entrar. Desde 1984, el Colegio duplicó el número de sus alumnos, pues un instituto de esas características debe funcionar a plena máquina.

Sin embargo, en el Colegio nunca se aceptó sin resistencia la comunidad del ingreso con la Escuela de Comercio «Carlos Pellegrini». Entendemos que son dos instituciones diferentes, con perfiles, condiciones y propósitos distintos. El ingreso en común, particularmente en la asignatura Historia, ha levantado objeciones, porque el manejo y la programación, a cargo en ese caso del Pellegrini, no han demostrado la misma eficacia que tuvieron antaño en la prefiguración de nuestros alumnos.

No obstante las enormes dificultades organizativas y presupuestarias, se creó un Turno Vespertino al que ingresan unos setenta alumnos cada año.

4.4.- *Evaluación del Ministerio:*

El Colegio participó de las dos primeras evaluaciones ministeriales y, entre los Colegios públicos de la Capital, obtuvo en la de 1997 el primer lugar, y en la siguiente, el cuarto. Sin embargo, los alumnos no tomaron en serio estas evaluaciones improvisadas y deficientes, cuyos mecanismos, resultados y corrección no se comunicaron oficialmente, recibidas en la última semana de clase, entre la agitación de los exámenes de fin de curso. Es sabido que en algunos colegios privados los resultados se conocían previamente; y por otra parte, los mecanismos de supervisión durante el desarrollo de las pruebas eran prácticamente inexistentes. Para colmo, tales pruebas, que fomentan una competencia discutible, tendían progresivamente a la exorbitante pretensión de convertirse en una calificación en paridad con las legítimas notas obtenidas en el Colegio y aun, a ser un examen de egreso.

Por esas razones, y a mi requerimiento, la Universidad dispuso no recibirlas. Quede constancia de que esa decisión no implicaba negativa a ser en el futuro evaluados seriamente.

4.5.- *Colaciones de grados:*

En homenaje a los bachilleres del Colegio, se efectúan rigurosamente las tradicionales colaciones de grados, verdaderos «ritos de pase» de los alumnos a la Universidad.

Dieciséis promociones estaban pendientes cuando asumí, y se fueron cumpliendo hasta abarcarlas todas. La de 1969 se efectuó a 30 años vista, el 17.XII.99.

Ante la imposibilidad material de cumplir con las Resoluciones que ordenan entregar medallas de oro a los alumnos premiados por su rendimiento, decidimos brindarlas de metal blanco. El valor intrínseco no está en su oro, sino en el honor que significan. La Cooperadora paga los gastos respectivos, y el Colegio cumple con su deber moral y jurídico.

Finalmente restablecimos el Premio «Ricardo Monner Sans», suprimido por un rector en 1977, que se otorga al mejor promedio de cada turno en Castellano y Literatura, y el Consejo Superior creó dos premios más.

V.- PLAN CURRICULAR

5.1.- Plan de estudios y programas:

El Plan se corrigió varias veces a partir de 1984. Actualmente exhibe un buen equilibrio entre humanidades y ciencias.

La currícula colegial tiene cuatro partes fuertemente integra-

das, a saber: 1º) Curso de Ingreso; 2º) Ciclo propedéutico (1º y 2º años), 3º) Curso superior (3º, 4º y 5º años) y 4º) Nivel Terciario (6º año, equivalente al C.B.C.). Está en permanente observación, para proponer los retoques que correspondan. Este Rector propició siempre el 6º año obligatorio con ingreso directo a las facultades.

5.2.- *Trabajos Prácticos:*

Los gabinetes de Física, Química, Plástica, Idiomas, Geografía y Biología, atendidos por profesores y unos 50 ayudantes, cumplen con eficacia su docencia práctica. A veces, concurren algunos ex alumnos que así completan aspectos formativos.

5.3.- *Extensión del modelo colegial:*

Este modelo, que debiera extenderse por su éxito y por disposiciones estatutarias, se ha reproducido lentamente. El Colegio contribuyó a la creación del Colegio Nacional de Ushuaia: se sugirió al Prof. Lucas Potenze como su rector –que lo es–, nuestros profesores corrigieron las primeras pruebas de ingreso y actuaron como jurados en los concursos; facilitamos nuestros planes y programas, que se adoptaron. Por mediación colegial, la Universidad le encomendó el manejo en la Isla de UBA XXI.

Mediaron diversas peticiones de réplicas de apadrinamiento en Cañuelas, Villa Gesell y Ezeiza, pero no progresaron por la aplicación rigurosa de la Ley Federal de Educación en la Provincia de Buenos Aires.

Asimismo, este Rector trabajó por el traspaso a la Universidad de Buenos Aires del Colegio Nacional de San Isidro, proyecto que se desarrolló casi hasta el fin, pero quedó trabado porque la Universidad no quiso asumir una diferencia salarial, lo que dejó al instituto sanisidrense en una situación ambigua que debiera remediarse.

VI.- ACTIVIDAD EXTRACURRICULAR

La actividad extracurricular es intensa: desde un taller de video hasta uno de mimo; de náutica hasta ajedrez con Oscar Panno, desde los laboratorios de idiomas hasta los de cerámica o tango.

El Departamento de Bienestar Estudiantil y Extensión Cultural, funciona a pleno, con fuertes logros en Teatro, Coro y otras actividades. Durante varios años se organizaron viajes de estudios, siempre acompañados por personal docente especializado, para que los jóvenes conociesen su país y se «socializasen». Tales circunstancias constituían también un intento de desalentar,

progresiva y discretamente, los caóticos «viajes de egresados» de alumnos de 5° año. Sin embargo, luego del éxito inicial, ciertos inconvenientes y desordenes acaecidos nos llevaron a cancelar aquellos viajes, acerca de los cuales el Colegio declina ahora la más mínima vinculación.

El edificio del Colegio tiene uso escolar exhaustivo. Pero también ha sido sede de importantes acontecimientos extraescolares. Hemos deseado expresamente dar uso a sus hermosas instalaciones y a su salón de Actos, para que sean conocidos y presten utilidad social. Diversos eventos culturales se cumplen ahí, y de paso sus alquileres permiten arrimar algunos recursos siempre necesarios.

Un poco al azar, puedo señalar, en los últimos tiempos:

- Encuentro de Culturas (Patagonia Napudugun).
- Firma del Convenio de Cooperación con Francia.
- Creación del Instituto de Investigación en Humanidades «Dr. Gerardo Pagés».
- Entrega de premios Konex y de premios Magnus a personalidades de Ciencia y Artes.
- Operas *El burgués Gentilhombre* de Lully, *Cástor y Pólux* de Rameau, *Orfeo y Eurídice* de Gluck, *Los cuentos de Hoffmann* de Offenbach, que entre otras, la compañía del Colegio y su coro presentaron también en el Colón, el Rivera Indarte de Córdoba, el Maipo, El Argentino de La Plata, etc.
- Cátedra Lírica, inaugurada por Giuseppe di Stéfano.
- Septiembre Musical (Bank of Boston).
- Creación del Centro de Cursos de Lenguas Extranjeras.
- Congreso Internacional de Filosofía de la Historia.
- Exposición pública de los candidatos a Jefes de Gobierno, Tellerman, Filmus y Macri, etc.
- Durante mucho tiempo y por mis medios, he invitado a almorzar en el Colegio, para exhibirlo, a numerosas personalidades: científicos, legisladores, ministros, jueces de la Corte Suprema, rectores, decanos, periodistas, embajadores –como los de Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, España, Rusia, Italia, Uruguay, Suecia, Polonia, etc.–.
- En diversos actos y conferencias participaron Ernesto Sábato, Umberto Eco, Adolfo Bioy Casares, Marta Noguera, la Camerata Bariloche, Eduardo Falú, Illia Prigoyini, Real Hoffmann, Tony Negri, Eric Hobsbawn, Masimo D´Alema, Alberto Rodríguez Saa; se homenajeó a Crisóstomo Lafinur, Félix Luna,

Marco Denevi, Onofre Lovero, Alberto Ciria, etc.

- Asistieron los presidentes Alfonsín y de la Rúa, y Robert Potasch, Allan Rouquié, Delia Rigal, Helena Arizmendi, Hilde Reggiani, Carlo Cossutta, Enrique Ricci, Miguel Ángel Veltri, Sergio Renán, etc. Se filmaron varias películas, como *Casas de Fuego*, y *El sur* de Carlos Saura.

6.1.- *Observatorio:*

El Observatorio –bautizado con el nombre de su gran propulsor, Ing. Héctor Ottonello–, se encuentra totalmente restaurado. En ruinas allá por 1983, y generosamente subvencionado por la Asociación Cooperadora «Amadeo Jacques», recibe unos 500 alumnos por año, y posee cinco telescopios, varios fabricados, perfeccionados o reparados por los ayudantes.

En una noche de eclipse puede verse, en la azotea del Colegio, a un centenar de alumnos, en la poco frecuente tarea de observar, medir y evaluar sus circunstancias.

Nuestro Observatorio obtuvo diversos premios (por fotografías, por ejemplo), y es corresponsal de Cono Sur para muchos pares europeos.

VII.- INSTALACIONES

7.1.- *Edificio:*

El edificio de casi 40.000 m², iniciado en 1908, tiene junto a su innegable grandiosidad, algunos inconvenientes de mantenimiento y obsolescencias que se procuran corregir y se han puntualizado en los expedientes respectivos. En los últimos tiempos, esos inconvenientes se han agravado.

7.2.- *Campo de Deportes:*

La situación del campo de deportes, de 2 Has. y media aproximadamente, sito en Macacha Güemes y Bv. de los Italianos, es todavía una incógnita. Fue otorgado en propiedad al Colegio por decreto del 14.VIII.1914, ratificado por leyes 9.685 de 1915, 12.249 de 1935 y 20.654 de 1974. (Todos los antecedentes constan en el Expte. N°41.234/90, elevado a la Universidad por nota 33.016).

Sin embargo, el proyecto «Nuevo Puerto Madero S.A.» intenta destinar aquel predio para lotes particulares. Tras intensas gestiones que tuvieron resonancia en la opinión pública, la situación quedó congelada en ese punto.

VIII.- ENTIDADES QUE CONTRIBUYEN CON LA TAREA DEL COLEGIO

A través de la Asociación Cooperadora «Amadeo Jacques», que en 2005 cumplió cuarenta y cinco años de vida, los padres co-

laboran económica y moralmente al mantenimiento del Colegio. Ella facilita el funcionar al instituto sin sobresaltos ni angustias inmediatas. Equipa gabinetes, departamentos, aulas, oficinas, Biblioteca y solventa infinitas urgencias. Su acción es inexcusable y esencial para nuestro buen funcionamiento.

La Asociación de Ex Alumnos, con más de medio siglo de vida, aporta lo suyo, y participa en la vida colegial.

La Asociación de Profesores nuclea a los docentes.

Siempre mantuvimos contacto con otros colegios Universitarios. Actuamos coordinadamente con la Escuela Superior de Comercio «Carlos Pellegrini», y el Instituto Libre de Segunda Enseñanza y hemos asesorado, enviando nuestros planes de estudio, programas, etc., a diversos colegios secundarios que las Universidades del Interior han creado recientemente. Apadrinamos al exitoso Colegio Nacional de Ushuaia y algunas municipalidades nos consultan permanentemente. Originariamente por iniciativa de ambos colegios porteños, se efectúan jornadas comunes con los más de cincuenta colegios dependientes de otras universidades nacionales, donde abordamos temas que interesan a todos.

IX.- Destaco que, en términos amplios y no obstante disidencias inevitables, este Rectorado ha recibido la colaboración permanente de todos los sectores colegiales; y por supuesto, el apoyo de las autoridades universitarias, sin los cuales le habría resultado imposible asumir su cometido.

Acompaño como anexo, discursos y documentos en donde se puede encontrar explicación de nuestra acción y de nuestros planes, y quedo a disposición del Sr. Rector y del H. Consejo Superior para ofrecer, oralmente o como prefiera, las aclaraciones y ampliaciones que juzguen oportunas.

Es cuanto debo informar.

Saludo al Sr. Rector muy atentamente.

CELEBRACIÓN DE JULIO*

La Nación celebra mañana sus 189 años como Estado independiente. Lo fue desde el 9 de julio de 1816, por obra y esfuerzo de un grupo de ciudadanos, extraordinaria floración cultural en un ambiente hostil, paupérrimo, de inconcebible parvedad de recursos y bajo la amenaza represiva del bloque militar más poderoso de la tierra: la «Santa Alianza». Con extraordinario coraje, ese grupo, creyente en las instituciones, sentó la base jurídica de nuestra nacionalidad, rompió los «violentos vínculos» que nos ataban a los grandes usufructuarios de la riqueza del mundo y permitió que, tras pasar el purgatorio de nuestras luchas fratricidas, nos encamináramos hacia un destino que en cierto momento pareció exitoso.

Mucha de aquella gente, comenzando por el presidente Francisco Narciso de Laprida, había estudiado en el Colegio. Son nuestros «hermanos en el aula y en la vida», no para regodearnos en ese vínculo que algunos audaces, de pronto, quizá juzguen paritario, sino para asumir su ejemplo y jugarnos enteros en estos momentos tan confusos de nuestra existencia republicana.

Y es esto casi lo único que diré de los próceres que hicieron la Patria. Pues por muchas razones, he preferido este momento para rendir cuentas del Colegio, para recapacitar –en suma–, qué hace hoy el Colegio de Laprida por la Argentina y por los argentinos.

Creo, y puedo decirlo porque es una obra colectiva y no personal de nadie, que el Colegio cumple una tarea positiva en retribución a la sociedad del sostén que recibe de ella.

Recapitulando brevemente sus condiciones y adecuaciones desde comienzos de la democracia, recordaremos, en primer lugar, el establecimiento de los Departamentos Docentes, cuyos jefes son colaboradores naturales del Rectorado.

El Curso de Ingreso fue una creación exclusiva y originaria del Colegio, para humanizar el feroz examen sin recaer en el albur del sorteo ni en la arbitrariedad de la entrevista, sistemas antes utilizados alternativamente. También procuró desalentar la privatización educativa que involucra a los apoyos «académicos» externos, sin mayor éxito. En cambio, resulta ejemplar la primera lección ética que implica su transparencia.

Coherentemente, desde 1984 aumentamos hasta casi duplicar el número de alumnos ingresantes, dando más cabida en los turnos y creando por fin el Vespertino, que sostuve en contra del voto unánime del Consejo Asesor y hoy es una realidad que nos enriquece a todos.

El Departamento de Orientación al Alumno opera sin invadir la intimidad ni hacer terapéutica, pero aliviando los problemas de orden diverso que aquejan a algunos estudiantes. Las clases de apoyo, si bien no llegan a un número deseable, constituyen un gran progreso pedagógico, presente en el célebre Proyecto 13 y en los «cargos» que otrora definían la tarea educativa, en vez de las «horas» a las que hemos retrocedido hace tiempo. Son aprovechadas por muchos alumnos, no sólo los que experimentan dificultades, sino aun los brillantes que así se consolidan y afianzan, lo que explica sus reiterados éxitos nacionales e internacionales en olimpiadas y otras confrontaciones, para honra del Colegio y, muchas veces, del país.

La colaboración que nos une con las Facultades de Ingeniería, Filosofía, Exactas, Medicina, Odontología, por ejemplo, nos permite otorgar un principio de enseñanza práctica para muchos alumnos, excediendo lo libresco o memorístico –y aquí aclaro que aunque no se debe, por supuesto, estudiar de «memoria» repitiendo meros sonos que no se entienden, tampoco debemos caer en déficit, y corresponde ejercitar siempre la memoria, instrumento inexcusable del saber–.

Primero y segundo año están atendidos por tutores, aunque la crónica cortedad presupuestaria nos impide extenderlos; y algunos ensayos, como la utilización de horas disponibles por el vicerrector Arnoldo Siperman y las consultorías del vicerrector Rubén Siri, debieron cancelarse.

Contra la corriente general que entre tantos motivos nos lleva a la anomia y al fracaso, conservamos los premios y las sanciones, tan útiles para regular la conducta humana; con rigor que fue irresponsablemente discutido, evitamos a su tiempo que las malhadadas «vueltas olímpicas» y las «tomas» provocaran en el Colegio, ni más ni menos que un «*Cromagnon*».

Los alumnos disponen de una actividad curricular seria y propedéutica, que contempla un amplio espectro del saber, una oferta que facilita su elección profesional, a cargo del mejor elenco docente posible, profesores que enseñan, incitan al saber, escriben libros, publican en diarios y revistas ciclos memorables de difusión, por ejemplo, histórica o literaria. Todos ellos trabajan –justo es recordarlo–, con absoluta libertad de cátedra, y protegidos, dentro de lo razonable, contra jubilaciones compulsivas y otros desbordes de la administración.

Entre maestros y alumnos –vínculo hoy tan dañado–, hay comunicación, inclusive por las modernas vías electrónicas. Con ellos nuestros estudiantes van a los grandes teatros porteños, el Colón, el Avenida, el San Martín, el Cervantes, etc., discuten, extienden sus conocimientos y descubren muchas veces mundos nuevos.

La actividad extracurricular no va en zaga: un gran coro que desborda el mero contorno colegial, canto, teatro, orquesta de cámara hoy suspendida siempre por el mismo motivo financiero, grabación de discos, piano, video, radiodifusión, vela, ajedrez, cerámica, judo, tango, salsa, todo lo humano y lo divino.

A nuestra formidable Biblioteca, hemos agregado la única –creo–, Discoteca semipública que posee el país. El Instituto de Investigaciones en Humanidades «Dr. Gerardo Pagés» ha abierto un espacio –inédito en el Colegio–, que permite a profesores, alumnos, ex alumnos y algunos más, la experiencia de la investigación científica, esencial como función universitaria. Publica libros y posee la Biblioteca virtual «Edith López del Carril».

El Laboratorio de idiomas no es frecuente en los colegios, como tampoco los cursos interdepartamentales, de los cuales recordaremos por recientes, «La Viena de Freud», «El Arte de Amar, de Ovidio a Fromm» y la noble exposición de los alumnos sobre «Latinidad».

Los Planes de Estudio fueron sometidos no hace mucho, a un debate comunitario. Los programas se revisan y actualizan constantemente y acabamos de llamar a concurso tres asignatu-

ras: Derecho, Economía e Historia del Arte.

El Departamento de Bienestar Estudiantil cubre también muy importantes temas de sanidad médica (por ejemplo, vacunación), odontología y de acción social.

Aunque debemos cancelar los antiguos viajes de estudio por razones de seguridad y de responsabilidad, el DEBIE organiza los intercambios con Ushuaia, donde en plena frontera existe un colegio «clonado», que ayudamos decisivamente a crear y constituye una obra pedagógica excepcional. En vano nos han pedido trato parecido varios representantes de ciudades de la provincia de Buenos Aires, pues la estructura rígida de la Ley Federal y su reglamentación nos lo impiden. Por nuestra iniciativa avanzó la transferencia, aún incompleta, del Colegio Nacional de San Isidro a la Universidad.

Por mil modos, aportamos la hoy tan meneada «contención». Que lo digan sino una alumna que quedó disminuida en un accidente de natación, la familia de un brillante ex alumno muerto en el Sur, la de un ordenanza bienquerido y otros casos múltiples que, a menos que los deudos no lo permitan, y eso ha sucedido, van desde aconsejarlos en temas jurídicos privados hasta protegerlos enérgicamente cuando son discriminados, o auxiliarlos con becas de nuestra generosa Cooperadora o del Congreso de la Nación, pues, injustamente el Colegio carece de presupuesto para becas.

El Aula Magna se utiliza a pleno para actos de diverso carácter: patrióticos, académicos, culturales, cívicos. Los nuestros y los de terceros. Aquí se gestó, en 1995, la celebración de los Cincuenta años de la derrota del nazi fascismo, propiciada por la Embajada de Rusia, y donde participaron las de Francia, Inglaterra, Estados Unidos, Italia, Alemania, etc. Personalidades mundiales como el Premio Nobel Illia Prigoyini, los políticos italianos Massimo D'Alema y Toni Negri, —que se interesó por la figura de Mitre—, Umberto Eco, el historiador Eric Hobsbawm, los escritores Ernesto Sábato, Félix Lapesa, Pierre Kalfon, Robert Potash, entre tantos, y nuestros ex alumnos Abel Posse y Alberto Manguel, son parte de su elenco de oradores. En nuestra Cátedra Lírica, el cantante italiano Giuseppe Di Stéfano descubrió, hace diez años, al mayor tenor del mundo actual, el cordobés Marcelo Álvarez; y hasta Charly García se hizo oír aquí.

La Asociación de Profesores, el Centro de Estudiantes y la Asociación de Ex Alumnos disponen de esta sala y de otros es-

pacios cuando quieran, así como la Ciudad Autónoma y otros representantes del pueblo y de legítima actividad cultural.

Se han realizado grandes congresos como el Mundial de Ciencia Política, Jornadas sobre Derechos Humanos, sobre las leyes federales de Educación y de Educación Superior. En el Colegio se han filmado numerosas películas, como *Casas de Fuego*, biografía de nuestro ex alumno Salvador Maza y *El Sur*, tema de Borges registrado por Carlos Saura. Se ha editado un gran libro sobre el Colegio.

El clima general es cordial entre los profesores, agentes y alumnos. Los docentes y empleados constreñidos a renunciar por razones personales, lo hacen sistemáticamente expresando pesar y gratitud y procurando reservarse un eventual regreso si sus actividades futuras lo permiten, buen signo de cómo juzga el ámbito institucional quien ya no tiene interés inmediato en él.

El espléndido edificio –casi centenario–, se mantiene correctamente por acción en primera referencia del personal especializado y de toda la comunidad, inclusive los propios alumnos, que lo aman y que salvo deplorables excepciones, lo cuidan como propio, para uso de las futuras generaciones. Luego, de la Universidad, que dentro de su presupuesto vergonzoso, apoya ciertas obras y reparaciones. Y especialmente, por los padres nucleados en la Asociación Cooperadora «Amadeo Jacques» cuya colaboración sin límites ni sombras, en todos los terrenos, nos permite andar.

Contra viento y marea, sostenemos el Campo de Deportes que poseemos desde 1915, cuando era un pantano inaccesible y al que desde hace más de quince años defendemos decidida y exitosamente de ciertas voracidades que apuntan sobre él.

* * *

Esta es una síntesis muy apretada de la actividad que el Colegio cumple, de las tradiciones que sostiene y las innovaciones pedagógicas que ensaya. Creo que el prestigio que ha logrado mantener ante la sociedad no es inmerecido. Todos contribuimos a él.

Creo también que es, antes que nada, el colegio del diálogo ininterrumpido, de la libertad con orden, de la ciencia y la docencia, y de los buenos frutos; los frutos que es por donde debe juzgarse toda obra humana. No dudo que, en cualquier tiempo o instancia y quienesquiera lo dirijan, lo seguirá siendo.

Creo, por último, que cuanto logra la gente del Colegio debe

hacerse saber. Hay una sociedad sufriente que financia nuestra faena, cumplida en condiciones que casi parecen privilegios y que es gratuita para sus usufructuarios, los alumnos y los padres, pero no para el resto incluyendo a su personal que aporta «plus valías» bien conocidas.

El Colegio es un alto referente de la escuela pública sarmientina, la gran escuela laica, gratuita, obligatoria y republicana que debiera prevalecer y está en retirada a lo largo y ancho de la patria. Sólo quienes la quieran destruir pueden afirmar que ésta es una institución fría, desalmada y desangelada. Yo desafío a cualquiera a que venga, sin previo aviso y cuando lo desee, recorra el edificio y advierta su vida propia, el amor de sus alumnos, la comodidad con que lo transitan, la libertad bien entendida que aquí impera, el uso para actividades serias y útiles que le dan espontáneamente, sin presiones pero contando con elementos culturales que no son usuales en nuestra difícil América.

Sólo después atenderemos las audacias críticas que aquéllos quieran formular, si osan hacerlo.

Por todo esto, porque debemos defender a esta gran institución de acechanzas y zarpazos desleales, he preferido rehuir el escolar discurso de circunstancias y exponer, antes Uds. y ante quien sea, la magnitud de la tarea que todos cumplimos aquí. Sea esto dicho, pues, como homenaje mayor a nuestros hombres de Tucumán, porque a ellos sí les corresponde el derecho de pedirnos cuentas.

*** Aula Magna, 8-VII-2005.**

APERTURA DE LAS CLASES DE PRIMER AÑO*

Otra vez, como costumbre reiterada pero nada rutinaria, porque es un ritual esperanzado y fervoroso, la comunidad colegial recibe, en fiesta, a sus nuevos integrantes. Los jóvenes alumnos acaban de ingresar nada menos que a la Universidad, tras superar las instancias de un Curso difícil, básicamente formativo que, entre otras cosas, procura paliar los defectos y los desequilibrios que provocan nuestra crisis social y la de nuestra escuela primaria.

Es el sistema menos traumático que hemos imaginado, en rechazo por igual al mero examen de ingreso donde el Colegio se limita a él, sin enseñar nada, y a la tómbola del sorteo, que se resuelve en una estafa para los ingresantes sin mérito y que fracasó ruidosamente durante el breve tiempo en que aplicó.

Además, y ésta es la principal enseñanza, el actual Curso, los resultados, la ubicación en turnos y en aulas, se manejan con absoluta transparencia.

Nadie podrá señalar justificadamente una sombra en la resolución del ingreso de ustedes, donde cada uno vale por sí y no hay favoritismos, presiones ni influencias que toleremos. Y no porque algunos no los intenten, sino porque simplemente nunca los aceptamos. Creo que la ética pública es posible y que los buenos ejemplos deben señalarse.

Expreso, en este momento, la felicitación de todo el Colegio a sus estudiantes por haber superado con bien lo que presumiblemente es su primer compromiso vital. La extendiendo a las familias que los han acompañado con expectativa y denuedo.

Ahora, sin embargo, comienza la verdadera prueba. Es apenas el principio. Pertenecer al Colegio significa gozar de posibilidades educativas muy extrañas en el actual contexto nacional.

Y simultáneamente, por eso mismo, engendra responsabilidades. Responsabilidades ante la sociedad y ante uno mismo. Porque el Colegio es gratuito para los alumnos, pero alguien lo paga. Para estudiar aquí con los medios de que disponemos, hay mucha gente que con su esfuerzo laboral y desde tareas muchas veces ingratas, en un taller, una oficina, un arado, nos sostiene. Gente que, quizá, hubiese deseado cursar en un Colegio así, y no pudo hacerlo. Ante ellos debemos responder. En primer lugar, cuidando el edificio, maravilloso pero costoso de conservar pues pronto cumplirá un siglo y comienza a deteriorarse. Las aulas, los bancos, las paredes, los mármoles, deben ser en todo momento preservados para quienes nos sucedan.

En segundo –pero principal– lugar, usufructuando a pleno sus posibilidades educativas, su cuerpo docente calificado, sus fenomenales gabinetes, su plan de estudios equilibrado y sabio, con amplio desarrollo de las ciencias exactas y biológicas, pero además, con materias muy exclusivas: el Latín, cuya utilidad como ordenador mental y como presupuesto para aprender cualquier idioma sólo ignora quien nunca lo estudió, Historia del Arte, Derecho Constitucional, Economía Política y Francés y todo ese plan propio que si se quiere un poco enciclopédico hace a la formación de un ser humano culto. Sin desdeñar la tecnología de punta, que debe ser nuestra auxiliar y nunca nuestra competidora, estimulamos la soberanía de las ideas y las palabras. Exaltamos el hábito de la lectura, cuyo actual abandono amenaza seriamente la imaginación juvenil y la cultura general. Sin duda –lo repito siempre–, ustedes podrán, aunque sea de vez en cuando, gozar de esa «voluptuosidad de pensar», que decía Eugenio d'Ors, sin la cual nadie logra alcanzar la condición humana.

Pero además, pueden canalizar sus predilecciones personales y sus *hobbies*, por la actividad extracurricular, que incluye cursos de piano, tango, ajedrez, teatro, coro, yoga, cerámica, esmaltado, fotografía, idiomas varios, navegación a vela y tanto más; así como, una vez que avancen en la carrera, colaborar en cátedras de facultades, en academias, periódicos, etc.

Y dispondrán de un gran campo de deportes en Puerto Madero, propiedad de la Universidad para nuestro uso, campo que

desde hace diecinueve años defendemos con éxito, de la voracidad que pretende arrebatárnoslo; y al que el Colegio seguirá defendiendo sin desmesuras ni histerias colectivas.

Todo eso, y más, pone el Colegio a disposición de sus alumnos. Desdeñando la «manía de lo novedoso», del viejo Colegio varias veces centenario reemplazamos lo reemplazable pero reiteramos lo que está bien. Mantenemos los premios y las sanciones, «contenemos» como hoy se dice, y exigimos. Aquí sólo valen el saber y la conducta. Los estudiantes gozan de una libertad nunca, históricamente, tan grande, pero se les exige admitir –y admiten–, un orden mínimo para la convivencia. Porque orden y libertad no se oponen, como desde varios ángulos se nos quiso hacer creer. Los seres humanos dignos pueden, sin dificultades, hacerlos compatibles. Nuestro lema, no negociable, es «no perder tiempo, no destruir nada, no ofender a nadie». Lo demás puede debatirse, esto no.

Y no se diga –pues se dice, contra toda razón–, que éste sea un ámbito elitista, en el peor sentido del término. Es un ámbito de trabajo serio, que da mucho pero no regala nada.

Lejos de encapsularnos y encerrarnos desdeñosamente en una presunta torre ajena al ruido de la calle, deseáramos extender su sistema, en general exitoso, a muchos otros colegios, a muchísimos, a todos los alumnos argentinos. Y lo extendemos cuando nos dejan, como lo hicimos con el Colegio de Ushuaia.

En otros casos que «no fueron», debemos destacar que la malhadada ley federal hoy derogada, nos impidió continuar con aquella expansión. De modo que cabe pedir cuentas por lo malo que hizo, tanto como por lo bueno que no permitió hacer, a aquella ley que fuimos los primeros, diría los únicos, en combatir desde el comienzo, cuando muchos de los que hoy la demonizan le prestaban acuerdo entusiasta.

Agrego que todo el Colegio, desde los cargos más humildes hasta las autoridades, está al servicio del alumno, lo aprecia y respeta y confía en recibir de él un trato adecuado desde el lugar afectuoso pero no paritario ni simétrico que corresponde.

Los alumnos son eso, alumnos; ni amigos ni hijos, aunque nos ligen una cordialidad profunda y perdurable, y tantos propósitos comunes.

Confieso que cuando nos gana el desaliento ante signos de decadencia como los que ofrece la realidad cotidiana, volvemos los ojos a nuestra juventud colegial y recuperamos nuestro vis-

ceral optimismo.

En ceremonias de este jaez, a lo largo de mi rectorado –que se ha extendido casi un cuarto de siglo–, he sabido recordar cierta clara parábola oriental que hoy repetiré una vez más: un viajero cruzando el desierto, topa con un derviche que le pide agua. Él tiene poca, pero la cede. Luego de saciarse, el otro le dice: «Fuiste generoso conmigo y quiero premiarte; carga algunas de esas piedras, y mañana estarás feliz y contristado». El viajero, casi por compromiso, toma unas pocas piedras. Al día siguiente, son diamantes, y está alegre por ello pero lamentando no haber llevado más.

El Colegio les dice en este día, queridos alumnos: «Tomen estas rocas que les ofrecemos, aunque hoy les parezcan inútiles. Cuando adviertan que son joyas, que no deban arrepentirse por no haber cargado más».

***Aula Magna «Ex alumno Manuel Belgrano», 19-III-2007.**

GRACIAS A TODOS*

Mi relación con el Colegio es, por demás, entrañable y antiquísima. Contaba con seis años cuando mi padre me trajo por vez primera, para una conferencia del Rector de la Universidad, el ex alumno Carlos Saavedra Lamas. Lo recuerdo, vestido de *jacquet*, atuendo que de por sí marca el cambio de los tiempos.

A ese cambio he asistido, pero debo atestiguar que el espíritu colegial subsiste, y su eficacia –si juzgamos por los buenos frutos–, no se ha alterado.

Fui alumno entre 1948 y 1953. Fui celador alumno; y profesor de Derecho por concurso, desde 1970.

Presidí la Asociación de Profesores y en 1977 tuve el honor de ser «prescindido», junto a ilustres colegas, sin expresión de causa. La reparación descomunal se produjo con la democracia, cuando Francisco Delich me ofreció –a elegir–, el rectorado del Buenos Aires, del Pellegrini o el decanato de Derecho. Sentí entonces una de las mayores emociones de mi vida; pensé que el techo se derrumbaría al compás de mi conmoción.

Aunque amo a los tres, y por distintos motivos los considero mi casa, no vacilé. Y el Día de los Inocentes de 1983 asumí, sin imaginar que mi rectorado colegial se extendería tanto, casi un cuarto de siglo, mucho más que cualquiera de los anteriores.

Fui redesignado por el Consejo Superior de la Universidad varias veces. Mi último mandato concluyó el 24 de mayo.

En mi faena he sufrido algunas desazones, pero las satisfacciones las han excedido enormemente. Creo, al fin de mi ciclo, que la sociedad respeta y aprecia al Colegio, y puedo decirlo

porque se trata, en tiempos muy difíciles, de una obra colectiva, no de nadie en particular.

No me alejaré de mi cátedra, que he desempeñado a lo largo de todo este tiempo, inclusive durante mi corta experiencia ministerial.

Mi retiro me produce ambivalentes emociones. Creo, sin embargo, que el relevo es natural y beneficioso en esta instancia, como a su turno lo fue la continuidad.

Creo también –sin pose alguna–, que cometí errores y, también sin pose, que acerté otras veces. He procurado sostener la «calidad» docente y la eficacia administrativa, y equilibrar orden y libertad en el ámbito escolar, porque ambos valores son compatibles y la gente de bien puede actuar justamente sin sacrificar el uno al otro.

Cumplí todas las promesas del programa que expuse el 28 de diciembre de 1983, inclusive la creación de algo parecido a un «Buenos Aires II», pero en los confines ¡de Ushuaia!

No necesito hacer recomendaciones. El Colegio inspira a su gente amores un poco alarmantes. Nuestro sentido de pertenencia sólo se explica por razones espirituales tan profundas como la tradición. En el Colegio todos conocen sus responsabilidades: autoridades, docentes, funcionarios y empleados, las entidades de soporte –como la ilustre Cooperadora «Amadeo Jacques»–, los alumnos.

Mis reflexiones finales son para éstos, porque constituyen la razón de ser del Colegio y de toda educación. Ellos deben responder a la excepcional atención que la Universidad y la Nación –donde casi todo está por hacerse–, les han brindado con esfuerzo. Creo que lo harán, pues los conozco y confío en ellos; y si les he enseñado algunas cosas, confieso que también de ellos y de todos, he aprendido.

Gracias, pues. *Gratia ago omnibus.*

*** Manifestado a modo de despedida al concluir el mandato rectoral, 25-V-2007.**

**EN EL MINISTERIO DE EDUCACIÓN DE LA CIUDAD DE
BUENOS AIRES**

PROPUESTA (1996)*

Hoy concluyen las clases y es día, por lo tanto, apto para reflexionar y rendirnos cuenta de nuestra tarea. Los alumnos, para formular un examen de conciencia y meditar sobre lo que aprendieron, en conocimientos y conductas, durante este año de estudio y socialización. Los docentes, para que analicen cuánto han dado a sus discípulos y a la patria toda, en su esfuerzo que tanto valoramos. Y las autoridades, para que echemos sumas y multiplicaciones de esta corta pero densa tarea inicial –cuatro meses–, ante la comunidad educativa, ante el pueblo todo que nos atiende y ante nosotros mismos.

Así que resulta propicia la ocasión de articular un brevísimo balance de nuestra acción y nuestros proyectos. Tal como se expuso oportunamente, no esperen de nosotros anuncios detonantes ni los programas fenomenales de revolución o restauración –lo mismo da–, que suelen exponer algunos funcionarios neófitos. Nuestro primer propósito es hacer imperar el sentido común, la racionalidad y la justicia. Nuestra escuela aparece tan zarandeada por transferencias, estructuras novedosas, cambios de currícula y contenidos, etc., que parece ansiosa de cierta dosis de calma y de prudencia. A esto responde, en primer término, nuestra actitud frente a la compleja Ley Federal de Educación, actitud de cautela y gradualidad que acote los temores y esfuerzos que suscita. Utilizaremos para su implementación –está dicho– el total de los plazos legales y acordados por el Consejo Federal.

En cuanto a las acciones emprendidas durante nuestra breve

gestión debo señalar diversos aspectos, y ante todo, una decidida lucha contra las inauditas trabas burocráticas de nuestro sistema legal. Hemos encarado enérgicamente la concreción de una reforma legislativa, que evitará la pérdida de tiempo, sustraído al esfuerzo creador y dilapidado en inverosímiles recovecos administrativos. Por ejemplo, aceptar una donación sin cargo lleva dos o tres años; aceptar una renuncia, hasta ocho, seis meses acordar una licencia sin goce de haberes y se tramitan complejos sumarios, *verbi gratia*, por hurtos menores o por abandono de tareas, que resultan un abultado gasto de tiempo, esfuerzo, papel y dinero sin ningún provecho. Nada quedará así. Toda la normativa, incluso el Estatuto del Docente Municipal está *sub examen*, con espíritu de consenso y revisión.

La estructura de la Secretaría se aligeró convenientemente, reduciendo de nueve a seis sus Direcciones Generales. Hemos previsto un presupuesto global para el área de más de 770.000.000 de pesos. No es poco. Lo utilizaremos con diligencia. Y fue consensuado en una reciente reunión, de exhaustivo análisis –más de ocho horas–, con la Comisión de Hacienda del Concejo Deliberante.

Nuestra primera propuesta desde siempre fue honrar al docente.

El docente parece algo agobiado y rezagado. Conspiran para ello las actuales circunstancias económicas, sociales y culturales, y hasta un malentendido doctrinario constructivista desconocedor de que el proceso enseñanza-aprendizaje es una ida y vuelta, y que la figura del maestro no será reemplazada por máquina o autodidactia alguna, pues, si se quiere, enseña por mera presencia.

Si no pudimos, hasta ahora, mejorar sus salarios, la menos recuperemos plenamente el respeto que es presupuesto de su trabajo. Los directivos han ganado autonomía al eximírselos de diversas gabelas: hoy son libres pues les estaba prohibido, de hablar con la prensa, y recurrir al ombudsman; han retomado su autoridad frente al personal de limpieza antes dependiente de una Dirección de Servicios Generales hoy extinguida; pueden inhibir las encuestas y cuestionarios que no se les exhiban o que afecten –a su juicio– la intimidad de miembros de la comunidad educativa, y –a muchos les consta–, no han sido nunca desautorizados públicamente, como ocurrió tantas veces. Por lo contrario, han recibido apoyo explícito en situaciones de conflicto.

Las escuelas fueron rebautizadas con sus antiguos nombres, los de su tradición y pertenencia, que inoportunamente habían sido trocados en siglas, despersonalizadas y mecánicas. No es poca cosa tener un nombre que defender y amar, pues nunca significa una mera formalidad.

No obstante la fuerte carencia financiera heredada, pudimos por los buenos oficios de la Secretaría de Hacienda, mantener los servicios esenciales: comedores, obras edilicias y equipamientos básicos, etc.

El Consejo de Asociaciones Cooperadoras de Distritos, vedada de reunirse en locales escolares, puede ahora hacerlo.

Ellas tienen todo nuestro apoyo, pues confiamos en su esforzada tarea y nos ocupamos de que puedan llevar sus cuentas con ayuda técnica suficiente.

El rápido y austero ordenamiento financiero nos permite también incrementar el proyecto «el verano en las escuelas», que por vez primera incluye un contingente de niños autistas, coordinados por sus propios padres y los profesionales que éstos escojan.

Estamos acotando la cultura del sumario –modo fácil de derivar responsabilidades, y a veces, a lo largo de la historia, modalidad punitiva del adversario político–, reduciéndolos a los casos inevitables. Hemos dispuesto que las denuncias anónimas se desechen sin más trámite.

En el sistema de ingreso a los diversos establecimientos se ha instalado la transparencia. No aceptamos –y se descartarán y publicarán los pedidos que lleguen–, recomendaciones o influencias para acceder a los de demanda intensa.

Hoy, cuando el reclamo ético es primordial en la sociedad, la docencia debe, con sencillez republicana, dar el ejemplo.

Hemos limitado a lo indispensable las comisiones de servicio y los contratos que significaban erogaciones importantes.

La atención de la salud docente y del alumno se brindará en gabinetes por zonas y en varios hospitales –no sólo en el Rawson–, y las licencias por enfermedad reflejarán rigurosamente la verdad. Algunas tareas livianas podrán prestarse en instituciones comunitarias.

Se están normalizando las tareas de diversas escuelas con «situaciones» de larga data: el Bernasconi, el Mariano Moreno, el Avellaneda. También de las Juntas de Clasificación y otros sectores transferidos y se llamaron a concursos de ascenso en el

sector de conducción de las cuatro áreas tradicionales.

La responsabilidad civil que el medieval artículo N°1117 del Código presume en cabeza de los directores y maestros artesanos, está cubierta con un seguro, y desaparecerá definitivamente cuando el Senado complete la media sanción de una ley liberatoria. La ciudad asumirá totalmente desde ya, esa responsabilidad de modo que los directores trabajen sin amenazas y puedan ser más amplios para autorizar, dentro de lo justo, paseos, visitas y salidas hoy restringidas por temor a ulterioridades desagradables.

Nuestro Calendario Escolar no es un mero cronograma. Es todo un programa de acción que lleva a los hechos muchas antiguas pretensiones. Los maestros estarán a disposición de las escuelas desde el 13 de febrero, pero eso: «a disposición», para ser llamados y solamente para tareas concretas e indispensables, si las hay. Las clases abarcan del 3 de marzo al 5 de diciembre para todos los niveles, y para cualquier gestión: pública o privada. Se han previsto 181 días lectivos, aspiración inaudita hasta hoy.

La primera jornada se reserva para quienes se inician –y sus familiares–, y no habrá suspensiones de clases para tareas que no las justifiquen. Tampoco los docentes serán sometidos a reuniones ni programaciones burocráticas, y así cumpliremos las metas previstas sin exigir mayor esfuerzo y respetando algún asueto útil para la reflexión y la recapitación, como el día del estudiante, y si cae en domingo, su víspera hábil.

Diversos ámbitos se habilitarán en 1997 para actividades físicas, como clubes barriales que no han sido requeridos hasta ahora, pero que estarán disponibles, y las instalaciones gimnásticas del Regimiento de Patricios, que las ofrece con desprendimiento. Quizá, la Ciudad también acepte la transferencia de la escuela Dámaso Centeno, perteneciente al Ejército, si cerramos números y trato.

El sector de gestión privada, al que tanto se debe, sigue recibiendo nuestro apoyo invariable.

En materia edilicia sabemos que las necesidades son muy fuertes y además desaparejas. La Zona Sur está mal atendida: Villa Soldati, por ejemplo, carece de escuelas medias públicas. Lugano cuenta sólo con dos. Nuestra mayor atención se centrará allí. Tenemos presupuesto para iniciar las nuevas instalaciones de la Escuela de Artes «Lola Mora», de Lugano, sobre su amplio

predio y su edificio oprobioso con perfil de rancho. Se podrá completar a fines del '98, pero confiamos en ir inaugurándola por módulos a medida que los concluyan.

Disponemos de 1.722 establecimientos públicos que alojan 2.624 unidades educativas, lo que dice que muchas comparten edificios, con la consiguiente molestia y perturbación. Será preciso un lento esfuerzo de reacomodamiento.

Un criterio nuestro de alta política educativa, a largo plazo, finca en mejorar la formación docente de grado, con reformulación de planes y estructuras revalorizando la función de las escuelas normales e institutos de profesorado, de tan gloriosa trayectoria.

Descreemos bastante en cambio de los planes inarmónicos y apresurados de «capacitación» que no pasan de los papeles y la caza del puntaje.

Por eso hemos puesto al frente de la ex Escuela de Capacitación a una Delegada Normalizadora, con muy coherentes y concretos proyectos. Los cursos serán siempre gratuitos y de alto nivel formativo.

La habilitación del 4° grado como primer año del 2° ciclo de EGB, conlleva la necesidad de enseñar inglés desde la corta edad, cuando la inteligencia está más despierta y aprehende todo como una esponja. Su incorporación cuesta al erario más de un millón de pesos, que juzgamos bien empleados. No olvidamos la atención de otros idiomas: francés –de larga tradición–, italiano, portugués, quizá alemán. Los idiomas constituyen un caudal en el mundo moderno, una herramienta imprescindible.

Pero nuestros proyectos más caros se centran en dos áreas: una, informática y televisión educativa. El Jefe de Gobierno habilitó hace poco las cuatro primeras escuelas incorporadas a Internet. Ya son 50, y el primer proyecto incluye 600.

Hemos recibido, además, cuatro propuestas, todas económicas y alguna gratuita, para llevar a las escuelas un canal educativo con un programa coherente que el maestro podrá compartir y comentar apoyándose en esa formidable arma audiovisual, de por sí una revolución metodológica descomunal.

Pero ello, sin olvidar la amistad del libro, que los niños deben acostumbrarse a amar y poseer. Aparte de las adquisiciones ordinarias, la Fundación «El Libro» acaba de donarnos \$33.000 en obras que hemos preferido clásicas: *Facundo*, *Martín Fierro*, *Juvenilia*, etc., para que los chicos las reciban, las usen, las mar-

quen y sientan su fascinación entrañable.

El segundo proyecto prioritario es el impulso renovador con que atenderemos las escuelas técnicas. Las sabemos vinculadas íntimamente al proceso productivo, a la tan mentada «salida laboral», al saber práctico, a la esperanza creadora y liberadora. También sabemos de su actual zozobra.

Nuestro criterio finca en ofrecer a la sociedad un artesano o técnico apto, versátil, con capacidad flexible de adaptación al cambiante mundo del futuro. Hemos firmado un convenio para encarar con auxilio del gobierno francés, cuyo Ministerio nos ubica en «prioridad uno» para su ayuda externa, la actualización tecnológica que el área requiere con urgencia. Un equipo de especialistas galos nos ha visitado esta semana anterior, otro nuestro se capacitará invitado en Francia durante varios meses; y recibiremos tecnología, ideas, experiencias, créditos, apoyo moral y material. Otra vez, como cuando cortamos amarras con la madre patria, como cuando necesitamos docentes gigantes del orden de Amadeo Jacques, y como cada vez que tenemos necesidad de libertad sin desmedro del orden, la grande Francia provee fecundamente a nuestra expectativa.

Otros países centrales –básicamente Inglaterra– también parecen interesarse en estos temas y avanzar en ofertas que analizamos.

La educación especial, la de adultos, la no formal, la artística, recibirán su atención. Creamos la Orquesta Sinfónica Estudiantil, sobre la base de la fantasmal institución surgida del Mariano Acosta, antes de la transferencia. Y el Instituto del Tango y la música ciudadana (ex Universidad del Tango), será jerarquizado y desarrollará un plan orgánico de estudios.

Por fin, y en un tema poco grato cual es el de la violencia propia de nuestra era, hemos procurado desarmar los espíritus.

Apoyamos rigurosamente a las víctimas de algún episodio –afortunadamente no tantos como en otras jurisdicciones– de descontrol en la escuela, o de incalificable violencia familiar sobre niños, que han aquí encontrado la comprensión y auxilio necesarios. Los responsables no quedaron impunes. No diré al respecto más que esto: los pocos casos planteados fueron resueltos con tal eficacia que habilitan a pensar que la proyección escolar a los Derechos del Niño se extenderá mucho, en el futuro.

Pareciera que la escuela va siendo, por defección de otras instituciones y por imperio de los hechos, no sólo el lugar donde

se aprende y se comparte, sino el natural reducto de protección integral de la sociedad.

Tales cosas –y otras que no alcanzaría– quise contarles en un día como hoy, de fiesta y despedida provisoria.

Felicito a docentes, personal auxiliar y alumnos por el esfuerzo realizado.

A los estudiantes les recomiendo no desconectarse del mundo del saber durante las vacaciones: leer, indagar, mantener viva su capacidad y curiosidad fermental. Los intimo a no perder valores ni tiempo, ahora que sus mentes frescas asimilan todo, lo bueno y lo malo. Sentir, de vez en cuando, esa «voluptuosidad de pensar», que decía Xenius, sin la cual no se es un ser humano completo, ni vale la pena vivir. Y restaurar los bienes de la inteligencia, la tolerancia, el esfuerzo, el trabajo. Que sean sabios y buenos, ya que sus maestros, modestamente, les dan el ejemplo si no les llega de otra parte. Y cuando crezcan, que sean realistas sin perder espiritualidad.

A esta joven generación está tocando salvar el planeta, erradicar los rostros abominables de la discriminación, la corrupción y la frivolidad. No lo harán sin esfuerzo. Deberán vencerse, primero, a sí mismos. Por ejemplo, hoy, terminar en orden la fiesta, sin agredir a nadie, sin romper ni ensuciar los bienes de todos. Sin arrojar huevos ni harina, práctica inmoral, porque en un mundo con hambre la comida es sagrada y no puede convertirse en un torpe juego de niños.

Señores: no conozco otro medio más eficaz, otro procedimiento, si se quiere utilitario, otra táctica, para sacudir nuestra decadencia, que un formidable impulso educativo. No veo algo mejor para acercar las distancias sociales y las brechas con los países del primer mundo, y mejorar nuestro civismo, y ser mejores y más felices. No nos gusta prometer vanamente. Pero sí podemos comprometernos a una verdadera irrupción de la educación en la lánguida vida nacional, aspirando al apoyo de todos, los maestros, los padres, los alumnos, los sindicatos, las empresas, los organismos no gubernamentales: estamos ya maduros para ello y hemos perdido demasiado tiempo.

Hechas estas salvedades, y en nombre de cuantos gestionamos el área educativa ciudadana con «esperanza y esfuerzo», o sea, con amor, según decía Neruda, quiero desearles un tiempo feliz de ocio creador, preparatorio de la incruenta batalla educa-

tiva de 1997.

*** A modo de programa de acción ministerial en el Instituto Bernasconi, 6-XII-1996, día del cierre del curso lectivo.**

PROMESA A LA BANDERA

Señor Presidente de la Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires:

El Órgano Ejecutivo tiene el agrado de dirigirse a ese Cuerpo para someter a su consideración la propuesta de la Secretaría de Educación en cuanto a modificar la fórmula de promesa a la Bandera Nacional contenida en el Artículo 137 del Reglamento Escolar vigente en establecimientos educativos de esa jurisdicción (Resolución N° 626/S. Ed./90 AD 410.15), cuyo texto paso a transcribir:

«Alumnos: La Bandera blanca y celeste –Dios sea loado– no ha sido jamás atada al carro triunfal de ningún vencedor de la tierra.»

» Alumnos: esa bandera gloriosa representa la patria de los argentinos, ¿Prometéis rendirle vuestro más sincero y respetuoso homenaje; quererla con amor intenso y formarle desde la aurora de la vida un culto fervoroso e imborrable en vuestros corazones; preparados desde la escuela para practicar a su tiempo con toda pureza y honestidad las nobles virtudes inherentes a la ciudadanía; estudiar con empeño la historia de nuestro país y la de sus grandes benefactores a fin de seguir sus huellas luminosas y a fin también de honrar la Bandera y de que no se amortigüe jamás en vuestras almas el delicado y generoso sentimiento de amor a la patria? En una palabra, ¿Prometéis hacer todo lo que esté en la medida de vuestras fuerzas para que la bandera argentina flamee por siempre sobre nuestras

murallas y fortalezas, a lo alto de los mástiles de nuestras naves y a la cabeza de nuestras legiones y para que el honor sea su aliento, la gloria su aureola, la justicia su empresa?».

Al respecto cabe consignar que esta fórmula está articulada en una literatura mediocre y no expresa los conceptos cívicos que hoy resulta importante inculcar en los jóvenes argentinos.

Debe resultar claramente inteligible para los niños, no corresponde que contenga alusiones violentas y sí por el contrario, referencias a la paz, a la convivencia y al respeto por los valores morales que deben conformar nuestro ideario nacional.

Por todo lo expuesto, si ese Cuerpo comparte el criterio sustentado, podría sancionarse la Ordenanza cuyo proyecto se acompaña.

Se elevan las presentes actuaciones por intermedio de la Dirección de Enlace con el Concejo Deliberante.

HORACIO SANGUINETTI
SECRETARIO DE EDUCACIÓN

FERNANDO DE LA RÚA
JEFE DE GOBIERNO

PROYECTO DE ORDENANZA*

Art. 1º.- Modificase la fórmula de Promesa a la Bandera Nacional contenida en el Artículo 137 del Reglamento Escolar vigente en establecimientos dependientes de la Secretaría de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, la que quedará redactada de la siguiente manera:

«Yo te saludo bandera de mi patria...»

» Alumnos: nuestra bandera es el símbolo claro de esta Nación Argentina, hecha con el esfuerzo fecundo de su gente. La bandera representa el sentimiento patriótico, el civismo, la generosidad de los argentinos que han invitado a todos los seres humanos de buena voluntad a cobijarse bajo ella. Representa el conjunto de nuestras mejores energías y los valores de honradez, decoro, impulso solidario y espiritualidad que no permitiremos que desaparezcan de esta tierra.»

» Representa nuestra voluntad de convivencia democrática, nuestro respeto por las divergencias, por todas las razas, naciones y religiones y nuestro anhelo de libertad e igualdad que la purísima figura de Belgrano supo practicar.»

» Representa nuestra defensa de la opinión ajena aunque contradiga la propia.»

» Representa la idea de que cada uno vale por su saber y su conducta, es decir por lo que es, no por lo que tiene. Que estamos de parte de la vida, la paz, la razón y la justicia. Que defenderemos a los débiles y cuidaremos nuestro

planeta.»

» Por todo esto, les pido que prometan a la bandera celesta y blanca amarla y defenderla mientras palpiten sus corazones.» (Los alumnos contestan: «Sí, prometo»).

*** Proyecto de la Jefatura de Gobierno de la Ciudad al Concejo Deliberante, que no lo trató (1997).**

ANTE LA ESTATUA DE SARMIENTO*

Ante este bronce donde Rodin plasmó intuitivamente, el genio y la impaciente fuerza creadora de Sarmiento, nos reunimos hoy para honrar a los maestros. Sobre ellos se asienta una responsabilidad fundamental para el destino de la patria y de su gente. No conocemos otra vía más apta para saldar nuestra crisis moral y material, que una educación abierta, fuerte, honrada y excelente.

Desde hace más de un año gestionamos, en un mar de dificultades, un sistema educativo que ha crecido, durante largo tiempo y como los minerales, por yuxtaposición. Es oportuno, pues, ofrecer cierta rápida rendición de cuentas de lo hecho, que hemos procurado siempre ajustar a la idea republicana, y señalar las líneas que, a nuestro juicio, correspondería atender en el futuro.

El Estado debe cuidar de la educación como una atribución suya principalísima, junto a la salud, la justicia, la seguridad. Muchas otras cosas puede ceder, muchas de las funciones del Estado providencia. Pero su tarea educativa de contundencia prioritaria no admite dudas, argucias ni interpretaciones. (Aplausos)

Y aunque el destinatario –a no olvidarlo– sea el alumno, el maestro es el instrumento. Como tal debe ser atendido, honrado, dignificado. En sus necesidades materiales y espirituales, en su ámbito edilicio, en la consideración social, en su libertad. Todo eso estamos procurando asegurarle, en medio de las cortedades presupuestarias y de una normativa absurda e incoherente que

resulta muy difícil ordenar.

Concretamente: hemos requerido al Consejo Federal reabrir el diálogo sobre los tres Ciclos de la Enseñanza General Básica, proponiéndolos de tres, cuatro y dos años respectivamente: (aplausos) una división racional, simple, no traumática, con menores costos en dinero, esfuerzo y angustia.

Hemos creado una comisión que trabaja en un borrador de ley de educación local que mitigue los defectos de la Ley Federal de educación y sus reglamentaciones, y perfeccione el Estatuto, todo ello –como siempre– previos consulta y debate.

Dentro de las posibilidades legales, más amplias de lo que parecen, defenderemos nuestras tradiciones, actualizando nuestros institutos de profesorado, nuestros grandes normales, y la enseñanza técnica y artística. (Aplausos)

Otra comisión ha preparado un anteproyecto de régimen escolar que contemple los sistemas de convivencia y ratifique al mismo tiempo la autoridad de Supervisores y Directivos, trabajo ya sometido a la más amplia consulta de todas las comunidades escolares.

Uno de los pilares en que se asienta nuestra política educativa es la integración. La igualdad de oportunidades y posibilidades y la inclusión real de todas las diversidades es un proyecto prioritario. Dentro de este marco, en nuestras escuelas públicas acogemos cotidianamente a 46.000 alumnos bonaerenses que reciben una acción educativa sistemática en nuestras escuelas. Para mejor comprender esta ampliación de nuestra función de educar, podemos señalar que tal cantidad supone la existencia de 46 establecimientos con mil alumnos cada uno.

Creemos en los premios, en cuanto reconocimiento de los valores grupales e individuales. No tenemos temor en diferenciar al más capaz, pues temer es en tal caso masificar y aborregar. (Aplausos)

Anuncio desde ya la creación de un Concurso escolar sobre Sarmiento, cuyos detalles están disponibles.

Por primera vez desde la transferencia se realizará la elección de Juntas de Clasificación y de Disciplina sin exclusión alguna.

Continuamos cumpliendo con los Concursos docentes que se efectúan anualmente, y las Juntas de Clasificación de enseñanza media, normal y artística colaboran en el esfuerzo de concretar los respectivos concursos para todo el sistema.

Nuestro Centro de Perfeccionamiento Docente e Innovación

Educativa ya atiende, este año, a unos 17.000 docentes que se capacitan, muchas veces en servicio.

Reiteramos el principio constitucional de la gratuidad de la enseñanza pública en todos los niveles. (Aplausos)

El Gobierno dedica a Educación el 25% del presupuesto ciudadano, porcentaje de los más altos de cualquier tiempo, y presupuesto cuyos resquicios, confusiones y defectos estamos acotando con la diligencia del caso.

Todo el equipo ministerial está constituido por docentes y yo mismo –diría que el caso no resulta frecuente– conservo *ad honorem* –es decir, por el honor– una cátedra secundaria que me obliga al contacto siempre indispensable, y que podemos perder imperceptiblemente con los colegas y los jóvenes. Desconfío de los teóricos «de probeta» que nunca dan una clase. (Aplausos)

No creemos, por otra parte, que de orden superior debamos todos convertirnos automáticamente en agentes de un cambio perentorio acerca de cuyas bondades –¡y cómo no!– podemos opinar.

Se trabaja, como estrategias principales, en la creación de un fondo permanente de financiamiento; en integrar a las familias por muchos modos, inclusive afirmando la red de Cooperadoras escolares al servicio de la causa común; en prevenir la deserción con métodos ingeniosos que comienzan a fructificar; en desplegar una verdadera ofensiva educativa sobre las zonas marginales¹², donde se licitan edificios nuevos y refacciones importantes, en modernizar nuestros métodos, vigorizar la enseñanza técnica, extender los idiomas –y no sólo el inglés–, completar la formación de los futuros maestros, directivos y supervisores y asegurarles continuidad, y mucho más.

Queremos abolir los resabios autoritarios hasta el lenguaje de leyes y ordenanzas, e inclusive de la fórmula de promesa a la bandera. Hemos propuesto para las escuelas innominadas, conocidas sólo por números y siglas despersonalizadas, nombres ilustres de que puedan enorgullecerse: Jorge Luis Borges, Vicente Barbieri, Lino Spilimbergo, Nicolás Romano, José Pedroni, Antoine de Saint-Exupery, Deodoro Roca, Enrique Santos Discépolo, Regina Pacini, Elvira Rawson, artistas, poetas, mujeres y hombres universales y ejemplares por su talento y su

¹² Las escuelas Hickens y Lola Mora obtuvieron por entonces sus nuevas instalaciones largamente esperadas.

conducta¹³.

Por todo esto y mucho más, hemos querido que antes que los funcionarios, sean los maestros quienes hoy presidan, y a su vez reciban este homenaje. Que se les reconozca en toda la sociedad su tarea abrumadora y silenciosa, y se los rescate hasta de las fáciles ironías de los cómicos televisivos. Y preferimos, y luchamos por conservar, esa palabra, la de «maestros», hoy amenazada de extinción, que representa en el sentir colectivo la instancia pedagógica más alta. La del que «te enseña».

Todas estas ideas y acciones dichas, y tantas que no alcanzo a decir, pero que ustedes saben o intuyen, porque ellas son coherentes con la alta política educativa de la Ciudad y con los criterios que traemos de antiguo, marcan la línea de esta cartera educativa del gobierno y la marcarán mientras yo la desempeñe.

Por fin, queremos dirigirnos –¿«virtualmente», se dice hoy?– a Sarmiento. De él sabemos que fue «todo», en este país donde –entonces y ahora, salvadas las distancias– tanto estaba (y está) por hacerse. Recogemos su poderosa pasión, su ansiedad patriótica, su genio –lúcido y vehemente–, pues es uno de los pocos argentinos merecedor de esa arriesgada y tremenda palabra: genio.

Cuando nos gana el desaliento, cuando las dificultades parecen desbordarnos, basta con volver la mirada a este americano descomunal, imaginar la parvedad de los recursos de su tiempo, la hostilidad de su medio y la dimensión de su faena para avergonzarnos de cualquier flaqueza. En su honor, en solidaridad con quienes como él sufrieron agravio de nuestra barbarie, en defensa simbólica de los derechos humanos que debemos comprometernos todos a curar cerradamente, vamos de inmediato a reinaugurar –si así puede decirse–, con la ayuda que tanto nos honra del presidente Alfonsín, el «aromo del perdón», cuyo retoño acaba de reimplantarse. Con este árbol significativo también honramos a todos los maestros argentinos, y a Sarmiento el primero. Porque la acción de los maestros, en estos días cruciales, ha traído al primer plano de nuestra sociedad el tema educativo. Y esto solo basta para iluminar una esperanza: Sarmiento resucita. Sus obras y sus días, a más de un siglo vista, se proyectan

13 El Concejo Deliberante nunca aprobó la propuesta. Una concejal la juzgó «capricho de funcionario».

sobre nosotros –amigos–, precisamente como otro árbol –inmenso y protector–, en los límites del mundo. (Aplausos).

*** Discurso en el Parque Tres de febrero, 11-IX-1997. Resultó el último de gestión ministerial, pues la renuncia estaba ya a consideración del Jefe de Gobierno, quien la aceptó el 7-XI-1997.**

CIERRE

LOS MÍOS*

No fue uno. Fueron muchos. Nadie es influido por una sola persona ni por una sola circunstancia. En mi caso –quizá en mi tiempo–, primero era la familia, hoy parcialmente desertora de sus grandes deberes educativos. Después, sólo después, vinieron la escuela, los amigos, los libros, el paisaje, la vida. Seguramente olvidaré a muchos.

Pero primero, mis abuelos. Los dos varones eran hermanos. Todos longevos. La pareja de Córdoba, activa, nerviosa, creativa, impaciente. Los de Rosario, serenos, equilibrados y de bondad más que rara: única. Luego –pero primerísimos–, mis padres. Florentino era un carácter. Embestía con vigor taurino. Todo lo quería pronto y bueno. Fue un fuerte gozador de la vida.

Cívicamente, era un modelo. Le preocupaba antes que nada –como a tantos universitarios de su generación– la ética. No toleraba, en materia moral, la menor claudicación. «Un poco insoportable, como los principios» –diría Robespierre–, llevaba sus renunciaciones en el bolsillo, y retiraba el saludo ante defecciones menores; ser su amigo constituía un timbre de honor. Y con los jóvenes tendía un vínculo instantáneo. Profesor temible, sus alumnos amaban sus métodos originales y su humor, a veces muy ácido.

En la formación de sus hijos, era tremendo. Su severidad extrema y sostenida –puramente moral, pues jamás nos castigó físicamente–, resultaba, por supuesto, capaz de una ternura avara que, por eso, valorábamos más. Así, el premio mayor por algún logro escolar, era sentarnos a la cabecera de la mesa,

como *mutatis mutandis*, Diego Laínez al Cid: «Quien esta cabeza trae/es en mi casa cabeza...».

En fin, él me marcó un derrotero acumulativo que he procurado seguir prolijamente. El paralelismo de nuestra vida pública es casi «de libro», ambos abogados sin el placer de serlo, más interesados en la educación, en el arte –en la ópera–, en la Reforma Universitaria; francotiradores –con ideología definida, pero renuentes al compromiso partidario–, hasta hemos desempeñado los mismos cargos, y no sólo el de rector del Colegio Nacional. Y los dos amamos el mismo paisaje, las mismas casas, iguales voces, el agua, el fuego, los padres griegos...

Con seguridad –consciente o instintivamente– he cuidado siempre de prolongar sus caminos. Nadie influyó ni marcó tanto mi vida. Mi madre, a su vez, era la inteligencia, la caricia y el orden. Moderaba un tanto –sin que lo advirtiésemos– el rigor paterno. En verdad, estaba siempre a nuestro lado, con el auxilio justo y entregándonos su tiempo, único modo que los humanos tenemos de demostrarnos amor. Luego de su muerte, descubrimos un tesoro de cartas conyugales, de los raros momentos en que ellos, a lo largo de casi medio siglo, se separaron. No desmerecen el valor literario del mejor epistolario, y revelan un recíproco amor inmenso, estremecedor, que a nosotros nos explica muchas cosas.

Luego vienen los hermanos que me dieron: Marién, los rudimentos del trato con el eterno femenino; Florentino, hombre de ciencia «clonado» en artista, sendas y modelos que facilitaron mi marcha por la vida.

Y, por fin, está la mujer, para mí objeto de reverencia, siempre yo algo sobrecogido ante sus poderes, su estelar encanto nocturno. No me casé joven; creo que, por eso, acerté en tan tremenda elección que eleva o crucifica. La mujer hace al hombre, y Cristina ha sido, con dedicación inaudita, mi consejera, mi auxiliadora, la voz lúcida de mi conciencia. Tenemos un hijo, y también he aprendido de él, de su rara racionalidad y coherencia moral. Tras un esfuerzo de memoria, no encuentro que me haya proporcionado nunca el menor contratiempo, ni siquiera un pretexto para reconvenirlo.

Completaron este cuadro de arquetipos domésticos mis tíos rosarinos, especialmente los varones; Ángel Luis –mi padrino– y Roque, grandes interlocutores en mi madurez. Pero la familia de mi infancia comprendía además una multitud de allegados y

«criados», y cada uno de ellos dejó en mí alguna huella: no podré olvidar a Don Luis –tan vigoroso y con mentón tan cuadrado que suponíamos era el Superhombre–, ni a Félix, quien me reveló misterios y prejuicios del campo, del caballo, del trabajo rudo; ni a María Maldonado, espíritu simple de afectividad rayana en el sacrificio. Desde este catálogo puedo inferir que mi formación primera se horneó en familia, tres cuartos italiana y un cuarto criollísima, y toda ella demostrativa, besuqueadora, fácil para el llanto y los transportes afectivos. Por eso, jamás juego ni compito. No me gusta perder, pero tampoco ganarle a nadie. Por eso, como abogado, me dolía embromar al contrario, y aunque me apasiona el derecho, tan estructurado como el ajedrez, fui dejando la profesión. Requiere de dotes de beligerancia y agresividad que progresivamente he procurado depurar de mi carácter.

Pero nadie, por supuesto, crece en una campana de cristal. Recibí una fuerte educación formal. No olvido ni el nombre de cada uno de mis maestros de la primaria Casto Munita, de Cuba esquina Echeverría: Gandolfi, Arzeno, López, Ghiglione. Y otros dos más sublimados, en aquella suerte de Eros romántico que profesaba por Sara Corti y Berta Marcoux. En estos casos, temía yo la culminación del año, y contaba con pesadumbre los días que faltaban para que concluyese el trato diario con mis bienamadas maestras.

Después fue el Colegio Nacional, y la docencia fenomenal de humanistas como los dos Ayaces del elenco, los Pagés –Antonio y Gerardo–, de Monner Sans, de Difrieri, de Márquez Miranda, y de Wilfredo Solá, quien me hizo amar a los árboles como ya amaba a los animales. Y además Vanossi y Valeiras, merced a los cuales pude entrever la voluptuosidad de la matemática y las «ciencias duras», yo, predestinado por los cuatro costados a las «humanidades». Recuerdo, de todos ellos, tantos gestos en los que no repararían, pero que nosotros atesoramos como las perlas que el duque de Buckingham deshilvanaba para la plebe.

En la Facultad de Derecho hube de llegar hacia 1956 y los grandes años de la Universidad autónoma para encontrar a mis maestros: Mario Justo López, sobre todos, que me inclinaría –ya en el doctorado– hacia el Derecho Político.

Pero en cambio, allí probé, *ab initio*, las sales de la amistad y del compañerismo. Uno aprende de los condiscípulos, como después de los propios alumnos.

Si algo me enorgullece hoy, es la calidad de mis amigos. Com-

prendo también, ahora, cómo mi padre me ayudó a seleccionar-los, cómo sutilmente fue aproximándose a los jóvenes valiosos que él avizoraba por donde fuese.

Alberto Ciria, por ejemplo, era un alumno brillante del Colegio, algo distante de mí por ser mayor. Mi padre lo encontró en Río Ceballos y lo invitó a almorzar a nuestra casa de Unquillo. Siempre juzgué algo ridículo que en las óperas de Verdi los protagonistas descubran súbitamente que son, por ejemplo, padre e hijo. Pero esa sobresieta, mientras los demás dormían, comprendí que el viejo Verdi siempre tiene razón. Dialogando a solas con Alberto en la galería, se nos reveló de golpe que éramos hermanos, pues teníamos intereses intelectuales y morales afines, gustos estéticos comunes, preocupaciones cívicas y sociales idénticas. Alberto es mi amigo primero. De su talento y su conducta aprendí más que en los libros.

Dice el conde Lucanor que, en la vida, un hombre no cosecha demasiados amigos, apenas uno y medio. Así considero a Jorge Vanossi. Cuando, como en 1996 y raramente –pues Ciria vive en Canadá por esa culpable indiferencia nacional hacia sus hijos más valiosos–, puedo reunirme con Jorge y Alberto, me acuerdo del conde Lucanor y lo rectifico: se puede llegar a tener dos amigos; y quizás algunos más, que no menciono para no pecar de omisión.

En otro plano, el hombre más admirable que traté fue José Luis Romero. Confraternizamos, no obstante la desproporción de edad y de eminencia, gracias a la ópera. La amaba con transporte, y cuando conoció mi afición, estableció un lazo cordial, pues «los devotos de la lírica integramos una tribu que se comunica, como los iniciados de una secta, casi sin necesidad de hablar» (Romero *dixit*). Él poseía, en grado superlativo, todas las calidades humanas. Y una muy rara: sabía escuchar. «No, cállese –solía decir a los jóvenes el gran Ambrosio Gioja–, yo ya soy viejo y quiero que usted oiga mi discursito, no al revés». Precisamente José Luis, él tan luego, oía a todos como si fuese el discípulo. Su temprana muerte –como la de Arturo Mor Roig–, está entre los dolores que evoco recurrentemente.

La ópera tuvo para mí, además, el mérito de aproximarme a muchas personas, y a artistas admirables, de diálogo grávido y esclarecedor. Entre ellos, destaca Ferruccio Tagliavini. Nos unió algo más que mi admiración y estima. Alguna vez me escribió que yo era el amigo mayor que había encontrado en el mundo.

Y aunque no creo que fuese cierto, me alegra que al menos se le ocurriese decirlo.

Por último, en el plano humano, he encontrado placer, como Maquiavelo, en comparecer ante los clásicos e interrogarlos, pues siempre responden. Entonces Homero, Shakespeare, Kipling, Machado, Lugones, Deodoro Roca, y muchos más, son también mis amigos.

Pero también he compartido el afecto y advertido la nobleza ejemplar de algunos animales (cierto perro, dos caballos «referenciales»), y aun del árbol y el paisaje.

Adiciones y yuxtaposiciones de este orden conforman la trama espiritual de cada uno, su sistema de afectos y valores. Niego que la condición humana sea la soledad. Por el contrario, es una feliz suma de encuentros y solidaridades.

***En «Todo es Historia», N° 358, 1997.**

ÍNDICE

Presentación, por Pedro Luis Barcia.....	1
Advertencia.....	7
Los 25 años de la Academia Nacional de Educación	9

OPINIONES

Diagnóstico. A propósito de un ensayo de Gregorio Weinberg	15
Reflexiones sobre la enseñanza y el trabajo	19
El interés de los poderosos en la educación.....	25
Exámenes: Un incremento ¿sorprendente?.....	33
Escuela y fútbol (1998)	35
Instituciones vs. violencia	37
Educar con límites.....	39
Actuar antes que la droga	43
Honrar al maestro.....	45
El despertar de la conciencia colectiva	51
La reforma universitaria	53
Agresiones al lenguaje jurídico	55
Mecenas y sponsor.....	59
Valores	63
Anteproyecto de declaración.....	65
La situación educativa	67

PRÓCERES

El mausoleo de Alberdi	71
José Manuel Estrada: docente y tribuno	73
Alvear	75

BAJAS

Edith	81
Corina Corchón	83
Doctor Manuel R. Swiatlo (2004)	85
Don Luis.....	87

MÚSICA Y CIVISMO EJEMPLAR

La música y los jóvenes.....	91
Clarificar la Aurora	93
Giuseppe Verdi, humanista integral	97
Richard Wagner y las fuentes del nazismo.....	103
El ejemplo cívico de Toscanini.....	107
El precio de la libertad o <i>La historia del pastor</i>	113

EN EL COLEGIO NACIONAL DE BUENOS AIRES

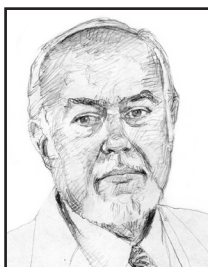
Juego con alimentos	119
La «vuelta olímpica» es salvaje	121
Vuelta olímpica	123
Informe final del Rector.....	127
Celebración de Julio	137
Apertura de las clases de Primer Año	143
Gracias a todos.....	147

EN EL MINISTERIO DE EDUCACIÓN DE LA CIUDAD

Propuesta (1996).....	151
Promesa a la Bandera	159
Proyecto de Ordenanza	161
Ante la estatua de Sarmiento	163

CIERRE

Los míos	171
----------------	-----



Dr. Horacio Sanguinetti

Doctor en Derecho y Ciencias Sociales (UBA)

TRAYECTORIA

- Medalla de Oro (1953) y Rector del Colegio Nacional de Buenos Aires (1983-2007).
- Presidente de la Academia Nacional de Educación.
- Oficial de las Palmas Académicas, de Francia.
- Caballero de la Orden al Mérito, de Italia.
- Premio Konex de Platino en Humanidades.
- Director General del Teatro Colón.
- Presidente Honorario de la Federación Universitaria del Litoral.
- Profesor Honorario de la Universidad de Salta.

OBRA

Autor de los libros *Curso de Derecho Político*, *La Reforma Universitaria*, *Los Socialistas independientes*, *La educación argentina en un laberinto*, *La ópera y la sociedad argentina*, etc.

“No se nos ocurre una estrategia más eficiente para salir de nuestra crisis moral y material que una avalancha educativa, de investigación, tecnología, humanismo, cultura. Algo así como el plan de Sarmiento y de la generación del ´80, tan vilipendiada, que en base a la educación popular le dio al país el empuje del cual vivimos aún.”

Horacio Sanguinetti

Academia Nacional de Educación

ISBN 978-987-9145-26-5



9 789879 145265